La Guerra.

Erckmann

8

LA GUERRA.

BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.

LA GUERRA

POR

ERCKMANN-CHATRIAN

MADRID.
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DE INSTRUCCION Y RECREO.
Espíritu Santo, 35 triplicado.

LA GUERRA.

SOUWAROW EL INVENCIBLE.

CUADRO PRIMERO.

Marcha de Souwarow.

Plaza Mayor de Alejandría. A la izquierda la tienda del prendero Zampieri llena de capotes, zapatos y ropas. A la derecha un café. En el fondo la iglesia de San Lorenzo. Las ventanas y balcones en derredor de la plaza están llenos de gente. La multitud ocupa la escalinata y pórtico de la iglesia, en la que cantan un «Te Deum.» Oyese por momentos el órgano y coro. Por todas partes flotan banderas y gallardetes con los colores de Rusia. Atraviesa la plaza un regimiento de cosacos; el prendero Zampieri y su hija Marietta cuelgan ropas en el exterior de la tienda.

ESCENA PRIMERA.

ZAMPIERI, MARIETTA, soldados rusos, hombres y mujeres del pueblo, despues JONÁS.

VOCES NUMEROSAS.

¡Vivan los rusos! ¡Vivan los libertadores de Italia! ¡Vivan los soldados de Souwarow!

(Grandes aclamaciones que se propagan por las calles inmediatas. Jonás aparece por la derecha.)

ZAMPIERI, viendo un cosaco que trata de descolgar con la lanza un par de botas.

¡Al ladron! ¡Al ladron!

(Sale corriendo.)

EL COSACO.

¡Hurra!

(Pica al caballo y desaparece por la izquierda.)

JONÁS, acercándose á la tienda.

¡Eh, maese Zampieri, parece...

(Señala sonriendo al par de botas. Zampieri se vuelve.)

ZAMPIERI.

¡Sois vos, Jonás! (Dirigiéndose á su hija.) Marietta, mete en seguida las ropas en la tienda... ¡Pronto!

MARIETTA.

¡En seguida, padre!

ZAMPIERI, acercándose á Jonás.

Amigo mio, los cosacos tienen lanzas tan largas y bayonetas tan agudas, que siempre enganchan algo al pasar.

JONÁS, riendo á carcajadas.

No digais á los italianos que mienten... No digais á los rusos que roban...

ZAMPIERI.

¿Y qué se os puede decir á vos?

JONÁS.

Lo que querais. No os creeré.

ZAMPIERI, sonriendo.

Jonás, sois hombre honrado.

JONÁS, mirando á derecha é izquierda con cómico aspecto.

No tengo testigos, Zampieri, si los tuviera, caro lo pagariais.

(Ambos rien y se estrechan la mano.)

ZAMPIERI señalando las tropas que desfilan.

¡Y bien! ya se marchan, abandonan decididamente la Italia.

JONÁS.

Sí, Souwarow no podia entenderse con los generales austriacos, amenazaba tomar mal aspecto el asunto, y

va á incorporarse al cuerpo de ejército ruso que está en Suiza.

ZAMPIERI.

A fe mia, Jonás, que no siento verles partir. Esos rusos son los mayores ladrones de la tierra.

JONÁS, *con ironía.*

¡En qué estais pensando, maese Zampieri! ¡Hablar así de los salvadores de la fe, de los restauradores del órden, de los vencedores de Cassano, del Trebia, de Novi, de los libertadores de Italia!...

ZAMPIERI, *acalorándose.*

¡Sí! esos libertadores sólo piensan en saquearnos...

JONÁS, *con viveza.*

¡Tened cuidado!... podrian oiros.

(*Indica con la mirada los agentes de policía, que hacen circular á la multitud. Zampieri se calma súbitamente. Jonás le lleva al proscenio.*)

Vengo á proponeros un negocio, Zampieri.

ZAMPIERI.

¿Qué es?

JONÁS.

Doscientas cincuenta casacas rusas, cien pares de zapatos, pantalones, charreteras y plumeros.

ZAMPIERI.

¿Del hospital de San Lorenzo?

JONÁS.

No, de Novi, todo tiene señales de bayoneta.

ZAMPIERI.

¿Y cuánto vale?

JONÁS.

Doscientos veinte ducados.

ZAMPIERI.

Traedlo todo al almacen, Jonás... Nada puedo contestaros hasta ver la mercancía.

JONÁS.

¿Cuándo?

ZAMPIERI.

Cuando haya salido de Alejandría la retaguardia de Souwarow. Conozco la intendencia rusa y sé que recoge con mucho gusto lo que ha vendido para volver á venderlo.

(Gran tumulto en el fondo; algunos oficiales rusos pasan á galope.)

VOCES NUMEROSAS.

¡Vivan los rusos! ¡Vivan los salvadores de Italia!

(Aclamaciones.)

ZAMPIERI.

¡Qué gritería!

JONÁS.

¡Bah! ¡dejadles gritar! lo mismo harian si pasara Bonaparte... Si vuelven los franceses...

(El espía Ogiski, disfrazado de vendedor de periódicos, atraviesa la plaza con un paquete de papeles debajo del brazo.)

OGISKI.

¡Historia de Alejandro Basilowitch Souwarow, vencedor de Kinburn, de Foxhani, del Rymnik, de Ismail, de Praga! ¡Historia de Souwarow, famoso generalísimo del czar Pablo! ¡Historia del vencedor de Cassano, del Trebia y de Novi! ¡Historia de Souwarow el invencible!

(Desaparece por la izquierda, volviendo á gritar.—Historia etc.)

MUCHAS VOCES, en la calle de la izquierda.

¡Aquí! ¡aquí!

(En este momento ve Zampieri á algunos muchachos que trepan por los pilares de la tienda.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, despues UN CRIADO.

ZAMPIERI, gritando.

¡Bajad de ahí, canallas! ¡Bajad de ahi!

(Los muchachos se deslizan y huyen.)

JONÁS.

¡Qué ralea!

EL CRIADO, llegando muy sofocado.

¿El signor Zampieri?

ZAMPIERI, viniendo por detrás.

Yo soy.

EL CRIADO.

Signor Zampieri, la signora Isabela os suplica la hagais el favor...

ZAMPIERI, incomodándose.

Ya sé... ya sé... la signora quiere ver pasar al feld-mariscal Souwarow con su casquito y su gran sable... Necesita una ventana que dé á la plaza... Las tengo todas alquiladas.

EL CRIADO.

Pero la signora.

ZAMPIERI.

Pero la signora... entiendo. Tengo alquiladas todas las ventanas. Debió venir ayer.

EL CRIADO, con acento patético.

¡Ah! ¡signor Zampieri, sois muy cruel!

ZAMPIERI, con arrebato.

¡Vaya! no puedo alquilar ventanas que no tengo.

EL CRIADO.

¡Oh signor Zampieri! ¡Pero la signora!...

ZAMPIERI, incomodándose.

¡Id al diablo! ¡Pero la signora! ¡pero la signora!...

MARIETTA, arreglando las ropas en la tienda.

Id á casa del especiero de la esquina... mirad, allí aún le quedan ventanas por alquilar. Id pronto, que va á concluir el *Te Deum.*

EL CRIADO, marchándose.

¡La Santa Madona os oiga, signora Marietta!

ZAMPIERI, á Jonás.

¡Qué fastidio!... ¡Ventanas... ventanas para ver pasar á ese viejo bárbaro!

JONÁS, mirando á los balcones.

Quisiera tener alguna que alquilar; os aseguro que no me enojaria eso, al contrario.

(Un general ruso y un anciano con trage de emigrado, aparecen por la izquierda.)

ESCENA III.

LOS MISMOS, EL GENERAL RUSO y EL ANCIANO.

EL ANCIANO.

Con que es cosa positiva, general; puedo informar al comité realista.

EL GENERAL.

Sí, señor conde. Hoy estamos á 10 de Setiembre. El 16 y 17 se concentrará el ejército en Bellinzona. El 19 atacaremos el San Gotardo; el 20 y el 21 rechazaremos al enemigo al valle del Reuss; el 22 nos apoderaremos de Altorf, donde deben esperarnos Linken y Jellachich, el 24 batiremos á Massena, y seis semanas despues entraremos en Paris.

EL CONDE.

Oigaos Dios, general.

EL GENERAL.

No hay la menor duda. El feld-mariscal lo ha previsto todo, se han mandado órdenes terminantes á Kor-

sakow para que el 24 ataque de frente á Massena, mientras nosotros le cogemos por retaguardia...

EL CONDE.

Os creo, general... tengo absoluta confianza en el genio del ilustre feld-mariscal Souwarow... pero esa marcha de todo un ejército que lleva cañones y bagajes á través de las montañas más altas de Europa, en las que el enemigo se ha fortificado desde hace dos meses, me parece tan extraordinaria...

EL GENERAL, sonriendo y poniéndole la mano sobre un brazo.

Conocemos exactamente las fuerzas y disposiciones del enemigo. El oficial que ha llevado á Korsakow las órdenes del feld-mariscal, ha atravesado al volver el valle del Reuss y el San Gotardo. ¡Todo lo ha visto!... Los bagajes y artillería pesada desfilarán por los Grisones para Chiavenna. Solamente llevaremos las piezas de montaña que pueden trasportar á lomo los mulos. Os repito, señor conde, que podeis informar al comité realista para que esté dispuesto á apoyarnos vigorosamente... Que mande agentes á Alsacia y Lorena... Que prepare un movimiento en Paris.

EL CONDE.

General, los realistas están preparados; solamente esperan la entrada en Francia del feld-mariscal Souwarow, para correr á las armas y proclamar á S. M. Luis XVIII. Nuestros agentes ocupan los empleos; tenemos inteligencias en los Ministerios y en el Directorio: si el ejército de Massena carece de uniformes y víveres, si muere literalmente de hambre en medio de las nieves de Suiza, al comité realista se debe este honor. Por la demás, Francia está cansada de ese ridículo sistema de libertad é igualdad.

EL GENERAL.

En ese caso, todo marchará más de prisa aún de lo

que esperamos. (Tendiendo las manos al conde.) Hasta la vista, pues, señor conde, hasta muy pronto.

EL CONDE, estrechándole la mano.

Hasta la vista, general. (El general se aleja.)

EL GENERAL, volviéndose en el momento de salir y exclamando.

En Paris... dentro de seis semanas...

EL CONDE.

En Paris...

(El general hace con la mano señal de despedida y sale por la izquierda; el conde se pierde entre los grupos. Jonás y Zampieri han oido las últimas palabras del anciano y del general.)

ESCENA IV.

JONÁS, ZAMPIERI, MARIETTA.

JONÁS.

Parece que marchan sobre Paris.

ZAMPIERI.

Sí, desde que han ganado dos ó tres batallas esos rusos, no dudan de nada.

MARIETTA.

¿Está muy léjos Paris?

ZAMPIERI.

Detrás de los Alpes... Doscientas leguas más allá de Suiza.

MARIETTA.

¡Pobres gentes!

ZAMPIERI.

¡Sí, puedes compadecerles! ¡que se hubiesen estado en su casa!

(Rumores y gritos en el fondo...—¡Aquí están los granaderos!)

VOCES NUMEROSAS.

¡Vivan los granaderos de Rymnik!... ¡Vivan los vencedores del Trebia!...

(Vése desfilar una columna de granaderos.)

GRITOS Á LA IZQUIERDA, en la calle.

¡Alto!... ¡Alto!...

ZAMPIERI.

¿Qué es eso?

JONÁS, dando algunos pasos y volviendo en seguida.

Que está obstruida la calle de los Haces.

ZAMPIERI.

¿Cómo pasan con furgones por una calle como esa? ¡Un verdadero tubo!

JONÁS.

Cuenta de ellos es; otros apuros tendrán en Suiza, sin hablar de los cañonazos.

(Vése aparecer un carro por la derecha. Sobre él, sentada éntre un tonel, sacos y un caldero, va una vieja con pelo blanco y tez arrugada; es la cantinera Hattuina. Una jóven, Ivanowa, lleva el caballo por la brida. Todo el mundo mira.)

ESCENA V.

LOS MISMOS, HATTUINA, IVANOWA.

HATTUINA, gritando con cólera.

¡Ohé!... ¡Ohé!

IVANOWA, riendo.

Esperad, madre Hattuina, está obstruida allá abajo la calle.

HATTUINA, gritando.

¡Qué despejen la calle!... ¡que despejen la calle! Jamás deben detenerse los granaderos de Rymnik... ¡Ohé!.... ¡ohé!...

ZAMPIERI.

¿Oís á esa vieja bruja?

JONÁS, riendo.

Es la cantinera más antigua del ejército ruso, maese Zampieri. El otro dia me dijeron en el cuartel de San José que ha hecho todas las campañas de sesenta años acá, en Prusia, en Turquía, en Crimea y en Polonia, y que Souwarow la quiere como á sus ojos.

ZAMPIERI.

Si quisiera á la muchacha, lo comprenderia. ¿Es hija de esa vieja?

JONÁS.

No, es una polaca. La madre Hattuina la adoptó en el saqueo de no sé qué ciudad. Así me lo dijo el cirujano de los granaderos de Rymnik.

ZAMPIERI.

¡Hermosa muchacha!

(Aumenta la confusion. Ivanowa saca del tumulto el caballo, tirando de la brida, hácia el lado de la tienda de Zampieri. En el mismo momento un jóven oficial ruso separa á caballo la multitud y se detiene junto al carro.)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, IVANOWITCH.

IVANOWITCH.

¡Ah! ¡estais aquí!... hace una hora que os busco.

HATTUINA.

¿No vas en la vanguardia?

IVANOWITCH.

Sí, precisamente por eso queria veros. ¿Quién sabe lo que encontraré de aquí á cuatro dias?

HATTUINA.

¡No vendrás por mí!

IVANOWITCH, tendiendo la mano á Ivanowa.

No, precisamente, *matuchka* (1).

(1) Madre.

HATTUINA.

¡Ah! tunante; ¡y se atreve á decirlo! Vamos, abrázala, no hay mal en ello.

IVANOWITCH, conservando la mano de la jóven.

¿Lo consientes, Ivanowa?

IVANOWA.

¡Sí! ¡sí!...

(Pone el pié en la bota de Ivanowitch, éste la atrae y la abraza.)

HATTUINA, riendo.

¡Ja! ¡ja! ¡ja!

IVANOWITCH, riendo tambien.

Ahora ya estoy contento... puedo marcharme. ¿No os falta nada para el camino, Ivanowa?

IVANOWA.

No, nada, Ivanowitch.

HATTUINA.

Tengo lleno de aguardiente el tonel, el saco repleto de harina y el caldero de tocino. ¿Qué más necesitamos?

IVANOWITCH.

Bien, *matuchka*, todo irá bien, llegaremos á Paris y allí celebraremos el matrimonio.

HATTUINA.

Cuando seas capitan, Ivanowitch; recuerda lo que te tengo dicho; ¡ántes, nó!

IVANOWITCH.

¡Oh! estad tranquila, seré capitan... Vamos á tener batallas en Suiza.

(Continúa estrechando la mano de Ivanowa.)

¿Verdad, Ivanowa, que nos casará el pope (1) de Paris?

IVANOWA.

Si consiente la madre Hattuina... por mi parte me alegraré mucho.

---

(1) Sacerdote ruso.

HATTUINA.

¡Cuando sea capitan! Os daré mis siervos de Esthonia, tendreis cincuenta siervos que trabajarán para vosotros. Pero quiero que sea capitan.

IVANOWITCH.

Si no lo soy muy pronto, no será por culpa mia.

OGISKI.

¡Historia de Souwarow!... ¿Quién quiere la historia de Alejandro-Basilowitch Souwarow, generalísimo de los ejércitos del czar Pablo, vencedor de Cassano, del Trebia y de Novi? ¿Quién pide la historia de Souwarow el invencible?...

IVANOWITCH, mirando por encima de la multitud y extendiendo la mano.

¡Eh! ¡aquí!... ¡aquí!... ¡la historia de Souwarow!

OGISKI, atravesando los grupos.

¿Quién pide la historia de Souwarow?

IVANOWITCH.

¡Aquí! ¡aquí!

ESCENA VII.

LOS MISMOS.—OGISKI.

OGISKI, presentando el papel á Ivanowitch.

Aquí teneis, mi capitan, la historia del ilustre feld-mariscal.

HATTUINA, riendo.

Te llama capitan, Ivanowitch, eso vale dos *copecks* de propina.

IVANOWITCH.

Y se los daré. Toma, muchacho.

OGISKI.

Gracias, mi comandante.

IVANOWITCH.

¡Ah, tunante! va á llamarme general y tendré que

darle la bolsa. (Doblando el papel.—A Ogiski.) Tú no eres italiano.

OGISKI.

Perdonad, mi coronel.

IVANOWITCH, moviendo la cabeza.

¡Un italiano con cabellos rubios y ojos azules! Mirad este perillan, madre Hattuina. Hace sesenta años que estais viendo caras de todos los países. ¿No es esta una verdadera cabeza slava?

HATTUINA, mirando á Ogiski.

¡Sí! ¡Ciertamente!

OGISKI, á Hattuina.

¡Vuestra señoría me hace mucho honor!

IVANOWITCH, riendo.

¡Ah! ¡esto termina la cuestion! Puesto que llama señoría á la vieja *matuchka*, no puede ser más que italiano.

HATTUINA, riendo.

Sí... sí... verdadero italiano. ¡Ah! ¡Tunante!... ¡Cómo me divierte!...

(Todos rien; Ogiski sale por la izquierda gritando.—¡Historia de Souwarow, etc. Comienza el desfile.)

IVANOWITCH, dando el papel á Ivanowa.

Toma, Ivanowa, por la noche leerás esto en el vivac á la madre Hattuina y recordará sus antiguas campañas. ¡Y ahora en marcha! Os he visto, nada os falta y parto tranquilo... Adios, Ivanowa, adios, *matuchka*.

(Les estrecha la mano y parte.)

IVANOWA, gritando.

¿Vendrás á vernos en el camino?

IVANOWITCH, volviéndose y agitando la mano.

Sí... sí... cuando pueda... Cada vez...

(Desaparece por la izquierda.)

2

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, menos IVANOWITCH y OGISKI.

JONÁS, á Zampieri.

¡Un mozo que parece feliz!

ZAMPIERI.

¡Ya lo creo! razon tiene...

JONÁS, viendo desfilar los granaderos.

Ya vuelven á ponerse en marcha. Habrán despejado la calle de los Henos.

HATTUINA.

¡Ohé! ¡Ohé! dáme el látigo, Ivanowa; este bribon de caballo no quiere andar.

IVANOWA.

¡Oh! no, no tenemos prisa.

(Sale el carro. La multitud aumenta en la plaza.)

JONÁS, señalando á los granaderos.

¡Buenos mozos son los granaderos rusos! maese Zampieri.

ZAMPIERI.

Sí, pero cuando se piensa que dentro de un mes ó dos, la mitad ó las tres cuartas partes estarán exterminados...

JONÁS.

¿Qué quereis? cada cual tiene su suerte.

(Repican las campanas de la iglesia. Por la derecha aparecen jinetes rusos, llevando de la brida caballos ricamente enjaezados. Grande rumor, gritos de:—¡Despejad!... ¡Despejad!... Entran tropas y se forman en batalla á derecha é izquierda, haciendo retroceder la gente á las calles inmediatas.)

ZAMPIERI.

Ya ha concluido el *Te Deum.*

JONÁS.

Sí, ya es tiempo de que marche, van á rodear la plaza

para que pase Souwarow. Conque, maese Zampieri, ¿traeré los uniformes al almacen?

ZAMPIERI.

Despues de la marcha de los rusos. Podeis guardar los plumeros y charreteras, porque no valen un polvo de buen rapé.

(Presenta la caja á Jonás y los dos toman un polvo sonriendo.)

JONÁS.

Vamos, buenos dias, señorita Marietta, buenos dias, Zampieri.

MARIETTA.

¡Buenos dias, signor Jonás!

(Sale por la derecha. Zampieri se aproxima á su tienda. En el mismo momento se abren de par en par las puertas de la iglesia y se oyen en la plaza los cánticos del coro. Llénanse de curiosos ventanas y balcones. Elévanse millares de gritos de ¡Viva Souwarow! Agólpase la multitud. Del café de la derecha salen oficiales austriacos y se colocan delante de la puerta; otros aparecen en el balcon. Abrese la puerta de la casa contigua á la de Zampieri y salen vecinos y vecinas. Ogiski aparece en el fondo con el paquete de papeles debajo del brazo.)

ESCENA IX.

ZAMPIERI, MARIETTA, OGISKI, oficiales austriacos, vecinos y vecinas.

UNA VECINA.

Maese Zampieri, dejadnos ver desde vuestra tienda.

ZAMPIERI.

Haced lo que gusteis vecina, y lo mismo los demás, pero cuidad de que no se lleven algo.

LA VECINA.

Estad tranquilo, ya miraremos.

(Los recien llegados se colocan debajo de los pilares. Silencio. Oyese el órgano.)

UN COMANDANTE AUSTRIACO, á un compañero suyo que entra por la derecha.

¿No asistís al *Te Deum* del ilustre generalísimo, capitan Braun?

EL CAPITAN.

¡Qué quereis, amigo comandante, las palabras del invencible Souwarow sobre el ejército austriaco son difíciles de digerir. ¡Desde su gran maniobra de Novi!...

UN OFICIAL, con ironía.

¡Hermosa maniobra!

EL COMANDANTE.

Formad tres columnas cerradas; haced destruir la primera, ametrallar la segunda y la tercera pasará. Con sesenta mil hombres, aplastais veinte mil. ¡Bárbaro!

UN OFICIAL VIEJO.

Bárbaro, si quereis, comandante, pero bárbaro de genio. Él ha inventado eso y ya es algo.

EL COMANDANTE.

Es verdad, tiene el genio de la insolencia. (Animándose.) ¿Cómo? ¡tratar á viejos soldados, á antiguos oficiales que jamás han retrocedido ante el deber, que en cinco campañas han sostenido el honor de la bandera contra generales como Bonaparte, Hoche, Jourdan y Moreau, tratarles de petimetres! ¡Decir que se expulsará á los petimetres!... Y esto cuando se llega el último para echar pesadamente sus bayonetas en la balanza. ¡Bah!... ¡bah!... ¿eso es genio?

EL CAPITAN.

Paciencia, comandante, paciencia, el ilustre generalísimo parte para Suiza; va á hacer su gran maniobra delante de Massena!...

GRITOS EN LA PLAZA.

¡Viva Souwarow! ¡Viva Souwarow!

(Aparece Souwarow en la escalinata de la iglesia, rodeado de muchos oficiales rusos. Es un viejecillo de apariencia débil y delicada, boca grande, ojo penetrante, el rostro y sobre todo la frente cubierto de arrugas, cuya movilidad dan á su faz extraño carácter. Lleva pantalon, chaleco y casaca de paño blanco. Un casquito de

fieltro con franjas verdes cubre su calva cabeza; las botas le suben hasta por encima de las rodillas. Tan flaco y desgarbado es, que las ropas le flamean sobre el cuerpo y un gran sable suspendido de tirantes, hace que se incline á la izquierda.)

LA VECINA, de pié delante de la tienda.

¡Ahí está!... ¡ahí está! ¡Dios mio, cuánta gente!... Ya baja la escalinata... Es aquel viejo blanco que monta á caballo... ¿Lo veis, Marietta?

MARIETTA.

Si, ¡qué guapo va!

(Aumenta el entusiasmo.)

GRITOS INNUMERABLES.

¡Viva Souwarow! ¡Viva el vencedor del Trebia!

UN OFICIAL RUSO Á CABALLO, viniendo del fondo.

¡Al hombro, armas!... ¡Presenten, armas!

(Los tambores tocan marcha. Souwarow, rodeado de su estado mayor avanza al paso.)

GRITOS INMENSOS.

¡Viva Souwarow! ¡Viva Souwarow! ¡Viva el vencedor de Novi! ¡Viva el libertador de Italia! ¡Viva el salvador de la religion!

EL CAPITAN AUSTRIACO.

Si no quedas satisfecho, Souwarow, descontentadizo serás.

NUEVOS GRITOS.

¡Viva Souwarow Italiskski!...

(Las mujeres agitan los pañuelos en los balcones y arrojan coronas. El entusiasmo es indescriptible.)

UNA MUJER DEL PUEBLO, levantando á su hijo con ambas manos.

Mira, hijo, mira... ¡ese es Souwarow!

EL COMANDANTE AUSTRIACO.

Mirad al viejo cosaco... su cara radia orgullo.

OGISKI, de pié sobre una mesa, con voz penetrante y agitando el sombrero.

¡Viva Souwarow el invencible!

LA MUJER.

¿Le has visto, Antonini?... ¿Le has visto, hijo mio?... Recuérdalo...

ZAMPIERI, riendo.

¡Con lo cual tendrá buena renta!

(Al llegar al frente de batalla, Souwarow levanta la mano. Callan los tambores y se establece el silencio.)

EL COMANDANTE AUSTRIACO.

¡Pueblo estúpido!... Vámonos, capitan.

EL CAPITAN.

No, ahora viene lo mejor. Va á alabarse como un charlatan... Él habrá ganado todas las batallas... Nosotros nada habremos hecho...

GRITOS EN LA MULTITUD.

¡Silencio! ¡Silencio!

(La voz de Ogiski domina las demás.)

EL COMANDANTE AUSTRIACO.

Esta comedia me repugna...

(Entra en el café. Profundo silencio.)

ESCENA X.

LOS MISMOS, SOUWAROW. En medio su estado mayor, al frente de batalla.

SOUWAROW, con voz sonora.

¡Soldados de la santa Rusia! nuestro padre el czar Pablo nos mandó al Occidente para librar á Italia del yugo de los ateos republicanos y restablecer el órden legítimo. Los republicanos están vencidos, libre Italia, y los príncipes vuelven á sus tronos. En cuatro meses hemos librado seis combates, tomado ocho plazas fuertes, y ganado tres batallas campales. A esos terribles republicanos que hacian temblar á la vieja Europa, que tantas veces habian batido á los ejércitos austriacos,

que hablaban de destronar al mismo Dios, les hemos aplastado en Cassano, les hemos aplastado en el Trebia, les hemos aplastado en Novi.—¡Tantas victorias como encuentros!—El mundo ha visto á los ateos huir como liebres... ¿Dónde están ahora? Los que han escapado al último desastre se ocultan en los Apeninos, ¡no se atreven á afrontar nuestras bayonetas!

TODOS LOS SOLDADOS.

¡Viva Souwarow!... ¡Viva el padre Souwarow!

(Prolongadas aclamaciones de la multitud. El rostro de Souwarow, impasible hasta entónces, se anima de pronto; le tiemblan las mejillas, y le brillan los ojos.)

EL CAPITAN AUSTRIACO á sus compañeros.

¡Silencio!... ¡silencio!... ¡escuchad!...

(Restablécese el silencio.)

SOUWAROW, con voz vibrante.

¡Soldados! ¡El czar está contento de vosotros! y nos manda terminar lo que tan gloriosamente hemos comenzado. Nos manda reunirnos á Korsakow en Suiza, aplastar el último ejército republicano, como hemosaplastado los otros, marchar sobre Paris y restablecer en su trono á Luis XVIII. Preparaos, pues, á nuevos combates y purificad vuestras almas con la oracion. Tenemos que trepar montañas, atravesar lagos y torrentes, hacer marchas forzadas y librar batallas en medio de las nieves; pero triunfaremos de todos esos obstáculos, porque Dios está con nosotros. Defendemos su causa, la causa de los reyes, de la verdad y de la justicia... ¡Feliz el que combatepor la justicia! ¡Feliz el que vierte su sangre por el czar! ¡Feliz el que muere por el Señor! Todos sus pecados les serán perdonados... y gozará de la vida eterna!... (Desenvainando el sable y lanzando el caballo con gesto febril.) ¡Hermanos, ha llegado la última hora de los republicanos!... ¡Adelante, y hurra por la santa Rusia!...

TODOS LOS SOLDADOS, levantando los schacos en las bayonetas.

¡Hurra por la santa Rusia!... ¡Hurra!... ¡Adelante!... ¡A Paris! ¡A Paris!

(Los oficiales blanden las espadas. Óyese un cañonazo. Comienza el desfile en medio de las aclamaciones de la multitud y de los gritos de los soldados: ¡A Paris! ¡A Paris! Marcha la caballeria, artillería é infantería. Llueven coronas de los balcones, agítanse los pañuelos. Marcha guerrera.)

CUADRO II.

Cuartel general de Massena.

Escena de noche en el cuartel general de Massena, sobre el monte Albis. Gran sala de construccion suiza, pavimentada de madera. A la derecha una chimenea grande, en la que brilla abundante fuego. En el fondo numerosas ventanas muy unidas. Puertas á derecha é izquierda. Las ventanas del fondo están abiertas y por ellas se ven las hogueras del vivac del ejército enemigo que brillan sobre el lago de Zurich. A medida que amanece se distingue mejor el paisaje, la ciudad, el Limmat y las posiciones del ejército austro-ruso. Massena está de reconocimiento con el jefe de estado mayor Oudinot; algunos oficiales copian órdenes sobre una gran mesa de abeto; el segundo jefe de estado mayor, Rheinwald, las lee, las firma y las expide.

ESCENA PRIMERA.

RHEINWALD, ZERNEST.

Oficiales de estado mayor. Algunos húsares en el exterior con el caballo de la brida y dispuestos á marchar. Grupos de campesinos y campesinas esperando á un lado.

RHEINWALD, despues de leer una órden, llamando.

¿Chaussier?

UN HÚSAR, entrando.

Presente, mi general.

RHEINWALD, firmando y sellando.

Vais á llevar esto á galope á Brengarten. Direis al alcalde que si al amanecer no está lista la requisa le visitaremos... ¿Entendeis?

EL HÚSAR.

Sí, mi general. (Sale.)

RHEINWALD, tomando otra órden y leyéndola.

Estos honrados suizos creen que los ejércitos de la

República pueden vivir del aire. (Llamando.) ¡Sargento Trubert! (Entra un sargento de húsares.) ¿Cuántos hombres teneis?

EL SARGENTO.

Cinco del escuadron, mi general.

RHEINWALD, firmando.

Bastan. Vais á tomar en Mellingen un convoy de pólvora. Entregad esta órden al jefe del parque de artillería, Voubois, escoltareis los seis furgones hasta las avanzadas de Dietikon; en el acto.

EL SARGENTO, saliendo.

Bien, mi general.

RHEINWALD, gritando.

Cuidad de que no fumen los soldados.

EL SARGENTO.

Conocen la consigna.

RHEINWALD, llamando.

¿Michau?

UN CAZADOR, entrando.

Mi general.

RHEINWALD.

¿Sabes leer?

EL CAZADOR.

Sí, mi general.

RHEINWALD, presentándole la órden.

Lee eso.

EL CAZADOR, leyendo.

Al jefe de escuadron Foy. Al comandante Barré.

RHEINWALD, riendo.

Lees como un veterano. Vas á llevar estas dos órdenes al jefe de escuadron Foy, en Dietikon, y al comandante Barré, en Brugg. Dentro de tres horas han de tenerlas en su poder. Procura no equivocarte.

EL CAZADOR, saliendo.

No hay peligro... está bien escrito.

RHEINWALD, levantándose, á Zernest.

Y bien, comandante, ¿están expedidas todas los órdenes?

ZERNEST.

Sí, mi general.

RHEINWALD, viendo los aldeanos que miran por las ventanas.

¡Eh! sargento Forbin, separad de ahí esas gentes. Si les dejamos nos van á invadir.

(Separan á los aldeanos.)

ZERNEST.

Les da atrevimiento el hambre.

RHEINWALD.

Nada encontrarán aquí... ¡Estamos tan pobres como ellos! (Paseando.) La República no nos regula; el virtuoso Barras cuenta demasiado con la necedad del soldado.

ZERNEST.

¡Qué manojo de tunantes está el tal Directorio! ¡Dejarnos aquí dos meses muriendo de hambre, cuando somos el último ejército de la República! ¡pagarnos en papel que nadie quiere!...

RHEINWALD.

No se debe acusar al Directorio, sino al ministro de la Guerra, Bernadotte. Ese hombre nos ha hecho más daño que todo el ejército austriaco.

ZERNEST.

Esperaba desanimar á Massena y sucederle en el mando.

RHEINWALD.

Sí... ese gascon de nada duda, desde que se ha aliado á la familia Bonaparte.

(Óyese á lo léjos el grito de ¡Quién vive! Rheinwald se para.)

UN OFICIAL, que acaba de salir, volviendo á entrar.

Un correo por el camino de Basilea.

RHEINWALD, volviendo á pasear.

No faltan correos; eso es más fácil que mandarnos dinero.

ZERNEST, asomándose á la ventana.

Ya llega al cuartel general.

RHEINWALD, rieudo.

Nos traerá la órden de librar batalla; será la tercera en el mes.

(El correo se detiene delante de las ventanas. Echa pié á tierra.)

ESCENA II.

LOS MISMOS, EL CORREO con botas de montar.

RHEINWALD.

¡Ah, mi viejo Chabot!

EL CORREO.

¡Rheinwald! (Abrázanse, despues volviéndose el correo.) Zernest, Aiguillau, Guerin, ¡ah! ¡ah! ¡ah! ¡los veteranos! ¡Qué maltratados estais! (Mirando en derredor de la sala.) Esto no se parece á la cancillería!

RHEINWALD.

¿Vienes de Paris?

EL CORREO.

En línea recta: partí el quinto dia complementario del año VII, á las seis de la mañana; llegué á Basilea ayer, 2 Vendimiario; ó como dicen los reaccionarios 23 de Setiembre de 1799.

RHEINWALD.

¡Bien has andado!

EL CORREO.

Por lo cual estoy molido.

RHEINWALD.

Siéntate á la chimenea, estira las piernas, sécate las botas.

EL CORREO.

Lo primero es desembarazarme del despacho... ¿No podria ver al general en jefe?

ZERNEST.

Está de reconocimiento con Oudinot.

RHEINWALD, riendo.

¿Es despacho del Directorio?... (Abre un cajon.) Mira, Chabot, no faltan de ellos.

EL CORREO.

¿Qué es eso?

RHEINWALD.

La órden de librar batalla. ¿Sabes lo que te va á contestar Massena?

EL CORREO.

¿Qué?

RHEINWALD, imitando el acento meridional de Massena.

¡Si me traeis dinero, seais bien venido! Necesito refuerzos, necesito caballos, necesito víveres, necesito municiones, necesito dinero. Si traeis dinero, seais bien venido, pero si no lo traeis... ¡dejadme en paz!

EL CORREO, rascándose la cabeza.

No sospecho que venga dinero en el despacho.

RHEINWALD, riendo.

No te inquietes; le guardaré en el cajon y todo quedará concluido.—Pero dinos algo de lo que pasa en Paris; no tenemos noticias.

EL CORREO.

En Paris... en Paris... todo sigue su marcha ordinaria.

ZERNEST.

¡Periódicos, carreras en el bosque de Bolonia, representaciones del *Jóven Enrique* y de *Frosina* y *Melidoro*!...

EL CORREO.

Sí, siempre lo mismo; esto llega á ser endiabladamente monotono.

UN OFICIAL JÓVEN.

Esa monotonía es mejor que la nuestra.

RHEINWALD.

¿Y continúan matando patriotas los reaccionarios?

EL CORREO.

¡Pardiez! ¡ahora que esperan á los rusos!... (Silencio.)

RHEINWALD, despues de pasear pensativo durante un rato.

¡Ah! ¡mi pobre Chabot! ¡ya está léjos el tiempo en que dejamos el pueblo con el fusil al hombro! ¡Entónces todo el mundo marchaba, hombres y mujeres, al grito de patria en peligro! Los reaccionarios eran muy pequeñitos entónces.

ZERNEST.

Aún lo serian si tuviéramos los cuarenta mil veteranos que Bonaparte se llevó á Egipto.

RHEINWALD, paseando.

Sí, no hubiésemos perdido en Cassano, en el Trebia, ni en Novi... No estaria Francia amenazada de una invasion... Pero Bonaparte queria gloria... (Con amargura.) ¡esos Bonaparte! (Silencio.)

EL CORREO, levantándose.

En fin, despues de todo, no nadais de seguro en la abundancia.

RHEINWALD, acercándose á la ventana y señalando á los desgraciados aldeanos que han vuelto.

¡En la abundancia!... Mira. No es bastante sufrir el frio, el hambre, arrastrar harapos, arriesgar la piel todos los dias, hemos de tener además ese espectáculo ante los ojos.

EL CORREO, mirando.

¿Cuál?

RHEINWALD.

El de los campesinos arruinados por la guerra; mujeres, niños y ancianos que vienen á pedirnos pan y á re-

clamar contra el soldado, hambriento tambien. Necesitamos endurecernos el corazon y recordar á cada instante que defendemos la Francia; que despues de nosotros todo está perdido; que los emigrados vienen en pos de los cosacos, con sus títulos y privilegios refrendados por el czar. ¡Hé aquí, Chabot, hé aquí la obra del Directorio y de su ministro Bernadotte!

EL CORREO.

No es placentera, en verdad.

RHEINWALD.

¿Cómo quieres que suceda otra cosa con departamentos que deben entregar artículos y nada entregan; con una administracion que debe alimentarnos y no nos manda provisiones; con una compañía particular encargada de la provision de víveres y que renuncia al servicio: con el suministro de forrajes dejado á los suizos que quisieran cargase el diablo con nosotros? ¿Se pueden obtener cien mil raciones diarias de este modo?

ZERNEST.

Y además, nada de sueldo en dos meses, agentes realistas difundidos por centenares para desalentar á los soldados; el archiduque Cárlos que nos oprime en el centro, Korsakow, Hotze, Linken, Jellachich que amenazan nuestras alas, y las tres cuartas partes de la república helvética que sólo esperan la ocasion para caernos encima.

EL CORREO.

En fin, á pesar de todo, nuestra línea de defensa es buena.

RHEINWALD.

Sí, ya amanece y puedes juzgar por tí mismo. (Se acercan á la ventana.) ¿Ves ese manto blanco en frente de nosotros?

EL CORREO.

Sí.

RHEINWALD.

Es el lago de Zurich; la ciudad al extremo de la izquierda... Más léjos, á nuestra derecha está el lago de Vallenstatt, á unas diez leguas. Entre esos dos lagos corre el Linth. El centro de nuestra posicion está aquí, sobre la cadena del monte Albis. Ese rio que atraviesa Zurich á la izquierda es el Limmat.

EL CORREO.

Veo bien, Rheinwald.

RHEINWALD.

Pues bien, los austriacos y rusos ocupan Zurich, al otro lado de los dos lagos y de los dos rios, el Linth y el Limmat. Reciben granos, ganados y forrajes de Alemania. Nosotros tenemos las rocas, nieves y torrentes de Suiza y no recibimos nada de Francia, sino órdenes de dar la batalla.

EL CORREO.

Razon de más para atacar en seguida; cuanto más se espere más acrecentará el hambre.

RHEINWALD.

Sí, crees que seria mejor estrellarse en seguida. Pero no piensa así Massena ni nosotros. Para atacar tendríamos que bajar las colinas, atravesar los dos rios y los pantanos á derecha y á la izquierda los lagos, bajo el fuego del enemigo. Ya comprenderás, Chabot, que esto no es tan fácil como tomar una taza de café.

EL CORREO.

En ese caso, para decirlo de una vez, la República está perdida...

ZERNEST.

Una cosa nos salva; desde la batalla de Novi, Souwarow se hace dar fiestas en Turin y no aprovecha la victoria.

EL CORREO.

¿Pero si desgraciadamente se le ocurriese reunirse á Korsakow en Suiza?

RHEINWALD.

Lecourbe, Gudin, Loison y Molitor están allá abajo, en las heleras del San Gotardo, con 11.000 hombres, para detenerle en caso necesario; pero si por desgracia se verificase la union, nos darian el golpe de gracia.

EL CORREO.

Jamás tendrá semejante idea ese loco salvaje.

UNA VOZ FUERA.

¿Quién vive?

ZERNEST, acercándose á la ventana.

Ha terminado el reconocimiento; ahí está el general en jefe.

(En el acto se levanta el correo. A cierta distancia, delante de las ventanas, aparece un grupo de oficiales de estado mayor á caballo. Los aldeanos se precipitan á su encuentro gritando con doliente voz. Tumulto fuera. La sala se llena de oficiales; entre ellos entran algunos aldeanos y aldeanas.)

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, OFICIALES DE ESTADO MAYOR, MASSENA, seguido de los desgraciados.

UN ALDEANO.

¡General, en nombre de Dios, general!... (Quiere detenerle.)

MASSENA.

¿Qué gentes son estas? ¿qué quieren? ya habia dicho...

OTRO CAMPESINO.

General, acaban de saquearnos la aldea... Vengo...

MASSENA.

Ya habia dicho que se separase de aquí á esta gente...

Vienen á pedirme sus vacas, sus caballos, su heno, su paja... (Viendo á una anciana con su hija arrodilladas delante de él, se detiene y exclama.) ¡Dios mio! ¿qué quereis que haga? (Enterneciéndose.) Los han cogido... se los han comido... ¡Tenian hambre!... ¿Qué quereis?... no soy Dios... no puedo impedir que el soldado tenga hambre...

LA ANCIANA, sollozando.

General, nos lo han quitado todo... Soy vieja... he trabajado siempre para vivir... ¿tengo ahora que aprender á mendigar?

MASSENA, conmovido.

¿Quién os ha saqueado, buena vieja, decid?

LA ANCIANA.

Vuestros soldados.

MASSENA.

¿De qué batallon?

LA ANCIANA.

No sé, no lo he mirado... Mi pobre hija gritaba... (La hija solloza.)

MASSENA.

¿Qué aldea es la vuestra?

LA ANCIANA.

El caserío de Veerde.

MASSENA, á Rheinwald.

General, vos sabreis lo que pasa allá... Que se me dé parte mañana... Quiero... (Enternecido.) ¡Pobre anciana!... ¡Pobre jóven!... Se fusilará á los que las han saqueado... pero despues!... ¡despues! (Alejándose.) ¡La guerra! ¡oh! ¡la guerra!..

(Entran dos centinelas y hacen que los aldeauos evacuen la sala.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, menos los aldeanos.

RHEINWALD, presentando el correo á Massena.

Un correo del Directorio.

MASSENA.

¡Un correo!... Si nos trae dinero, sea bien venido... Sí, si llega al fin el famoso millon que nos están prometiendo hace cinco meses, sea bien venido, (Leyendo el despacho.) ¡Ah! ¡ya sé! ¡ya sé!... me habian prevenido: el general Muller sitia á Philipsburgo... Los austriacos mandarán sin duda un destacamento para salvar la plaza... Otros tantos ménos el dia de la batalla. (Dando el despacho á Rheinwald.) Tomad, Rheinwald, no es dinero... pero es algo... (Mirando la chimenea.) ¡Hermoso fuego! Marchaos, señores!

(Salen los oficiales que acompañaban á Massena.)

RHEINWALD.

General ¿se manda traer aquí?...

MASSENA.

Sí, este fuego me alegra y me quedo aquí. Que vengan los ordenanzas, los prisioneros, y que se marchen los demás... ¡qué se marchen todos! (Arroja sobre una silla la capa y el sombrero. Salen todos exceptuando Rheinwald.) Rheinwald, vos escribireis... Oudinot no vendrá esta noche... Está vigilando el trasporte de barcas en Dietikon... Es operacion delicada... Mañana estará preparado todo, y si se presenta ocasion...

(Se sienta extendiendo las piernas hasta el fuego, y bosteza cubriéndose la boca con la mano. Dos centinelas pasean detrás de las ventanas, que un ayudante de campo ha cerrado ántes de salir. Rheinwald toma un registro y se coloca en la esquina de la mesa.)

ESCENA V.

MASSENA, RHEINWALD.

MASSENA, pensativo y hablando consigo mismo.

Sí, los austriacos maniobran; Korsakow les reemplaza sobre el Limmat. (Silencio.) ¿Qué quiere decir esto? (Mirando al mapa.) ¿Qué querrán hacer? (Nuevo silencio.—Á Rheinwald.) General, los partes de Soult, Mortier, Turreau y Lecourbe.

RHEINWALD.

Aquí están.

MASSENA, leyendo los partes.

«Sobre el Linth, sin novedad... Sobre el Reuss nada... ¡En el Gotardo y el Valais nada.» Maniobran á nuestra izquierda, está visto... ¿Qué significa ese movimiento á la izquierda? (Cogiendo el mapa.) Nada veo. El archiduque me asombra. (Levántase y pasea durante algunos momentos.—Á Rheinwald. ¿No tenemos noticias de Ogiski?

RHEINWALD.

Ninguna, mi general.

MASSENA.

Es extraño... ¿Su último despacho estaba firmado en Alejandría?

RHEINWALD.

Sí, mi general.

MASSENA.

Leedle.

RHEINWALD, busca el despacho y le lee.

«Alejandría 1.° de Setiembre de 1799. — Al general »Massena.—Se preparan grandes acontecimientos. Sou»warow se concentra en Alejandría. Sus fuerzas son »de 18.000 infantes, 4.000 caballos y 28 piezas de mon»taña. Corre el rumor de que marcha á Suiza, pero aún

»no se sabe de cierto. Cuidaré de teneros al corriente de »sus movimientos ulteriores. — *Ogiski.*»

MASSENA.

¡Y ni una palabra despues! ¿Se habrá dejado coger y fusilar?

RHEINWALD.

Un espía... se compra... el famoso millon pudiera haberle retenido con nosotros.

MASSENA, moviendo la cabeza.

¡Estoy seguro de Ogiski!... no es un espía como Pfersdorf y tantos otros... Es un hombre que se venga... ¡Es polaco!... Le conocí en Italia, en la legion polaca... entre los más valientes!

RHEINWALD.

¡Un soldado hacerse espía!

MASSENA.

¿Qué quereis? ¡Cuándo os abandonan el cielo y la tierra! Souwarow devastó la Polonia á sangre y fuego... fusiló, ahorcó y desterró á los patriotas... Ogiski odia á ese viejo bárbaro... Es muy natural... Se ha hecho espía para vengarse...

(Vénse prisioneros rodeados de soldados detenerse delante de las ventanas.)

RHEINWALD.

Ahí están los prisioneros, mi general.

MASSENA, sentándose.

¡Bien!... ¡que entren!...

(Rheinwald se asoma á la puerta y hace señal para que introduzcan á los prisioneros.)

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES, UN HUSAR DEL REGIMIENTO DE SZEKLER.

MASSENA, volviéndose en la silla.

¿Segun veo sois del regimiento de húsares de Szekler?

EL PRISIONERO.

Sargento de húsares de Szekler.

MASSENA, observándole.

No os doy la enhorabuena. (El prisionero baja la cabeza.)

RHEINWALD.

Mandaba la patrulla cogida en las avanzadas de Dattwyl, anoche entre once y doce.

MASSENA.

¡Ahora recorren muchas patrullas el Limmat!

EL PRISIONERO.

Muchas.

MASSENA.

¿Qué sucede allí? No comprendo esas patrullas. (El prisionero calla.—Massena con acento indignado.) No basta á los húsares de Szekler haber asesinado á los plenipotenciarios de la República, en Rastadt... atraviesan tambien el Limmat para saquear... Y despues se propaga el rumor de que los republicanos saquean.

EL PRISIONERO, intimidado.

Nosotros no saqueamos, mi general.

MASSENA.

¡Me extraña que no os hayan fusilado al reconoceros por un szekler! Los que asesinan plenipotenciarios no merecen que se les trate como soldados... Vosotros sois húsares de camino real... ladrones nocturnos... ¡Voy á hacer un ejemplar!...

EL PRISIONERO, intimidado.

Eramos exploradores, mi general.

MASSENA.

¿En la orilla izquierda del Limmat?

EL PRISIONERO.

Sí, mi general...

MASSENA, encogiéndose de hombros.

En la orilla izquierda del Limmat nada hay que

explorar... En esta orilla del rio no teneis puestos.

EL PRISIONERO, con vacilacion.

Podian observarnos...

MASSENA.

¿Qué podiamos observar? ¿Qué sucedia? (Silencio del prisionero.) No, esas patrullas son pretextos... Habeis atravesado el rio para robar... Es preciso fusilar á los ladrones... ¡General!

EL PRISIONERO, vivamente.

Habia desfile por el camino...

MASSENA.

¿Por qué camino?

EL PRISIONERO.

Por el de Hougg á Shaffhouse...

MASSENA.

¿Por el otro lado del Limmat?

EL PRISIONERO.

Sí, mi general.

MASSENA, lanzando una ojeada al mapa.

¿A las once de la noche?...

EL PRISIONERO.

Sí, mi general.

MASSENA.

¿Muchos regimientos?

EL PRISIONERO.

Muchos.

MASSENA.

¿Caballería é infantería?

EL PRISIONERO.

Sí, mi general.

MASSENA.

¿Y cañones?

EL PRISIONERO.

Tambien.

MASSENA, mirándole con severidad.

Lo sabré... si miente... es un ladron... (Silencio.) Y ese desfile ¿era de austriacos?

EL PRISIONERO.

Sí, mi general.

MASSENA.

¿No iban rusos?

EL PRISIONERO.

No, mi general.

MASSENA.

En ese caso, se marchan los austriacos y dejan á los rusos. (Mirando al prisionero.) ¿Adónde van?...

EL PRISIONERO, bajando la cabeza.

No lo sé.

MASSENA.

¡Tened cuidado!... Recordad que perteneceis á los húsares de Szekler, y que vuestro gobierno aún no ha dado satisfaccion del asesinato de los plenipotenciarios... Pudiéramos muy bien hacernos justicia por nuestra mano. (Bruscamente.) Miradme... (El prisionero levanta vivamente la cabeza.) ¿Adónde iba el ejército austriaco?

EL PRISIONERO.

Corria el rumor de que íbamos á Suabia.

MASSENA.

¿Con el archiduque?

EL PRISIONERO.

Sí, mi general. (Silencio.)

MASSENA, moviendo la cabeza. Aparte.

¡No es posible!... (Alto á Rheinwald.) Este húsar de Szekler miente... Se ha dejado coger para engañarme...

EL PRISIONERO, levantando la cabeza.

Mi general... perdonad á un viejo soldado... Os he dicho cuanto sabia... (Entra por la derecha un oficial de estado mayor.)

EL OFICIAL.

Mi general, un hombre desea hablaros.

MASSENA, contrariado.

Despues... (Mudando de parecer.) ¿Quién es?... ¿Qué quiere?

EL OFICIAL.

Es un paisano del canton de Zurich... Viene de las avanzadas... tomad este billete suyo.

MASSENA, mirando el papel.

¡Ah!... bien... bien... Le conozco... es uno de nuestros proveedores. Que éntre... (Sale el oficial. A Rheinwald.) Haced salir al prisionero por este lado... Que quede en la prevencion... Tal vez necesite interrogarle otra vez. (En voz baja, enseñando el papel á Rheinwald.) Es Pfersdorf... ya sabeis... se corta delante de gentes...

RHEINWALD, en igual tono.

Bien, mi general, esperaré vuestras órdenes en la pieza inmediata. (Sale con el prisionero por la izquierda. En el mismo instante entra por la derecha y escoltado Pfersdorf. Lleva un capote guarnecido de pieles, botas altas y gorro de piel de nútria galoneado de plata. Su rostro parece grave y digno.)

ESCENA VII.

MASSENA. PFERSDORF, LA ESCOLTA.

PFERSDORF, saludando.

Mi general.

MASSENA, vivamente.

¡Ola! ¡el señor Reber!... ¿Cómo estais, señor Reber? (Á la escolta.) Retiraos... este señor es uno de nuestros proveedores. (Retírase la escolta. Massena va á cerrar la puerta por su propia mano y vuelve vivamente.) ¿Habeis pasado por Basilea, Pfersdorf?

PFERSDORF.

Sí, general.

MASSENA.

¿Habeis visto al banquero?

PFERSDORF.

Sí, general.

MASSENA.

¿Habeis cobrado el dinero?

PFERSDORF.

Sin dificultad.

MASSENA.

¿Estareis contento?

PFERSDORF.

Muy contento.

MASSENA.

Eso es lo que deseo... Es preciso que esteis contento. Me costais más que un general de division.

PFERSDORF.

Yo tambien me veo obligado á gastar mucho... Siempre con la bolsa en la mano, general, siempre aflojando los cordones...

MASSENA, vivamente.

¡Bien! ¡bien! no os reconvengo, al contrario. Las buenas cuentas hacen los buenos amigos. ¿Ahora llegais?...

PFERSDORF.

De Zurich... donde he pasado quince dias en el hôtel de Buenavista, con los oficiales de estado mayor ruso. (Sonrie.)

MASSENA.

¿Y qué ocurre?

PFERSDORF.

Grandes cambios... El ejército austriaco se retira á Suabia.

MASSENA, vivamente.

¡A Suabia!... ¿Pero es cierto?...

PFERSDORF.

Es positivo.

MASSENA.

¿Y qué va á hacer en Suabia?

PFERSDORF.

A levantar el bloqueo de Philipsburgo.

MASSENA, moviendo la cabeza con aire de duda.

Para levantar el bloqueo de Philipsburgo no se necesitan 60.000 hombres; ¡ bastan 25 ó 30.000!

PFERSDORF.

Sí, general, pero no podian entenderse austriacos y rusos. Al llegar Korsakow con sus 25.000 rusos queria atacar en seguida. El archiduque Cárlos no queria. Desde entónces no podian verse los soldados de los dos emperadores; los rusos trataban á los austriacos con desprecio y los oficiales se negaban el saludo.

MASSENA, riendo.

¡Ah! ¡los rusos son héroes!... Están orgullosos... ganan en todas partes, en Cassano, en el Trebia, en Novi... Es justo, no deben saludar á los austriacos. Y Korsakow es tambien mejor general que el archiduque... no debe recibir órdenes suyas... ¡Comprendo! ¡Comprendo!... ¡Estoy por los rusos!...

PFERSDORF.

El archiduque Cárlos ha aprovechado la invasion de los franceses sobre el Mein para marcharse, ha dicho que su primer deber era cubrir los Estados del duque de Wutzburgo y del elector palatino... y ahora el ejército austriaco está en camino de Philipsburgo.

MASSENA, con acento penetrante.

¿Todo el ejército?

PFERSDORF.

Treinta batallones y cuarenta y dos escuadrones; yo mismo he corrido á Shaffhouse para verles desfi-

lar... Queria estar seguro... he contado yo mismo.

MASSENA, con acento breve y levantándose.

¡Bien! (Da tres ó cuatro paseos cabizbajo y vuelve á sentarse.) ¿Y quién queda en posicion?

PFERSDORF.

El archiduque ha dejado al general Hotze sobre el Linth para defender los cantones pequeños con 30.000 hombres y los tres regimientos suizos á sueldo de los ingleses; su cuartel general está en Wesen. El general Korsakow manda sus 25.000 rusos; su cuartel general está en Zurich; y el general Nauendorf, con 10.000 hombres, queda en la orilla derecha del Rhin para formar un cuerpo de reserva y observar el valle del Infierno, y los pueblos forestales.

MASSENA, volviendo á pasear con agitacion y cabizbajo.

Hotze, 25.000 hombres... Korsakow, 25.000... Nauendorf, 10.000. (Con mucha agitacion y manifestando duda y audacia.) ¡Sesenta mil hombres. (Deteniéndose delante de Pfersdorf.) No es posible... el archiduque me conoce... conoce tambien mis fuerzas.

PFERSDORF.

General, ántes de partir, el archiduque mismo ha llevado al general Korsakow á cada posicion y le decia: —aquí un regimiento... un batallon allá.—Y el ruso le contestaba:—¡Sí, un regimiento austriaco quiere decir un batallon ruso!... ¡Un batallon austriaco, quiere decir una compañía rusa!

MASSENA, con acento burlon.

¡Ah! si las compañías rusas valen lo que los batallones austriacos, Korsakow tiene razon... ¡es el más fuerte!...

PFERSDORF.

¡Nunca creereis, general, lo que los oficiales jóvenes rusos refieren en la mesa!

MASSENA.

¿El qué?

PFERSDORF.

Que marchan sobre Paris, que os llevarán á San Petersburgo.

MASSENA.

¿A mí?

PFERSDORF.

Sí, general.

MASSENA.

Yo tambien espero que irán á Paris despues de la batalla... Pero San Petersburgo está un poquito léjos para llevar allá 60.000 hombres. (Sentándose y mirando el mapa.) Dejemos á esos jóvenes fumar su cigarro; la juventud siempre se hace ilusiones. (Cambiando bruscamente de tono.) La marcha del archiduque es un ardid para hacerme librar batalla. Permanecerá allá abajo dispuesto á acudir al ruido del cañon y caer sobre mi ala izquierda... El archiduque es hombre de guerra... sabe lo que hace... Su marcha á Suabia me entregaria á Hotze y Korsakow... No se corren tales riesgos por satisfacer rencillas de estado mayor.

PFERSDORF.

General, os aseguro que el archiduque Cárlos está en camino de Suabia... que va á levantar el bloqueo de Philipsburgo...

MASSENA, interrumpiéndole.

¡Es imposible!... A ménos de que los rusos esperen refuerzos.

RHEINWALD, presentándose por la izquierda.

Mi general, un despacho de Italia.

MASSENA.

¡Ah! (Toma el despacho, lo abre precipitadamente y lo lee.) ¡Aquí está.... ¡Souwarow está en marcha!... (Con acento resuelto.)

¡Ahora comprendo!... Ha marchado el archiduque porque viene á reemplazarle Souwarow... (Agitando con viveza el despacho.) No hay un minuto que perder... (Con acento imperioso.) Que éntre el portador del despacho... necesito hablarle... que me entere... (Rheinwald sale por la izquierda.—A Pfersdorf.) Dejadme, Pfersdorf.

PFERSDORF, saludando.

¡General!

(Sale por la derecha. En el mismo momento se abre la puerta de la izquierda y aparece Ogiski en el dintel, dando señales de cansancio.)

ESCENA VIII.

MASSENA, OGISKI, despues RHEINWALD.

MASSENA.

¡Ogiski!...

OGISKI.

¡Yo soy, general!... era tan grave la noticia, que he querido traerla yo mismo... temia...

MASSENA, vivamente.

Sentaos... (Ogiski se sienta.) ¿Souwarow ha salido de Alejandría el 10 de Setiembre?

OGISKI.

Con 25.000 hombres. Yo estaba allí... vendiendo papeles públicos... todo lo he visto... todo lo he oido... Al partir ha dicho á sus soldados que iba á reunirse á Korsakow, y que despues de derrotaros marcharán sobre Paris, para restablecer á los Borbones. La vanguardia estaba en Bellinzona el 19; hoy llegará al pié de San Gotardo.

MASSENA, bruscamente.

¡Tenemos tiempo para dar la batalla! (Corriendo á la puerta de la izquierda.) ¡Rheinwald!

RHEINWALD, entrando.

¡Mi general!

MASSENA, con sorda voz.

¡Vamos á batirnos!... El príncipe Cárlos ha marchado á levantar el bloqueo á Philipsburgo... Souwarow viene á remplazarle... ¡El húsar de Szekler tenia razon!... ¡Todo el mundo á caballo!... ¡Que entren los oficiales de estado mayor!... ¡Voy á dar órdenes!... (Rheinwald se dirige rápidamente á la derecha.) ¡Nada de ruido!... ¡Calma!... (Rheinwald inclina la cabeza y sale.)

ESCENA IX.

MASSENA, OGISKI, despues RHEINWALD.

MASSENA, volviéndose hácia Ogiski.

¿Os encontrareis en disposicion de montar á caballo, Ogiski?

OGISKI.

¿De qué se trata, mi general?

MASSENA.

De llevar mis órdenes al general Lecourbe. Podreis serle muy útil en la lucha que va á sostener con Souwarow.

OGISKI, levantándose.

¡Estoy dispuesto!

MASSENA.

¡Bien! (Siéntase delante de una mesa y escribe.) «Al general Le»courbe.—El archiduque ha partido para Suabia con »treinta batallones y cuarenta y dos escuadrones. Sou»warow viene á remplazarle. Retardad su marcha cuanto »podais, disputadle el terreno por pulgadas. Yo ataco á »Hotze y Korsakow; en cuanto acabe con ellos volaré á »socorreros y procuraremos encerrar á Souwarow en las »montañas. Salud y amistad.—*Massena.*—Confianza ab-

»soluta en el portador.» (Plega la órden y la sella, levantándose.) ¡Tomad!

OGISKI, recibiendo la órden.

Entre dos y tres llegaré á Altorf.

RHEINWALD, entrando.

Mi general, todo está dispuesto... los oficiales están ahí...

MASSENA.

¡Qué entren!... (Á Ogiski, que se dispone á salir); tomad uno de mis caballos, Ogiski.

OGISKI, volviéndose.

¡Gracias, mi general!

MASSENA, viéndole marchar. Áparte.

¡Esos son los enemigos más terribles de Rusia!

(Entran oficiales de estado mayor y se colocan en las mesas. Massena permanece en pié.)

ESCENA X.

MASSENA, RHEINWALD, OFICIALES de estado mayor.

MASSENA, dictando despues de meditar por breves instantes.

«Cuartel general del Monte Albis, 2 Vendimiario del »año VIII de la República francesa. ¡Soldados del ejér»cito de Helvecia! Voy á llevaros al combate.

TODOS LOS OFICIALES levantándose como un solo hombre.

¡Viva la República!

CUADRO TERCERO.

El ataque de San Gotardo.

Camino escabroso lleno de barrancos en el declive de San Gotardo. En la parte superior, á la derecha, una meseta, y en ella un chalet, cuyo musgoso techo está cargado de piedras. Á la izquierda del camino la garganta del Tremola, llena de nieve; y en lo alto, las blancas cimas de San Gotardo. El panorama es espantoso. Una fila de soldados rusos, con la mochila á la espalda y el fusil al hombro empujan las ruedas de un carro atascado hasta el eje. Sobre el carro va Hattuina entre su caldero, sacos, tonel de aguardiente, provisiones y una maleta de cuero. Ivanowa lleva el caballo de la brida. Otros soldados rusos continúan desfilando por la meseta. Compréndese que el carro forma con las ambulancias, cola de columna. Cerca del chalet, algunos cosacos miran á lo alto con estupor.

ESCENA PRIMERA.

HATTUINA, IVANOWA, SOLDADOS.

IVANOWA.

¡Ánimo, amigos mios, ánimo! ¡Otro esfuerzo y llegaremos á la meseta! ¡Ánimo!

UN SOLDADO, empujando.

¡Ohé!

OTRO.

¡Piedras, Swerkof, piedras ó retrocede el *kibitk*!

OTRO, trayendo una piedra grande.

¡Cuidado! (La coloca debajo de las ruedas.) Ya podemos respirar. (El carro queda como suspendido en la cuesta, el caballo arriba.)

HATTUINA.

¡Veo que sois mis hijos como siempre; que no abandonais á la vieja Hattuina!

MUCHOS.

No... no... no temas *matuchka*, pero nos darás aguardiente.

HATTUINA.

Sí... sí... os daré.

UN SOLDADO.

¡Ah! ¡qué camino desde Ariolo!

HATTUINA.

Hace cincuenta años que estoy viendo malos caminos por todas partes, en Ukrania, Crimea, Turquía y Polonia, pero no he visto ninguno como este.

UN SOLDADO.

Y esto no es nada aún, *matuchka*... Mira allá arriba... mira... peñascos... peñascos... nieve... hielo...

OTRO.

¿Cómo pasará el *kibitk*? Será necesario desmontarlo por completo; las ruedas, las varas; tendremos que llevar á hombros á la vieja *matuchka*, la marmita, el tonel... ¡San Nicolás nos socorra!

OTRO, volviéndose y mirando á la espalda.

¡Y allá abajo el sol resplandeciente... hermosas casas... blanco pan, aguardiente, carne!... ¡Oh! ¡Italia!...

IVANOWA.

¡Calla, Mikalowich, calla, que nos vas á hacer llorar!

HATTUINA.

No, este no es camino de cristianos. (Alzando la voz.) ¡Souwarow, pides demasiado á tus hijos! El señor ha hecho ya mucho por Alexis Basilowitch; pero á nada atiendes, gritas.—¡Adelante! ¡Adelante!—y es preciso marchar.

IVANOWA, arreando al caballo.

¡Vamos!... ¡ánimo!... ¡ohé!

(Todos empujan las ruedas. El carro atraviesa el último paso y se detiene en la orilla de la meseta.)

TODOS LOS SOLDADOS, con acento de satisfaccion.

¡Aguardiente!... *matuchka*, ¡aguardiente!...

HATTUINA, bajando del carro.

¡Sí, le habeis ganado bien! Que coloquen el tonel aquí. Ivanowa, saca el vaso: ¡mis hijos beberán aguardiente!

(Los soldados se apresuran á bajar el tonel. Entre tanto, desfilan otros, quedando solos los del carro.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, en la orilla de la meseta; EL MAYOR BELINSKI y EL DOCTOR STHAL, más abajo. Continúa el desfile.

EL DOCTOR, gritando al mayor que le precede.

¡Eh! mayor, deteneos un poco... Mi pobre Jacob no puede más; sabeis que lleva quince años de servicio.

EL MAYOR.

En Novi os dije que le mataseis; ese animal está destruido.

EL DOCTOR.

Bien lo sé, pero habiendo estado juntos en Ismailow y en Praga, es duro separarnos. (Dando palmaditas en el cuello del caballo.) ¿Verdad, Jacob?

EL MAYOR.

Concluirá por dejaros plantado en el camino.

EL DOCTOR.

No seria extraño, si el camino es este. (En este momento levanta la cabeza, y ve el tonel de aguardiente sobre su maleta. Saltando al suelo.) ¡Ah! ¡mil rayos!

EL MAYOR.

¿Qué es eso?

EL DOCTOR, llevando de la brida al caballo.

¡Todos mis instrumentos aplastados. (Quiere echar á rodar el tonel.)

HATTUINA.

¿Qué quieres aquí, corta-piernas?

EL DOCTOR á los soldados.

¡Quitad eso de ahí, canallas! (Los soldados levantan el tonel. El doctor abre la maleta y mira.) ¡Alabado sea Dios! ¡Todo está ileso!

(El mayor, Hattuina, Ivanowa y los soldados se inclinan y miran.)

HATTUINA.

No mireis, son los cuchillitos.

EL DOCTOR, riendo.

Los pequeños y los grandes; y muy pronto vamos á necesitarlos. (Enseñando una sierra al mayor.) ¡Estos tunantes me han hecho temblar! Solamente esta sierra inglesa me cuesta tres libras esterlinas.

(El mayor continúa marchando sin contestar, gritando á los soldados que desfilan: ¡Adelante!... ¡Adelante!...)

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, menos EL MAYOR.

Ivanowa, muy pensativa, mira desfilar los soldados.

HATTUINA.

Vamos... vamos... está bien... cierra tu maleta... y bebe un vaso de aguardiente.

EL DOCTOR, despues de cerrar la maleta, se incorpora y dice á los soldados.

¡Eh! Mikalowitch, lleva esto al chalet. Y vosotros dos id al granero y extended la paja por todo el suelo. ¡Ya me entendeis! (Levantando la vista y contemplando el desfile.) Allá arriba va á hacer calor... ¡Antes de una hora necesitaremos los cuchillitos! (Aléjanse los soldados; Swerkof se lleva el caballo del doctor y el de Hattuina.—El doctor á Hattuina.) ¿Dónde está el mayor?

HATTUINA.

Se marchó en seguida.

EL DOCTOR, vaciando el vaso de aguardiente con buen humor.

Ya suponia que la sierra le causaria efecto. ¡Já, já, já!

HATTUINA.

¡Ah! cuervo viejo! ¡Te ries... porque hueles á sangre!

EL DOCTOR, riendo.

Esta vieja tiene ideas graciosas. (Saca del bolsillo una caja de rapé y toma un polvo.) Sí, hará calor... ¿Recuerdas Praga, Hattuina?

HATTUINA, levantando la mano.

¡Praga!... ¡Praga!...

EL DOCTOR, mirando hácia arriba.

Pues bien, si no me engaño, tendremos hoy tanto trabajo como entónces. Solamente que en vez de quemaduras, serán contusiones, huesos rotos, etc., etc. (Ve á los soldados mirando por las ventanas del chalet, y les grita.) ¡Concluireis!... ¡Concluireis!... (Los soldados se retiran.)

HATTUINA, gritando.

¡Ivanowa!

IVANOWA, saliendo de su meditacion.

¡Madre Hattuina!

HATTUINA.

¿En qué piensas?

IVANOWA.

Estoy mirando, madre Hattuina.

HATTUINA.

Miras si viene cierto mozo. Nada temas, Axenti Ivanowitch no está léjos.

EL DOCTOR, riendo.

¡Ah! ¡espera á Ivanowich!

HATTUINA.

Sí, ¡la juventud!... ¡la juventud!... ¿qué quereis?

EL DOCTOR.

Valiente mozo... que no teme al fuego.

HATTUINA.

¡Demasiado valiente!... ¡Demasiado valiente!...

EL DOCTOR.

¿Es el que llevó á Korsakow las órdenes del feld-mariscal?

HATTUINA.

Sí, y para volver más pronto, atravesó por medio de os republicanos.

EL DOCTOR.

Sin embargo, volvió.

HATTUINA riendo.

Es un zorro... un zorro muy astuto.

EL DOCTOR.

¿Está contento de él Souwarow?

HATTUINA.

¡Si está contento!... puedes suponerlo. Le dijo: «Bien, Axenti... procura que me acuerde de tí... Adelantarás en tu camino, Ivanowitch.»

EL DOCTOR, mirando á Ivanowa con la colilla del ojo.

¡Tener un amigo como Ivanowitch, que lleva órdenes atravesando por medio de los republicanos, y á quien se fusila en cuanto se le coge... esto da en qué pensar!

HATTUINA. en voz baja.

Calla.

EL DOCTOR.

Ese no es como yo... soy viejo, tengo roja la nariz... pero me conservo bien... las balas llueven en derredor del doctor Sthal... que guarda los cuchillitos para sus amigos.

HATTUINA riendo.

¡Calla, abejorro viejo! ¡Calla! ya pasó el tiempo de las flores... y ha llegado el del aguardiente... Toma... bebe... y deja en paz á Ivanowa.

EL DOCTOR, tomando el vaso.

¡Abejorro viejo!... Eso es demasiado. ¡Hattuina, sin el vaso de aguardiente me incomodaria!

HATTUINA á Ivanowa.

Vamos, baja los lienzos del doctor; ya deberia estar preparado todo.

EL DOCTOR, despues de vaciar el vaso.

Sí, vamos á necesitar vendajes para remendar cabezas rotas. Cortad vendas... (Mirando arriba.) Ya se acerca la columna... pronto oiremos tronar.

(Ivanowa y Hattuina se sientan en la orilla de la meseta, sobre unos sacos llenos de lienzo y empiezan á cortar vendas.)

HATTUINA á Ivanowa.

Ten el lienzo y yo cortaré; así adelantaremos más.

EL DOCTOR gritando á los soldados que se han vuelto á asomar á las ventanas.

¡Eh! ¡enarbolad la bandera negra sobre la casa! ¡Esos imbéciles en nada piensan!... ¡Van á disparar contra la ambulancia!... ¡Ah! ¡raza de animales!

(Durante esta escena, continúa el desfile. En este instante Ivanowa ve subir otro grupo de soldados; en medio de ellos va á caballo un oficial jóven llevando la bandera rusa: es Ivanowitch.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, IVANOWITCH en medio de los soldados.

IVANOWA, levantándose.

¡Axenti Ivanowitch!

IVANOWITCH, á los soldados.

¡Alto! ¡descansen! (Señalando al camino ascendente.) En seguida tendremos que correr.

(Acércase y coge la mano á Ivanowa. Los soldados descansan sobre las armas. Todos miran á la columna que sube lentamente.)

EL DOCTOR.

Os esperaban, Ivanowitch.

IVANOWITCH, sonriendo á Ivanowa.

Lo suponia y me he apresurado.

EL DOCTOR.

¿Venís de Ariolo?

IVANOWITCH.

Sí, doctor.

EL DOCTOR.

¿Está en marcha por la izquierda la columna del general Strauch?

IVANOWITCH.

Las tres columnas están en marcha; la de Strauch por la izquierda, y la de Schweikoski por la derecha. El feld-mariscal Souwarow sigue la nuestra; ha querido verlo todo; la organizacion de los convoyes, el desarme de los cañones y cajas...

EL DOCTOR.

Tenemos cañones...

IVANOWITCH.

Veintiocho piececitas para las tres columnas. Vienen á lomo. Ha sido necesario desmontar la mitad de los cosacos para trasportar las cureñas. El feld-mariscal lo ha inspeccionado personalmente todo... ¡Qué hombre!... ¡no conoce obstáculos!...

HATTUINA.

Cuanto más envejece, más terco es, se parece á los mulos.

EL DOCTOR, riendo.

Hattuina no se muerde la lengua.

IVANOWA á Ivanowitch.

No la escuches, Axenti, no la escuches.

IVANOWITCH, riendo.

Se le perdona todo. El mismo Souwarow rie de las ocurrencias de la vieja *matuchka* cuando está de buen humor.

EL DOCTOR.

El camino es rudo, Ivanowitch.

IVANOWITCH.

¡Ah! aún no hemos llegado al fin... ¡Si lo conocieseis como yo!... (Volviendo el caballo y señalando á las cimas.) Figuraos á 500 ó 600 metros encima de nosotros, una meseta cubierta de trincheras, zanjas y fortificaciones de tierra; á derecha é izquierda, rocas llenas de emboscadas, y entre ellas el camino que serpentea entre precipicios cuyo fondo es imposible ver. Si por desgracia se os desliza un pié, caeis á dos leguas, á las gargantas de Tremola.

EL DOCTOR.

Sin embargo, los republicanos han subido.

IVANOWITCH.

Sí, pero tenian delante á los austriacos, y nosotros tenemos á los franceses.

EL DOCTOR.

¿Son muchos?

IVANOWITCH.

Seis ó setecientos en la meseta, con el general Gudin.

HATTUINA.

¿Los has visto, Ivanowitch?

IVANOWITCH.

Sí, *matuchka*, al volver de Zurich; viven allá arriba de nieve derretida y pan de cebada... Los pobres diablos están flacos como el hambre.

EL DOCTOR.

¡Qué obstinados!

IVANOWITCH.

Sin las tres columnas de ataque combinadas, no tendria confianza á pesar de los 25.000 hombres de Souwarow. Pero llegaremos, Ivanowa, no tengas miedo.

IVANOWA.

¿No irás siempre á la cabeza, Axenti?

IVANOWITCH.

No... por tí, me pondré á un costado... ¡donde no se desliza uno!

HATTUINA sonrie.

Sí, sí, en un costado, cuando llueven las balas por todas partes... ¡Amad á un soldado!

EL DOCTOR.

Pues vos, Hattuina, amasteis á uno.

HATTUINA.

¿Qué quereis? todas somos locas una vez en la vida. Constantemente esperaba verme libre de él; éste era mi único consuelo y el suyo el aguardiente.

EL DOCTOR.

¿Y en la meseta, Ivanowitch, seremos dueños de todo?

IVANOWITCH.

Desde la meseta del San Gotardo tendremos que bajar como subimos; al otro lado tendremos que atravesar el Reuss, encajado entre dos rocas á pico, de 600 piés de altura, y habremos de pasar por puentes en lomo de mulo, más altos que el Kremlin y de dos brazas de anchos.

HATTUINA.

Souwarow se hace viejo y pierde la cabeza.

EL DOCTOR.

No hay otro camino para entrar en Suiza.

IVANOWITCH, extendiendo el brazo hácia la derecha de San Gotardo.

Existe el camino de Bellinzona á Coira, por Roveredo; pero es mucho más largo. Este es bastante más corto, y además nos lleva á retaguardia de Massena. Una vez en Altorf, en el fondo del valle del Reuss, cogeremos á los franceses por la espalda, mientras Korsakow les ataca de frente.

EL DOCTOR.

Es buen plan, pero de difícil ejecucion.

IVANOWITCH.

¡Bah! nada es imposible para Souwarow. ¡Cuanto emprende, está escrito allá arriba! (Levanta la mano.—A los soldados.) ¡Adelante! (Á Ivanowa que le retiene.) Ivanowa, es preciso que sea capitan; ya sabes que la vieja *matouchka* quiere que sea capitan para que nos casemos.

(Abraza á Ivanowa y sale al galope, siguiendo al destacamento. Ivanowa le mira alejarse.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES menos IVANOWITCH.

EL DOCTOR.

¡Bràvo muchacho! No conoce más que las batallas.

HATTUINA.

Sí, y eso no te impedirá cortarle los huesos como á cualquier otro, si lo traen en una camilla.

EL DOCTOR.

Cuando vienen en camilla, Hattuina, ya no son Ivanowitch, ni Souwarow, son hombres con los huesos rotos, con balas en el cuerpo ó con la cabeza aplastada... Trato de arreglar la cosa si es posible; y cuando no puede ser, les recomiendo á San Nicolás. ¿Qué más me pueden pedir?

HATTUINA.

Vamos... ¡á trabajar! Ya deberia estar cortado todo este lienzo. ¡Ivanowa!

IVANOWA.

¡Madre Hattuina!

HATTUINA.

Aunque estuvieras mirando cien años, no por eso

dejaria de haber partido... Si Dios quiere que vuelva, volverá. Vamos, hija mia, ayúdame; coge el lienzo y no pienses en lo demás.

(Ivanowa se sienta y las dos mujeres comienzan á trabajar; llegan los ayudantes del doctor.)

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES, LOS AYUDANTES DEL DOCTOR.

EL DOCTOR.

¿Qué quereis?

MIKALOWITCH.

Mayor, hemos hecho lo que nos habeis mandado. Hemos extendido paja por todas partes; hemos montado la mesa, abierto la maleta y arreglado los instrumentos; tambien hemos buscado cubos. ¿Qué hacemos ahora?

EL DOCTOR.

¡Ahora hareis lo que habeis hecho siempre, imbéciles! Cuando traigan heridos, los subireis, les desnudareis y colocareis sobre la mesa; cogereis con las pinzas lo que os diga que cojais, limpiareis la sangre con la esponja grande y cuando esté lleno el cubo, le llevareis abajo á vaciarle. (Con acento indignado.) Hace más de un año que me siguen estos imbéciles, en Cassano, en el Trébia, en Novi, en todas partes, y siempre tengo que repetir lo mismo. ¡Oh! Dios mio! ¡Dios mio! ¡qué ralea!... Han hecho bien en enseñarles á andar, porque si no, toda la vida hubiesen caminado á cuatro piés.

(Llegan algunos cosacos. Los ayudantes del doctor entran en el chalet.)

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, LOS COSACOS.

UN COSACO.

¡Aguardiente, *matuchka*!

HATTUINA.

No tengo aguardiente para tí.

EL HETTMANN, con imperioso acento.

Da aguardiente á mis hombres... Me debes obediencia, ¡vieja... da aguardiente!

EL DOCTOR á Hattuina.

Y yo te prohibo darlo.

EL HETTMANN.

¿Tú lo prohibes?

EL DOCTOR.

Sí, aquí mando yo; este aguardiente está en requisicion para los heridos.

EL HETTMANN.

Pues yo quiero.

EL DOCTOR.

Cuando te traigan con un balazo en el vientre, te pondré encima una compresa, hettmann, pero ántes no lo tendrás.

EL HETTMANN.

Tú no eres jefe.

EL DOCTOR, sacando del carro un par de pistolas.

Soy bastante jefe para chamuscarte los bigotes si te mueves, hettmann. Me llamo el doctor Sthal, cirujano de los granaderos de Rymnik, y si digo una palabra sobre tu conducta...

EL HETTMANN.

¡Vamos!... ¡era una broma... para ver qué contestabas!

EL DOCTOR.

¡Bien! pero te prevengo que no me gustan las bromas cosacas.

(Gran rumor al pié de la meseta. Hattuina se levanta y mira.)

HATTUINA.

Ya llega el regimiento de Ismail.

GRITOS.

¡Viva Souwarow!... ¡Viva Souwarow!

EL DOCTOR.

¡Ah! es el feld-mariscal.

NUEVOS GRITOS.

¡Viva Souwarow!... ¡Viva Souwarow!

(Pasa una fila de mulos llevando cañones desmontados y cureñas. Soldados de artillería escoltando el convoy; algunos se detienen en la meseta para cobrar aliento. En el momento en que la cola de la columna penetra en el desfiladero, aparece Souwarow con su estado mayor.)

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, EL ESTADO MAYOR.

SOUWAROW, con voz vibrante.

¡Hettmann!

EL HETTMANN.

¡Feld-mariscal!

SOUWAROW.

¿De dónde vienes?

EL HETTMANN.

Vengo de allá arriba... de un reconocimiento.

SOUWAROW.

¿Por qué no ha comenzado el ataque?

EL HETTMANN.

El camino es difícil, feld-mariscal; es más escabroso cada vez, y además los agujeros...

SOUWAROW.

No hay ningun camino difícil. (Con violencia.) ¡Que se ataque!... ¡Que se ataque!... Vé á decir que llega Souwarow. (El hettmann parte á galope con sus cosacos. Souwarow mirando al reloj.) Es medio dia... el coronel real-imperial de Strauch deberia haber roto el fuego hace veinte minutos... Esto es inconcebible.

EL CORONEL DE ESTADO MAYOR, MANDRIKINE.

¡Si están cortados los caminos, feld-mariscal!...

SOUWAROW, interrumpiéndole.

Las razones, buenas ó malas, de nada sirven en la guerra. Cuando se ha acordado un movimiento, se debe ejecutar con precision, para que el ataque no sea insuficiente. ¿De qué me servirá tener buenas razones si me vencen? (En este momento truena el cañon y se oye la fusilería.)

SOUWAROW, guardando el reloj en el bolsillo.

¡Al fin! (Mirando alrededor y viendo á los artilleros que descansan.) ¡Marchad!... ¡marchad vivamente!... (Volviéndose á Mandrikine.) Todos esos destacamentos á derecha é izquierda son fuerzas perdidas. (Los soldados suben.—A los oficiales.) Es medio dia justo. A las dos estaremos en la meseta. Pero es necesario avanzar bruscamente... es necesario desconcertar al enemigo con la violencia del ataque... Cuanto más desventajosa para nosotros es la posicion, más pronto se ha de conseguir el resultado. ¡Adelante, señores, adelante! (Parten.)

ESCENA IX.

HATTUINA, EL DOCTOR, IVANOWA.

HATTUINA, riendo.

Alexis Basilowich siempre es jóven, no cambia; lo mismo está que cuando lo ví por primera vez, hace cincuenta años.

EL DOCTOR.

Sí, pero escucha, Hattuina, escucha cómo truena. Ya es hora de que vaya á recogerme las mangas. (Entra en el chalet; quedan solas Hattuina é Ivanowa. Aumenta el ruido del combate.)

ESCENA X.

HATTUINA, IVANOWA.

HATTUINA.

¿En qué piensas, Ivanowa?

IVANOWA.

Escucho, madre Hattuina.

HATTUINA.

Sí, es una gran batalla... Muchos habrán caido ya... (Mira.) ¡Ah! ¡ahora está allí Souwarow!... ¡Cómo sube el humo! (Inmenso rumor á lo léjos en medio de las descargas.)

IVANOWA.

¡Eso es terrible!

HATTUINA.

¿Rezas?

IVANOWA.

Sí, madre, rezo...

HATTUINA.

Volverá... ¡pero otros muchos no volverán!... Ivanowitch volverá... Es valiente como Souwarow, y Souwarow se ha hecho viejo... Ha encanecido en la guerra... ¡Nada temas!... (Viendo dos soldados que traen un herido.) ¡Ah! ¡ya traen trabajo al viejo corta-piernas! (Ivanowa mira, se levanta y corre al encuentro de los que traen el herido. El doctor aparece en la ventana del chalet en mangas de camisa y con un delantal que le llega al cuello.)

IVANOWA, mirando al herido.

¡No es él! (Los camilleros se paran delante del chalet. Los ayudantes del doctor rodean al herido.)

ESCENA XI.

HATTUINA, IVANOWA, LOS CAMILLEROS, EL HERIDO, EL DOCTOR.

EL DOCTOR, gritando desde la ventana.

¿Qué es eso?... ¡Qué haceis ahí?...

UN AYUDANTE.

Es un comandante.

EL DOCTOR, con cólera.

¿Qué me importa que sea comandante? ¡Subidle... subidle, mil rayos! ¡Ah! ¡bestias! (Levantando los ojos y viendo otros heridos que traen en fila.) ¡Ah! ¡ya traen! ¡ya traen!

HATTUINA.

¡Viejos... jóvenes! ¡Viejos... jóvenes!... ¡Oh! volveremos solas á Rusia!... ¡Todos marchan... todos!

(Á medida que traen heridos los entran al chalet. Inmensos clamores á lo lé os; descargas; gritos: ¡Adelante!... ¡Adelante!...)

EL DOCTOR, gritando en el interior del chalet.

¡Vendas, *matuchka*, vendas!

HATTUINA, cogiendo un paquete de vendas.

Ayúdame, Ivanowa, ayúdame.

(Entrega el paquete á un ayudante que ha venido á llevarle.)

IVANOWA, mirando arriba.

¡Dios mio! todos se detienen...

HATTUINA.

¡Retroceden!... los soldados de Souwarow retroceden...

(Silencio. Llega á pié una fila de heridos.)

IVANOWA mirando al primero.

Un soldado del batallon...

EL HERIDO, apoyándose en la pared.

¡*Matuchka*!...

HATTUINA, acudiendo.

¡Daroch!

EL HERIDO.

¡Ah! *matuchka*... no veré más la Rusia...

HATTUINA *haciéndole sentar en un banco.*

¿Qué tienes?

EL HERIDO *enseñando el hombro derecho.*

Una bala aquí, *matuchka*... una bala... he concluido.

HATTUINA *á Ivanowa.*

¡Pronto! ¡un vaso de aguardiente! (*Al herido.*) ¿Y allá arriba?

EL HERIDO.

No se puede pasar... agujeros... los...

HATTUINA, *presentándole el vaso que acababa de traer Ivanowa.*

Toma, bebe.

EL HERIDO *devolviendo el vaso despues de vaciarlo.*

¡Ah! ¡buena *matuchka*!...

HATTUINA.

¿Qué has visto allá arriba?

EL HERIDO.

He visto filas de hombres caer... rodar... (*Con gesto de horror.*) ¡Ah! ¡Todo estaba azul... y negro en el fondo!... caen sin cesar, *matuchka*.

(*Cúbrese los ojos con una mano y se deja caer contra la pared.*)

HATTUINA, *volviéndose.*

¡Souwarow!... ¡Souwarow!... ¡devorador de hombres... debes estar contento... sí, contento... todo ha concluido, todos van á perecer!

(*Ruido de fusilería más cercano. Movimiento de retirada. Gritos: ¡Adelante!... ¡Alto!... ¡Alto! ¡Adelante!—El bettmann llega al galope seguido de sus cosacos. El caballo de un cosaco, herido de un balazo, se encabrita al borde del precipicio; el jinete lanza un grito terrible: el hombre y el caballo desaparecen.*)

ESCENA XII.

LOS PRECEDENTES, EL HETTMANN, COSACOS.

EL HETTMANN, gritando.

¡El ataque ha sido rechazado!... ¡todo está perdido!...

(Pica al caballo y desaparece.)

LOS DEMÁS COSACOS.

¡Sálvese quien pueda! (Salen al galope.)

HATTUINA.

¡Ivanowa, engancha el caballo!... pronto... pronto!...

IVANOWA.

¡No! ¡ha muerto!... ¡él no huirá!... ¡me quedo!.. ¡Vete, madre Hattuina, vete! ¡Yo quiero morir tambien!

(Se sienta y cubre la cara. Hattuina lo arroja todo en monton sobre el carro. Filas de soldados atraviesan corriendo la meseta, dominados por el pánico, y desaparecen por la izquierda. En el momento en que Hattuina va á buscar el caballo, aparece Ivanowitch con el sable en la mano. Ivanowa lanza un grito.)

ESCENA XIII.

LOS PRECEDENTES, IVANOWITCH, SOLDADOS.

IVANOWITCH, gritando á los soldados que huyen.

¡Deteneos!... ¡cobardes!... ¡cobardes!...

(Lánzase á la izquierda y se atraviesa en el sendero.)

IVANOWITCH, á los soldados que quieren pasar.

¡Al primero que se acerque le mato!...

TODOS.

Todo se ha perdido... Dejadnos pasar...

(Llegan otros fugitivos; se llena la escena. Tumultos, gritos.)

TODOS, furiosos y empujándose.

¡Dejadnos pasar!... ¡Dejadnos pasar!

IVANOWITCH.

¡No!...

(Un soldado apunta á Ivanowitch, Ivanowa se precipita sobre él y levanta el fusil. Sale el tiro. Aparece Souwarow en medio de un grupo de oficiales. Está desfigurado, lleno de sangre y mira con sombríos ojos su derrotada columna. Cesa el tiroteo.)

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, OFICIALES DE ESTADO MAYOR.

SOUWAROW, con voz de trueno.

¡A las filas!... Formad la columna. ¡Yo, Souwarow, os voy á guiar! (Profundo silencio. Ningun soldado se mueve.) Soldados... os habla vuestro padre Souwarow... ¡A las filas!... ¡Adelante!...

(Silencio. Todos los soldados bajan los ojos ó vuelven la cabeza ante la mirada del general en jefe.)

SOUWAROW, con voz que tiembla de cólera.

¿No sois los soldados de Praga, de Cassano, del Trebia, de Novi? ¿No sois ya hijos de la Santa Rusia? ¿Os intimidará un puñado de ateos republicanos? ¡A las filas!... ¡En columna!... ¡Seguid al viejo Souwarow!... ¡A las filas!...

(Hace un movimiento para marchar, en seguida mira; ningun soldado se mueve. Muchos soldados se sientan bajando la cabeza con desesperacion. Profundo silencio.)

SOUWAROW, con voz desfallecida.

¡Os negais á seguir á vuestro jefe... á vuestro padre... á quien el czar puso á vuestra cabeza! ¡Os negais! (Todos los soldados se vuelven. El rostro de Souwarow se descompone. Con voz conmovedora.) ¡Bien!... los valientes han muerto... Souwarow debe morir tambien! Que abran mi fosa aquí... (Se arranca las condecoraciones y las arroja al suelo.) De vosotros se dirá: «¡Abandonaron á su viejo general... son cobardes!...» (Arrojando la espada.) ¡Que me maten!... ¡Que me cubran de tierra!... Souwarow ha vivido demasiado...

(Se tiende en el suelo. Inmenso sollozo de los soldados que se alzan gritando: ¡Padre, levanta! ¡Padre, levanta! Souwarow no se mueve ni contesta. Se cubre el rostro con las manos. Un veterano le coge y le levanta exclamando: ¡Padre, levanta!... ¡Marcharemos!...)

HATTUINA ayudando al veterano.—Con voz enternecida.

¡Levanta, Basilowitch, hijo mio, todos marcharán!.. ¿verdad, valientes?...

TODOS LOS SOLDADOS.

Sí... sí... ¡adelante!... ¡Guianos!...

(Souwarow se levanta y mira á Hattuina, con ojos llenos de lágrimas. Los soldados se agrupan en derredor suyo: unos se arrodillan; otros le besan las manos, algunos le presentan la espada exclamando.—¡Perdónanos, padre! ¡Toma tu espada!... Todos marcharemos por ti!)

SOUWAROW, empuñando la espada.

¡Bien!... veo que sois todavia mis hijos... Voy á guiaros... ¡Pasaremos, ó moriremos todos!...

TODOS LOS SOLDADOS, blandiendo las armas.

Sí... sí... ¡adelante!... ¡adelante!...

(Souwarow monta á caballo.—Los tambores tocan á ataque.)

CUADRO CUARTO.

El espía.

Escena nocturna. La meseta de Ospizio sobre el San Gotardo. En derredor se ven las cimas de Fiendo, Fibia, Stella y Gospis, cubiertas de nieve. El camino divide la escena. Á la izquierda, un viejo hospicio incendiado, sobre el que flota la bandera rusa, solamente quedan las armaduras del techo, algunos pilares delante y vigas carbonizadas. A la derecha un cobertizo. Contra una pared del hospicio se apoya una serie de establos medio derribados; contra la otra, una especie de granja, por cuya puerta y ventanas se ve viva luz en el interior. El resto del paisaje está en la sombra; cruzan antorchas; sobre las nevadas cumbres brilla la luna. Varios destacamentos tocan llamada, el mismo toque se oye á lo lejos; á la derecha del camino está formada una compañía del regimiento de Rymnik. En las filas se ven soldados con la cabeza ó brazos vendados y ensangrentados uniformes. Es el aspecto del soldado despues de un combate mortífero. Dos sargentos, en el frente de batalla continúan la lista; el uno tiene levantada una antorcha, el otro lee los nombres. Delante del cobertizo Hattuina é Ivanowa desenganchan el carro, llevan el caballo al establo de en frente y de tiempo en tiempo vuelven la cabeza para escuchar.

ESCENA PRIMERA.

LA COMPAÑÍA DEL REGIMIENTO DE RYMNIK, LOS DOS SARGENTOS, HATTUINA, IVANOWA. Despues, EL CORONEL DE ESTADO MAYOR MANDRIKIN.

UN SARGENTO, leyendo.

¿Beliuski?

UN SOLDADO.

Presente.

EL SARGENTO.

¿Bistraya?

UN SOLDADO.

Presente.

EL SARGENTO.

¿Kolkow?

VARIOS SOLDADOS.

Extraviado. (El sargento escribe.)

EL SARGENTO.

¿Pouskine?

VARIOS.

Muerto.

EL SARGENTO.

¿Lermanskoff?

VARIOS.

Herido.

EL SARGENTO.

¿Nichipure?

(Silencio. Llega por el fondo el coronel de estado mayor Mandrikin.)

MANDRIKIN, con fuerte voz.

Vamos... despachad... ¡Que llega el feld-mariscal! Quiere el parte en seguida.

EL SARGENTO, repitiendo.

¿Nichipure? (Silencio.)

MANDRIKIN, con impaciencia.

¿No sabe nadie qué ha sido de Nichipure? (Silencio.— Al sargento.) Poned extraviado.

EL SARGENTO, continuando la lista.

¿Swerkoff?

UN SOLDADO.

Presente.

EL SARGENTO.

¿Alicola?

VARIOS.

Herido.

EL SARGENTO.

¿Carabetz?

VARIOS.

Muerto.

MANDRIKIN.

¿Habeis concluido?

EL SARGENTO.

Sí, mi coronel.

MANDRIKIN.

Bien, ¡dadme! (Recorre la lista y cuenta.) Diez y seis muertos, veinticuatro heridos ó extraviados. (Apunta en una cartera.) Primera compañía del primer batallon del regimiento granaderos de Rymnik. Diez y seis muertos, veinticuatro heridos. (Añadiendo.) Total del regimiento: 319 hombres fuera de combate; de la columna: total, 1.125.

(Souwarow aparece al fondo con el estado mayor.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, OFICIALES DE ESTADO MAYOR

EL SARGENTO.

¡Al hombro, armas!... ¡Presenten, armas!

SOUWAROW, á Mandrikin.

¿Y bien, Mandrikin?

MANDRIKIN.

Aquí está el parte, feld-mariscal. (Le presenta la hoja.)

SOUWAROW, recorriéndola.

Mil ciento veinticinco hombres... Bien... ¡Todo ha marchado bien! (Reconociendo al regimiento de Rymnik.) Ah! ah! ¡Los granaderos de Rymnik!... Aquí estais... Estoy contento de vosotros, muchachos... Habeis reparado bravamente un momento de pánico... El paso era difícil... los ateos se habian atrincherado bien... se han defendido como desesperados... pero al fin hemos entrado. (Rie.) Aún somos los hijos de la Santa Rusia... Bien.

(Echa pié á tierra y pasea al frente de la compañía.) Sí, lo más difícil está hecho... Hénos en el San Gotardo; ahora solamente tenemos que bajar. (Deteniéndose y con voz más grave.) Quiero demostraros mi satisfaccion, granaderos de Rymnik; hasta nueva órden, vuestro regimiento dará guardia de honor á Souwarow. Despues podreis decir; pertenecia al regimiento de Rymnik en el grande ataque del San Gotardo y aquella noche montamos la guardia de Alexis Basilowitch Souwarow, en lo alto de la montaña; ¡sí, podreis decirlo! (Volviendo á pasear.) Todo el ejército ha cumplido su deber. Cuando lleguen los mulos, cada hombre recibirá doble racion de aguardiente. (Al capitan de la compañía.) Ahora, mandad romper filas... Procuremos descansar... Al amanecer tenemos que perseguir á los ateos...

EL CAPITAN, á los soldados.

¡Rompan filas!

(Los soldados rompen filas y colocan los fusiles en pabellones. En seguida se quitan las mochilas y se agrupan por escuadras.)

SOUWAROW, en medio de los oficiales.

Señores, nada de particular tengo que deciros. Trátase de reparar el tiempo que los austriacos nos han hecho perder en Bellinzona. Estamos á 25 de Setiembre, el 26 llegaremos á Wasen; el 27 á Altorf, y el 28 atacaremos á Massena por retaguardia, mientras Korsakow le ataca de frente. Esta será la accion decisiva de la campaña. Hemos derrotado á Jouvert, Moreau y Macdonal en Italia; ahora derrotaremos á Massena en Suiza. En seguida, ¡en marcha sobre Paris! Allí podremos descansar y restablecer en su trono á los Borbones. El plan es sencillo... Así, nada de retroceso... (Mirando el reloj.) Es media noche, á las cuatro, diana. Que se busque leña y se enciendan hogueras en el vivac, si es posible... Las mochilas y botas no deben estar completamente va-

cias. (A un general.) Bagration, cenareis conmigo. (Saludando á los demás oficiales.) ¡Señores!

(Los oficiales saludan y se retiran. Bagration, Souwarow y Mandrikín se dirigen á la granja y pasan por delante del cobertizo donde Hattuina ha encendido fuego durante la escena anterior.)

ESCENA III.

SOUWAROW, BAGRATION, MANDRIKIN, HATTUINA, IVANOWA, algunos soldados de Rymnik.

SOUWAROW, con alegre acento á Hattuina.

¡Hola! ¿eres tú *matuchka*?

HATTUINA.

Sí, Basilowitch, yo soy.

SOUWAROW.

¿Seguirás siempre los ejércitos con tu *kibith*?

HATTUINA.

Siempre, Basilowitch, siempre... ¿Qué puedo hacer? Preciso es que siga á mis hijos... soy la madre del batallon.

SOUWAROW, á Bagration.

Ved, Bagration, ved nuestra *matuchka* más vieja.... ¿Qué edad tienes, *matuchka*?

HATTUINA.

¿Quién puede saberlo? Hace mucho tiempo que no cuento los años, Basilowitch, ¡mucho tiempo!

SOUWAROW.

¡Cuántas veces me has dado aguardiente en San Petersburgo! ¿Lo recuerdas?

HATTUINA.

¡Si lo recuerdo! Hace cincuenta años durante las grandes maniobras de la guardia; entónces eras sargento... No esperabas llegar á feld-mariscal Rymnikski, príncipe Italikski!... ¡jé! ¡jé! ¡jé! Y yo te decia; Basi-

lowitch, ánimo, ánimo... Toma, bebe aguardiente... ¡Consérvate, hijo mio!

SOUWAROW, enternecido.

Verdad es *matuchka*. (A Bragation.) Eso me decia, Bagration. ¡Ah! vieja *matuchka* ¡cuánto me alegro de verte con salud!... ¿Necesitas algo? ¿te falta algo?

HATTUINA.

No, Basilowitch.

SOUWAROW.

¿Tiene aguardiente el tonel?

HATTUINA.

Un poco... un poco... el cirujano me tomó allá abajo mucho para los heridos y casi no me queda ya.

SOUWAROW.

Bien, da el que quede á esos valientes muchachos; dáselo todo; van á llegar los mulos y se llenará el tonel hasta arriba... ¡Buena noche, *matuchka*! ¡Debes estar muy cansada!

HATTUINA.

¡Oh! los caminos de Italia eran mejores que éste; pero caminaré despacito detrás de mis hijos.

SOUWAROW, riendo.

¡Ah! ¡con que te gustan los caminos buenos! ¿Y la gloria, *matuchka*, por nada la cuentas?

HATTUINA.

La gloria es para Souwarow y los malos caminos para nosotros.

SOUWAROW, riendo.

¡Jé! ¡jé! ¡jé! la vieja *matuchka* me dice sus verdades. (Aléjase y en la puerta de la granja se vuelve.) Vamos, Bagration! (Entran.)

ESCENA IV.

HATTUINA, IVANOWA, LOS SOLDADOS.

LOS SOLDADOS, alrededor de Hattuina.

Y bien, *matuchka*, el feld-mariscal ha dicho que nos des aguardiente.

HATTUINA.

Sí, pero no hableis tan fuerte, porque podrian oiros los demás.

LOS SOLDADOS, mirando en derredor.

¡Chist! ¡Chist!

UN SOLDADO, golpeando en el tonel.

¡Eh! ¡eh! aún queda.

OTRO, señalando con el dedo.

Hasta aquí.

IVANOWA.

Comenzad por arreglar el fuego; la olla está llena de nieve y se necesita mucho fuego para derretirla.

HATTUINA.

Sí, y en seguida poned aquí un haz de paja para que me siente en él.

LOS SOLDADOS.

¡En seguida, *matuchka*, en seguida!

(Traen apresuradamente paja de los establos.)

HATTUINA.

Otro aquí para Ivanowa.

(Los soldados obedecen; siéntase Hattuina, y en seguida saca el vaso. Los soldados, formados en círculo, la miran con adoracion.)

UN SOLDADO.

Eso nos va á reanimar.

HATTUINA, dando vuelta á la espita.

¡Aquí está! (Todos tienden la mano.) Esperad... primero el más viejo.

UN SOLDADO.

Yo soy. (Todos miran en silencio. Hattuina le da el vaso; bebe á pequeños sorbos, despues se chupa el bigote para recoger las últimas gotas y dice:) ¡Qué lástima que concluya tan pronto!

HATTUINA, llénando.

Ahora el segundo.

(Despues se repite lo mismo con el tercero, el cuarto, etc.)

UN SOLDADO, golpeando en el tonel.

Aún queda, aún queda.

HATTUINA.

Vamos, á tí te toca.

EL SOLDADO, recibiendo el vaso.

Creí que no me llegaba la vez. (Bebe y rie.)

MUCHOS, golpeando en el tonel.

Aún queda.

UN SOLDADO.

El feld-mariscal ha dicho que se vacie el tonel *matuchka* y que lo llenarian con el aguardiente que traen los mulos.

OTROS SOLDADOS.

Eso ha dicho, *matuchka*, eso ha dicho.

HATTUINA.

Cuando lleguen los mulos os daré el resto, pero nó ántes. ¡Ya basta!

MUCHOS, con vehemencia.

¡Oh! *matuchka* ¡hace tanto frio!

HATTUINA, guardando el vaso.

Vamos, borrachos incorregibles, ¿no habeis recibido cada uno un vaso?

MUCHOS.

No te incomodes, *matuchka*, no te incomodes. Cuando vengan los mulos nos darás el resto.

(Pónense á bailar haciendo crugir los dedos, con ademanes grotescos, y Hattuina rie.)

IVANOWA, mirando á la olla.

Ya se ha derretido la nieve y el agua comienza á hervir, madre Hattuina.

HATTUINA.

Bien, trae el saco de la harina.

IVANOWA.

Poca queda, madre Hattuina. (Á los soldados.) Si quereis tener parte en el rancho vaciad los morrales. (Ivanowa va á buscar un saquito al carro y vacía en la olla su contenido.) ¡Ahí está lo que queda!

(Muchos soldados abren tambien los morrales y vacian las provisiones en la olla; en seguida se sientan en derredor del fuego.)

HATTUINA removiendo el contenido de la olla con un cucharon de madera.

Harina mojada... cortezas de pan cocidas con agua de nieve, sin sal ni manteca... no puede ser bueno el rancho.

UN SOLDADO.

¡Bah! ya le comeremos *matuchka*... ¡Oh! ¡si supieses qué hambre tenemos!...

(En este momento, Ogiski, disfrazado de pope (1), viejo, con larga barba gris cayéndole sobre el pecho, caftan verde, guarnecido de piel de carnero, atado á la cintura; el colbak calado hasta las orejas; un palo largo en la mano y un rosario en la cintura, pasa lentamente por delante del hospicio siguiendo el camino. Va mirando á derecha é izquierda como reconociendo el terreno. Al ver la bandera rusa flotando sobre el hospicio, se detiene reflexionando.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, OGISKI, disfrazado de pope.

UN SOLDADO, volviéndose.

¡Un pope!

TODOS.

¡Sí, un pope!

(1) Sacerdote perteneciente á la iglesia cismática rusa.

OGISKI, aparte.

¡Aquí está el cuartel general!

HATTUINA, levantando la voz.

Pope, ¿á dónde vas tan tarde?

OGISKI, volviéndose y levantando las manos para bendecir.

¡Que el gran San Nicolás sea con vosotros!

TODOS.

¡Amen!

OGISKI á Hattuina.

Voy á reunirme á mi regimiento, *matuchka*. (Aparte y dirigiéndose hácia Hattuina.) Es preciso que me quede aquí.

HATTUINA.

¿A qué regimiento perteneces?

OGISKI.

Al cuarto de cosacos.

HATTUINA.

¡Oh! los cosacos... los cosacos están muy léjos; van persiguiendo á los republicanos por la otra vertiente de la montaña. Quédate con nosotros... caliéntate... mañana continuarás la marcha. Podrias perderte en estos malos caminos y caer en algun precipicio.

OGISKI.

Sí, *matuchka*, tienes razon... está muy oscuro... y no soy jóven...

HATTUINA llenando de aguardiente el vaso.

Toma, bebe, pope, esto te calentará. Siéntate aquí á mi lado.

OGISKI recibiendo el vaso.

¡Que el Señor te lo pague, buena *matuchka*! (Bebe.)

HATTUINA á los soldados.

Ya veis, si os lo hubiese dado todo, no habria para este buen pope.

OGISKI sentándose.

Sí, me quedo con mis hijos, con mis buenos hijos...

IVANOWA.

Estais muy léjos de los cosacos, buen pope.

OGISKI.

Cierto es, hija mia, cierto es... los caminos son malos... y además ¡á cada paso heridos que bendecir!

HATTUINA.

¡Ah! ¡sí... no faltan muertos y heridos!... Hace muchos años que los veo por muchas partes, pero nunca tantos en el mismo camino.

OGISKI, levantando las manos.

¡Señor, recibe sus almas! ¡Que suban al pié de tu trono!... ¡Qué sean felices por los siglos de los siglos!

LOS SOLDADOS haciendo la señal de la cruz.

¡Así sea!... ¡así sea!

OGISKI levantando la tapadera de la olla.

¡Teneis rancho esta noche, hijos mios!... ¡Muchos hay que no lo tienen!... Al atravesar los vivacs, he visto todas las ollas vacías.

HATTUINA.

Es un mal rancho sin manteca, de cortezas de pan y agua de nieve, pero en guerra como en guerra. Si quieres, buen pope, te llenaré la escudilla.

OGISKI.

Con mucho gusto, *matuchka*. Sí, sí... el Señor me ha hecho la gracia de guiarme; él me ha traido de la mano. Alabado sea mil veces y San Nicolás nuestro glorioso patron.

(Ivanowa comienza á llenar las escudillas, dando la primera á Ogiski. Cada soldado recibe en seguida la suya y come el contenido, teniéndola sobre las rodillas.)

IVANOWA.

Tened cuidado, buen pope, está caliente y es preciso soplar...

(Se sienta tambien á comer. Silencio.)

HATTUINA.

Y bien, pope; ¿cómo la encuentras?

OGISKI, comiendo.

Mejores los he comido, *matuchka*, pero á buen hambre...

UN SOLDADO.

¡Ah, *matuchka*, qué diferencia de los ranchos de Italia!

HATTUINA.

Sí, nos hemos comido al principio el pan blanco. Nada se puede conseguir en este país de montañas... Las gentes deben ser pobres. Creo que recogeremos más balazos que buenos bocados... ¡Mejor hubiese hecho Souwarow en dejarnos allá abajo donde tan bien nos encontrábamos!

(Come. Muchos soldados, despues de vaciar las escudillas, se preparan para dormir. Arreglan los morrales debajo del cobertizo. Otros buscan un haz de paja y se tienden encima diciendo: ¡Buen sueño, compañeros! Ivanowa entra en el primer establo y vuelve en seguida.)

IVANOWA.

¡Oh! ¡qué buena cama de hojas! ¿no vienes á dormir, madre Hattuina?

HATTUINA.

No tengo sueño aún... prefiero quedarme junto al fuego.

(Acerca el haz de paja y mira al fuego, cruzando las manos alrededor de las rodillas. Ivanowa se inclina por la espalda y la abraza.)

IVANOWA.

Buena noches, madre Hattuina.

HATTUINA.

Buenas noches, hija mia, cúbrete bien.

IVANOWA.

Buena noches, buen pope.

OGISKI.

¡Que el Señor te bendiga!

(Levanta la mano; la jóven entra en el establo. A lo léjos se oye el grito de ¡Alerta!—Contéstanse los centinelas y en seguida todo queda en silencio.)

ESCENA VI.

HATTUINA, OGISKI.

OGISKI.

¡Cuánto te quiere esa hermosa niña!...

HATTUINA.

Yo tambien á ella... hace muchos años que nos queremos.

OGISKI.

¿Es hija tuya?

HATTUINA.

No, pope, no tengo hijas... ni hijos.

OGISKI.

Creia que eras su madre.

HATTUINA.

Si se puede llamar madre á la que nos recoge, nos da su pan, nos ama... soy su madre. (Silencio.) ¿Recuerdas la última guerra contra los polacos, pope?

OGISKI, con acento pensador.

Sí, recuerdo esa guerra.

HATTUINA.

¿Y la toma de Praga?

OGISKI con el mismo tono.

Muy bien.

HATTUINA.

¿Y el saqueo?

OGISKI.

Ví esas cosas... Los que las vieron, no las olvidarán jamás.

HATTUINA.

Pues bien, aquel dia, cuando las llamas lo devoraban todo... cuando en todas las casas se oian alaridos, llantos, tiros y todo se convertia en humo... aquel dia, pope, estaba con mi carro delante de una iglesia.

OGISKI.

¿Qué iglesia?

HATTUINA.

Una iglesia cubierta con pizarras y con torre redonda.

OGISKI.

Todas las iglesias de Praga están cubiertas con pizarras y tienen torres redondas... Pero ¿qué sucedió?

HATTUINA.

Estaba allí, y esperaba el fin del saqueo, viendo á los pobres polacos perseguidos á tiros en las calles, y que huian llorando y gritando...

OGISKI interrumpiéndola.

Sí... sí... todo eso lo ví... ¿Pero la niña?

HATTUINA.

La encontré detrás de la iglesia, en un rincon lleno de sangre, entre otros muchos... jóvenes y viejos... La pobre niña parecia muerta... habia recibido un lanzazo... La cogí porque era hermosa y me dió compasion. (Ogiski se oculta el rostro con las manos.) La llevé á mi *kibith*... El jefe del batallon gritaba... pero á los tres meses, la niña cantaba y bailaba sobre el carro y todos los soldados la querian; entónces se enterneció el viejo Zorith y hasta su muerte dijo :—Esta es hija del primer batallon de Rymnik... ¡Esta es nuestra Ivanowa!

OGISKI.

¡Y de esa manera es hija tuya!

HATTUINA.

Sí, es polaca. (Riendo.) ¡Y orgullosa como polaca!... ¿Si supieras?...

OGISKI.

¿Qué?

HATTUINA.

No quiere un soldado... quiere un oficial.

OGISKI.

¿Un oficial?

HATTUINA.

Sí, para casarse... Quiere un valiente... No puede sufrir á los cobardes... ¡Es verdadera polaca!

OGISKI, con amarga sonrisa.

¡Y ningun oficial la quiere!

HATTUINA.

¡Oh! sí... un oficial jóven. No es noble; es un hijo de soldado... un valiente... Axenti Ivanowitch. Souwarow le aprecia... él es quien llevó las órdenes á Korsakow.

OGISKI.

¿Qué órdenes?

HATTUINA.

¡Toma! ¡las de la gran batalla del 28!

OGISKI.

¿Llevó él la órden?

HATTUINA.

Sí, y Souwarow le dijo:— Procura que te recuerde, Ivanowitch.

OGISKI.

Ese es gran honor, *matuchka*, gran honor para Ivanowitch.

HATTUINA.

Sí. Y ahora vamos á bajar á Suiza; pasado mañana llegaremos á las orillas de un gran lago, que rodearemos á la izquierda; Souwarow lo ha dicho á los oficiales, y nos encontraremos á la espalda de los republicanos, mientras Korsakow les ataca de frente... ¡Jé! ¡jé! ¡jé!

Ivanowitch será capitan y marcharemos á Paris á hacer la boda.

OGISKI.

¡Dios te oiga, *matuchka*...!

(Óyese el grito de ¡Quien vive! Escuchan. Despues llega por el fondo un cosaco al galope; dirigese á la granja donde entraron Souwarow y Bagration.)

OGISKI.

Un correo...

HATTUINA.

Sí... el viejo Souwarow es como nosotros... no duerme... Da órdenes, recibe noticias y contesta de dia y de noche. (Sale de la granja un oficial de estado mayor.)

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, EL CORREO, EL OFICIAL.

EL OFICIAL, al cosaco.

¿De dónde vienes?

EL COSACO.

Del Maderaner Thal, cerca del puente de Amsteig, á siete leguas de aquí.

EL OFICIAL.

¿De quién es el despacho?

EL COSACO.

Del general Auffemberg.

EL OFICIAL, recibiendo el despacho.

¡Bien! ¡puedes echar pié á tierra!

(Entra en la granja. El cosaco echa pié á tierra y mira á derecha é izquierda. Está cubierto de escarcha; de su barba penden copos de hielo.)

OGISKI, á Hattuina.

Tendrá frio... debias llamarle, *matuchka*.

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, menos EL OFICIAL.

HATTUINA, al correo.

¡Eh! ¡eh! no debes tener calor, cosaco.

EL COSACO.

No, *matuchka*, no tengo calor.

HATTUINA.

Ata el caballo y ven á calentarte... Toma un vaso de aguardiente.

EL COSACO, atando su caballo á un pilar del cobertizo.

Con mucho gusto, *matuchka*... ¡Brrr! (Tirita.)

OGISKI.

¿Estás helado?

EL COSACO.

Si, el aire está lleno de escarcha, y cuando se galopa por espacio de cinco horas, penetra en la sangre. (Bebe. ¡Esto hace bien!... ¡Calienta!

(Devuelve el vaso á Hattuina y va á pagarle.)

HATTUINA.

Guarda tus *kopecks*... Has bebido aguardiente de Souwarow... Él mandará llenar el tonel... ¡Guarda los *kopecks*!

EL COSACO.

¡Dios te lo pague y á Souwarow!

(Guarda las monedas en el bolsillo y se calienta extendiendo las manos al fuego.)

OGISKI.

Has corrido durante cinco horas... Eso es duro... de noche... y por pendientes resbaladizas...

EL COSACO.

¡Oh! pope, ¡si es duro!... Los caballos se deslizan á pesar de los clavos de las herraduras; tiritan. Hay que

tirar de la brida á cada paso, y el viento azota el rostro.

OGISKI.

¿Tan graves cosas pasan allá abajo para hacer correr asi á los pobres soldados?

EL COSACO.

No, pope; vengo á decir que todo va bien; pronto serán rodeados los republicanos.

OGISKI.

¡Rodeados! ¿Cómo?... ¿por quién?

EL COSACO.

Por la columna del general austriaco Auffemberg, que ha partido de Hanz, mientras Souwarow atacaba el San Gotardo. Los republicanos nada sospechan; están al otro lado del puente y no saben que Auffemberg avanza á su espalda.

OGISKI.

¿Cuántos son?

EL COSACO.

Ochocientos ó novecientos, al pié del San Gotardo, con el general Gudin; pero acuden á socorrerles 4 ó 5.000 por el valle del Reuss con el general Lecourbe, y cuando estén reunidos, les atacarán por vanguardia y retaguardia, y tendrán que rendirse.

HATTUINA, riendo á carcajadas.

¡Já! ¡já! ¡já! esa es una jugarreta de Souwarow... ¡ved si es astuto el zorro viejo!... ¡Cuanto más envejece más astucia tiene!... ¡Ah! ¡Qué susto van á llevar los republicanos!... ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué susto van á llevar! (Rie á carcajadas.) ¿No ries, pope? ¿no comprendes?...

OGISKI, riendo.

¡Jé! ¡jé! ¡jé! sí, comprendo... Auffemberg llega por la espalda... Pero ¿por dónde? ¿por dónde?

EL COSACO.

Por la derecha, pope. Mira, esta es la montaña. (Señalando á su pié.) Auffemberg está aquí á la derecha del Reuss, los republicanos aquí, en la orilla izquierda; suben el valle para reunirse con los que habeis rechazado del San Gotardo, y cuando todos hayan desfilado, mañana por la mañana, entre seis y siete, Auffemberg pasará el puente de Amsteig con 2.000 hombres y les atacará por la espalda, mientras que los 18.000 de Souwarow bajarán por la montaña y les atacarán de frente. Así no tendrán retirada.

HATTUINA, enjugándose los ojos con la manga.

¡Ah, viejo Souwarow! estaba segura de que jugarias una buena pasada á los republicanos... ¡no podia suceder otra cosa! (En este momento sale de la granja el oficial y mira.)

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, EL OFICIAL.

EL OFICIAL, gritando.

¡Correo!

EL COSACO.

Presente.

EL OFICIAL.

Ven. Te llama el feld-mariscal. (El cosaco echa el capote sobre el caballo y entra en la granja con el oficial.)

ESCENA X.

HATTUINA, OGISKI.

OGISKI, levantándose y acercándose al caballo.

¡Cómo suda el pobre animal!

HATTUINA.

Sí... humea... ha corrido mucho...

OGISKI.

Tal vez tarde en salir el cosaco... El caballo podria coger una pulmonía... ¡Si se le pudiese abrigar!...

HATTUINA, levantándose.

Espera, pope, voy á ver si queda espacio.

(Entra en el segundo establo.)

ESCENA XI.

OGISKI, solo.

OGISKI, vivamente, metiendo la mano en las pistoleras.

Aquí están las pistolas... ¡bien! (Mirando á todos lados.) ¡Nadie! el centinela vuelve la espalda... Es preciso prevenir á Lecourbe... que detenga el movimiento.

(Vuelve á mirar. Sale Hattuina.)

ESCENA XII.

OGISKI, HATTUINA en la puerta del establo.

HATTUINA.

No falta espacio... pero están acostados en el suelo los soldados...

OGISKI, que ha hecho un gesto amenazador.

Podria pisarles el caballo, *matuchka*, ¡es preciso tener cuidado!...

HATTUINA.

Sí, en eso pensaba.

OGISKI.

Pues bien, toma un tizon... vé á mirar al establo inmediato. (Señala la entrada del establo.)

HATTUINA, tomando el tizon.

Voy á ver, pope, voy á ver. (Entra en el establo.)

OGISKI, vivamente.

¡Vamos! (Cúbrese con el capote del cosaco, desata el caballo, monta y

parte al trote, oyéndosele al poco rato tomar el galope. El centinela que le ha visto pasar vuelve á su paseo. En el mismo momento sale Hattuina y mira.)

ESCENA XIII.

HATTUINA, despues EL COSACO.

HATTUINA, en la puerta del establo.

No hay espacio... (Mirando.) ¿Dónde está el pope? Habrá entrado en el establo... Sí, habrá llevado allá al caballo; ¡es un buen pope! (Siéntase delante de a hoguera; en el mismo momento sale de la granja el cosaco y se acerca.)

EL COSACO.

Y bien, *matuchka*, ya ha concluido mi servicio hasta mañana.

HATTUINA.

¿Quieres otro vaso de aguardiente?

EL COSACO.

Sí, y en seguida me acuesto. (Hattuina le da el vaso y bebe el soldado.) Pero ¿dónde está mi caballo?

HATTUINA.

El pope le ha llevado al establo.

EL COSACO.

¡Ah!... ¡bien!... ¡bien! (Pasado un momento.) Pero quisiera tener el capote para dormir. ¿A qué establo ha llevado el caballo?

HATTUINA.

No sé... he entrado allí para buscar sitio, y al salir no he visto al pope ni al caballo; creo que lo habrá llevado allá.

EL COSACO cogiendo vivamente un tizon, corre al establo y mira.

¡No está aquí! (Corre al otro.) ¡ni aquí! (Volviéndose y gritando.) ¡ese pope es un ladron!

HATTUINA.

No, cosaco, tenia buena cara.

EL COSACO, con brusca voz.

¡Centinela! ¿has visto pasar un hombre?

EL CENTINELA volviéndose.

Un hombre á caballo, el correo, ha marchado.

EL COSACO, con furor.

¡El correo soy yo! El pope es un ladron. (A Hattuina.) Te digo que ese pope es un ladron.

HATTUINA.

¡Si parecia hombre honrado!

EL COSACO, gritando más.

¡Quiero recobrar mi caballo y mi capote! Centinela, tú me respondes de todo, ¿lo oyes?

(El oficial sale bruscamente de la granja; levántanse los soldados que dormian; despues salen otros de los establos; otros llegan por el fondo; llénase la escena.)

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, el OFICIAL de estado mayor, despues SOUWAROW.

EL OFICIAL.

¿Qué ocurre? ¿por qué gritais?

EL COSACO.

Mi capitan, me han robado el caballo, el capote y las pistolas.

EL OFICIAL.

¿Quién?

EL COSACO.

Un miserable pope... un ladron...

SOUWAROW, saliendo precipitadamente.

¿Un pope te ha quitado el caballo?... ¿cuándo?... ¿dónde?...

EL COSACO, consternado.

Feld-mariscal, estaba allí, debajo del cobertizo, calentándose.... Me acerqué durante algunos momentos...

habia atado el caballo á este pilar... y despues, cuando me llamó el feld-mariscal, aprovechó...

SOUWAROW, bruscamente.

¿Te acercaste al fuego ántes de entrar?

EL COSACO.

Sí, mi general.

SOUWAROW.

Y has hablado... ¿qué has dicho? (El cosaco está consternado.—Á Hattuina.) ¿Qué ha dicho?

HATTUINA.

No te incomodes, Basilowitch, hijo mio, no ha dicho nada... Que los republicanos están rodeados, y mañana caeria sobre ellos por retaguardia Auffemberg.

SOUWAROW, con explosion.

¡Eso ha dicho!... Tal vez ese pope sea un espía... (Lánzase con el brazo levantado para golpear al cosaco, quien cruza los brazos sobre el pecho y baja la cabeza.) ¡Miserable! (Le arranca el sable.) ¡Eres demasiado bestia para llevar despachos; llevarás el morral!... (Gritando.) ¡Que corran detrás de ese pope... lo necesito!... (á Hattuina.) ¿De qué color es el caballo?...

(Entra al galope un oficial, seguido de una docena de cosacos, y se adelanta hácia Souwarow con el schakó en la mano.)

HATTUINA.

Blanco, Basilowitch.

SOUWAROW, al oficial.

Un hombre disfrazado de pope con un capote de cosaco y montado en un caballo blanco... lo necesito dentro de veinte minutos... ¡Marchad! (El oficial sale á galope. Souwarow se vuelve hácia el correo que continúa con la cabeza inclinada y las manos cruzadas delante del pecho.) ¡Un correo dejarse robar el caballo, el capote, las pistolas!... (Exaltándose á medida que habla.) ¡Charlar en el servicio como una mujer!... ¡Referir los movimientos del ejército al primer venido!... ¡Comprometer el resultado de las operaciones... (Viendo á un cabo en

frente de él.) ¡ Cabo , cincuenta palos á este hombre!...

EL COSACO cayendo de rodillas y extendiendo las manos.

¡Padre... perdona á tu hijo!

(Profundo silencio. El cabo se acerca con el knut en la mano, vuelve la cara hácia Souwarow, y parece preguntarle con la vista.)

SOUWAROW, con voz ruda, extendiendo la mano.

¡Da!...

(El cabo levanta el knut... A lo lejos por la izquierda, se oyen algunos tiros.)

CUADRO QUINTO.

La defensa del puente.

La pequeña plaza de Andermatt, rodeada de casas viejas de construccion suiza. Galerías y escaleras exteriores sostenidas por pilares, techos deprimidos cargados de piedra, etc., etc. A la derecha la posada del Caballo Blanco, en el fondo un puente de un solo arco, sobre el Reuss. Las primeras luces de la aurora brillan sobre los ventisqueros del horizonte; la plaza está desierta. Un soldado á caballo atraviesa á galope el puente gritando: — ¡Levantaos, habitantes de Andermatt, levantaos!... el enemigo avanza ¡levantaos!—Atraviesa la escena y golpea repetidas veces en las ventanas de la posada. Abrese una ventana sobre la puerta de entrada, el posadero Jacob en mangas de camisa, se inclina y mira.

ESCENA PRIMERA.

KASPER EVIG y el posadero JACOB.

JACOB, gritando desde la ventana.

¿Quién es el que tanto alborota de noche? ¿quién despierta así á la aldea?

KASPER.

Yo, maese Jacob, Kasper Evig, el hijo de vuestro primo el posadero de Hospenthal; levantaos en seguida... ¡no hay un minuto que perder!

(Abrense ventanas á derecha é izquierda y se inclinan personas para escuchar.)

JACOB.

¿Qué sucede, Kasper?

KASPER.

¡Que vienen los rusos!

JACOB, asombrado.

¿Los rusos?

KASPER.

Sí, maese Jacob, bajan del San Gotardo y llenan ya el valle de Useren. Levantaos, reunid el ganado, huid á la montaña, no perdais tiempo!... mi padre me ha hecho montar á caballo para preveniros.

JACOB, volviéndose y gritando en la habitacion.

¡Kattel, vístete!... ¡se acerca el enemigo!

UNA VOZ DE MUJER, contestando.

¡Oh! Dios mio! ¿no concluirá nunca esto?

(Grandes rumores en la aldea; ábrense las puertas y salen los vecinos; el posadero y su mujer, medio vestidos, salen tambien.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, LOS HABITANTES DE LA ALDEA, medio vestidos.

UN VECINO.

¡Los rusos! ¡no es posible! ¿Quién ha oido hablar de rusos en el valle de Useren?

OTRO.

Los rusos están á cuarenta leguas de aquí, del lado de Zurich, con su general Korsakow.

KASPER.

Yo os digo que han pasado el San Gotardo... Vienen de Italia... Les manda Souwarow. Los republicanos se batieron con ellos allá arriba todo el dia de ayer; pero los otros eran diez contra uno y los republicanos concluyeron por retirarse sobre el monte Furça, en los ventisqueros, con el general Gudin. Ahora bajan los rusos, sus bayonetas cubren más de una legua de camino. Son salvajes que todo lo saquean... Os lo prevengo; si no quereis creerme, tanto peor para vosotros; dentro de una hora y tal vez ántes, vereis si tengo razon.

(Todos los habitantes, despues de escuchar atentamente, levantan las manos con desolacion.)

KATTEL.

¡Señor, tened piedad de nosotros!

UNA MUJER.

¡No es bastante tener los austriacos y franceses! ¡Necesitamos ver llegar á los rusos!

JACOB.

¡Sí, esto es una abominacion; si continúa, tendremos que ir á mendigar!

UN VECINO.

¡Ah! tunantes... canallas... ¡Si pudiésemos defendernos!

OTRO.

Calla, Jokel; ¿qué puede hacer un puñado de desgraciados suizos contra todos los bandidos del mundo?...

(En este momento, otros fugitivos atraviesan la escena gritando:—¡Que vienen los rusos!)

KASPER, señalando á estas gentes.

Ya lo oís... ¿Qué os decia?

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, LOS FUGITIVOS que vienen de Hospenthal.

UN FUGITIVO, gritando.

¡Todas las aldeas están inundadas!... ¡Os va á llegar la vez!... ¡Preparaos!...

OTRO.

Sí, esto es el diluvio; bajan á las líneas grises por Tavetsch y Dissentis; se extienden en el Valais por Realp; avanzan por el valle de Useren... ¡Todo se ha perdido! (Atraviesan la plaza corriendo.)

OTROS, á lo léjos.

¡Que vienen!... ¡Que vienen!

JACOB, con voz fuerte.

De nada sirven esos gritos. Nicolás, corre á llamar al

pastor, y que en seguida toque el cuerno para reunir el ganado. (Nicolás sale corriendo.—A los demás.) Procuremos salvar el ganado. Cuando se tienen vacas, se tiene leche, manteca y queso; y en habiendo bueyes hay carne... y nadie muere de hambre...

TODOS.

Sí... sí... salvemos el ganado... El alcalde tiene razon; ¡salvemos las reses!

JACOB.

Llevaremos el ganado al Gurschen, cerca del ventisquero; el enemigo no se atreverá jamás á avanzar hasta allí. Que cada cual lleve su fusil; es preciso defenderse.

KASPER.

Sí, pero de prisa; aún es tiempo. (El grupo se dispersa.)

JACOB, gritando.

Que cada cual enganche su carro; que cargue cuanto pueda; las camas, los muebles...

MUCHOS, corriendo.

Sí, señor alcalde, descuidad.

(Óyese el cuerno en el otro extremo de la aldea. Dispérsase el grupo. Jacob y Kasper van á entrar en la posada.)

ESCENA IV.

JACOB, SU MUJER, despues NICOLÁS.

JACOB, á Kasper.

Da las gracias á tu padre; en estos momentos se reconocen los verdaderos amigos.

KASPER.

Sí, nos han saqueado, y en seguida me dijo: «Monta á caballo y corre á avisar al primo Jacob.»

NICOLÁS, que llega sofocado.

El pastor está tocando el cuerno; voy á abrir el es-

tablo. Muchos llevan ya las reses á la montaña... Mirad allá abajo... en los abetos. (Señala la montaña de la derecha.)

KATEL.

Despacha Nicolás. Yo voy á vaciar los armarios.

JACOB.

¡Escuchad!

(Todos aplican el oido; á lo léjos, por la izquierda, se oye rumor de tambores.)

KASPER.

Es el tambor.

KATEL.

Pero los rusos no deben venir por ese lado.

KASPER.

No, ese es el camino de Altorff; los rusos están en el otro lado.

KATEL.

¡Oh! ¡Dios mio! Serán los republicanos que vendrán á socorrer á sus compañeros.

(Acércase el ruido del tambor; toca paso acelerado. Todos se miran estupefactos.)

JACOB, con acento de desolacion.

¡Ahora todo se ha perdido! Ahí está Lecourbe con sus republicanos, que vienen por el lado de Altorff, mientras los rusos bajan por Hospenthal; van á encontrarse en ese puente, delante de mi posada... ¡Qué miseria!... ¡Mirad!... ¡Ahí están los húsares!... ¡Ah!... ¡el Señor nos abandona!

(Levanta la mano. Llegan por la izquierda corriendo á toda brida unos quince húsares que atraviesan el puente.)

NICOLÁS.

Ya no hay camino para salvar el ganado.

JACOB.

Ya sólo podemos escondernos. (Con indignacion.) Somos los últimos de los últimos... La Suiza no existe ya... Nada nos importan esas guerras, y vienen á batirse aquí... ¡Todo lo pagamos nosotros!

ESCENA V.

JACOB, KASPER, NICOLÁS, UN BATALLON REPUBLICANO.

Vése llegar por el fondo un batallon, á la izquierda, y más léjos, dos piezas de á ocho al galope. Los aldeanos miran con estupor desde sus puertas.

EL COMANDANTE, al batallon, delante de la posada.

¡Alto!... ¡Frente!... ¡Descansen armas!... ¡En su lugar, descanso! (Los artilleros llegan delante del puente, desenganchan y colocan las piezas en batería.)

KASPER, en voz baja á Jacob.

Van á defender el puente.

JACOB.

Sí, los rusos dispararán sobre la aldea; todo arderá. (Dirigiéndose al comandante.) ¡Comandante!

EL COMANDANTE, volviéndose.

¿Qué quereis?

JACOB.

¿Vais á defender el puente?

EL COMANDANTE.

No os importa. (Alzando la voz.) Sargento Duchène, haced despejar la plaza... ¡vivo!... Que llega el general Lecourbe. (Acércase el sargento con cuatro hombres. Jacob, su mujer, Kasper y Nicolás entran en la posada. Silencio. Llegan al galope Lecourbe, Daumas y algunos oficiales.)

ESCENA VI.

LECOURBE, DAUMAS, OFICIALES DE ESTADO MÁYOR, SOLDADOS

LECOURBE, con voz vibrante.

Más léjos, comandante, más léjos... Prolongad la aldea... Haced ocupar las ventanas á lo largo del rio.

EL COMANDANTE.

¡Al hombro, armas!... ¡Paso ligero, por la derecha,

marchen! (El batallon marcha por la derecha. Durante el desfile ábrense las ventanas de la posada; Jacob, su mujer, Kasper y Nicolás miran. Llega por la izquierda otro batallon y se forma en la plaza.) ¡Alto! ¡Frente!... ¡Descansen, armas! (Durante este movimiento, Lecourbe se ha acercado al puente con los oficiales. Llegan otras dos piezas con armones.)

ESCENA VII.

LECOURBE, SU ESTADO MAYOR, SOLDADOS.—JACOB, SU MUJER, KASPER, NICOLÁS.

LECOURBE, con voz breve, á los artilleros que llegan.

Allá... allá... en el recodo del rio... Apresuraos á levantar un parapeto. (Obedecen los artilleros. Lecourbe, dirigiéndose á los que llegaron primero.) Apuntad de frente á la calle; esperareis á que las columnas enemigas hayan rebasado las primeras casas para romper el fuego. (Volviéndose y hablando á un oficial.) Capitan Barvoi, haced colocar petardos y vigilad la operacion. (Dirigiéndose á otro.) Que avance la primera compañía del 38° para sostener las piezas. Que se preparen las otras para cargar á la bayoneta. (El oficial parte. Lecourbe, atravesando la plaza y señalando á las ventanas de la posada.) ¡Comandante Humbert, haced ocupar esa casa! (Acércase al proscenio con Daumas; quedan á la espalda los oficiales de estado mayor.)

LECOURBE, á Daumas.

Hemos llegado á tiempo, Daumas; Souwarow no demuestra su actividad habitual.

DAUMAS.

La dificultad de los caminos, general, el retraso de los convoyes...

LECOURBE.

Tal vez sea otra cosa... ¿Han partido los exploradores?

DAUMAS.

Hace veinte minutos.

LECOURBE.

Bien. (Dirigiéndose á un oficial.) Touchard, haced arrestar al alcalde, al agente de postas y al guarda rural; que les traigan... Es preciso ver claro. (Lecourbe y Daumas han llegado delante de la posada, cuyas ventanas se guarnecen de soldados. Kasper, Nicolás y los demás salen; parecen desesperados.)

ESCENA VIII.

LECOURBE, DAUMAS, JACOB, KASPER, NICOLÁS, OFICIALES, SOLDADOS, etc.

JACOB, en la puerta de la posada.

No hay necesidad de arrestarme... aquí estoy... yo soy el alcalde.

LECOURBE.

¡Ah! ¿sois el alcalde?

JACOB.

Sí, y tengo que quejarme.

LECOURBE, con extrañeza.

¿Quejaros?

JACOB, con acento patético.

¡Sí, quejarme!... Cuando á todas horas se habla á las gentes de libertad, igualdad y fraternidad como haceis vosotros, no se viene á arruinarles.

LECOURBE.

Buen hombre, recordad esto: La guerra no es buena para nadie; y en cuanto á los franceses, os harán el menor daño posible. Pero no se trata de esto. Sois el alcalde y debeis conocer el país.

JACOB.

Le conozco.

LECOURBE.

Hay algun vado de aquí á Hospenthal?

JACOB.

No, el Reuss es profundo por todas partes.

LECOURBE.

¿Estais seguro?

JACOB.

Estoy seguro.

LECOURBE, dirigiéndose á Kasper y Nicolás.

¿Y vosotros?

NICOLÁS.

No hay ningun vado más arriba de la aldea.

JACOB.

Si quereis saber más, aquí teneis un mozo de Hospenthal que os dirá lo mismo. (Señala á Kasper.)

LECOURBE, á Kasper.

¡Ah! ¿Sois de Hospenthal?

KASPER.

Sí, vine esta madrugada á prevenir á maese Jacob de que llegaban los rusos.

LECOURBE.

¿A qué hora salistes de allí?

KASPER.

Cerca de las tres de la madrugada.

LECOURBE.

¿Y á qué hora habian llegado los rusos?

KASPER.

A las dos.

LECOURBE.

¿Y han permanecido en Hospental hasta las tres?

KASPER.

Sí.

LECOURBE.

¿Han mandado destacamentos hácia Dissentis?

KASPER.

No sé... Tenian hambre... saqueaban la aldea.

LECOURBE.

¿No llevaban convoyes, mulos, carros?

KASPER.

Solamente llevaban las mochilas, las cartucheras y los fusiles.

LECOURBE.

¿Y habeis oido decir si habian mandado fuerzas por su derecha, hácia Dissentis?

KASPER.

No.

LECOURBE.

Basta... podeis marcharos.

JACOB, con tono desolado.

Dejadnos al ménos retirar los ganados.

LECOURBE.

¿Y quién os lo impide, buen hombre? llevadlo todo... cargad cuanto podais en vuestros carros... Si vienen los rusos, cuanto ménos ganado y víveres encuentren aquí, más me alegraré.

JACOB.

Ahora veo que sois hombre honrado. (Volviéndose.) Pronto, Nicolás, abre el establo; lleva las reses al Gurschen; yo voy á cargar el carro; Kasper me ayudará.

(Entran en la casa.)

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, ménos JACOB, KASPER y NICOLÁS.

LECOURBE, á Daumas.

Ya deberia haber comenzado el ataque; al llegar, debiamos haber encontrado los cosacos en la aldea y el puente en poder del enemigo. Esta lentitud no es propia del carácter de Souwarow. ¿Querrá atraernos á las llanuras de Useren para aplastarnos con sus masas, ó bien

deseará otra cosa? ¡No importa! (Dirigiéndose á un oficial de estado mayor.) Que se reunan los jefes de cuerpo ; deseo hablarles. (Sale el oficial.—Á Daumas.) Nuestras primeras medidas son buenas y si no se recibe otro aviso, permaneceremos aquí.

(Entran los comandantes con la espada en la mano y se reunen en derredor de Lecourbe y Daumas.)

ESCENA X.

LOS COMANDANTES, en círculo; LECOURBE y DAUMAS, en el centro.

LECOURBE.

Señores, debemos esperar un ataque furioso; somos tres batallones y nos vamos á encontrar con 25.000 veteranos mandados por Souwarow en persona. Conoceis la jactancia del vencedor de Cassano, del Trébia y Novi; sabeis que asegura pasará sobre nosotros y aplastará á Massena como á Joubert, Macdonald y Moreau, y que marchará sobre Paris. Recordad que estamos en 3 Vendimiario, que hoy se traba la batalla decisiva de la campaña entre Massena y Korsakow, en toda la línea, desde el Linth al Limmat. Recordad la órden del general en jefe que nos manda defender el terreno palmo á palmo, y morir si es preciso hasta el último para retrasar la marcha de Souwarow é impedirle llegar al campo de batalla. La República os habla; estoy seguro de que justificareis la confianza que tiene en vosotros.

(En este momento se oye el fuego de guerrillas á lo léjos, varios húsares en fila atraviesan el puente.)

DAUMAS.

Nuestros exploradores se repliegan, general.

LECOURBE, á los comandantes.

Volved á vuestros puestos, señores; y sobre todo, calma, vigor y decision.

(Aléjanse los comandantes, continúan llegando los exploradores.)

ESCENA XI.

LECOURBE, DAUMAS, OFICIALES DE ESTADO MAYOR, SOLDADOS, HÚSARES, UN CAPITAN DE HUSARES.

En la calle de enfrente se ven dos húsares perseguidos por algunos cosacos; estrechados los húsares, se vuelven en la cabeza del puente y traban combate al arma blanca; en seguida se retiran. Más léjos viene un capitan de húsares rodeado de cosacos, de los que se desprende rápidamente. Dos se empeñan en perseguirle. Vuélvese, derriba de un pistoletazo al más próximo, atraviesa el puente y llega hasta Lecourbe con el sable colgado de la muñeca. Todo esto ocurre en pocos segundos, miéntras rompen el fuego desde las ventanas.

EL CAPITAN DE HÚSARES, llegando al galope.

Mi general, está terminado el reconocimiento; hemos llegado hasta tiro de cañon de Hospenthal. Los rusos bajan el valle en columna de marcha. La vanguardia, en columna de ataque, la forman tres batallones, un pulk de cosacos y dos piezas de á ocho.

LECOURBE, á Daumas.

Tres batallones de vanguardia supone un cuerpo de 15.000 hombres; segun el despacho de Ogiski, Souwarow trae de Italia 25.000 hombres, ¿dónde están los otros 10.000 ?

DAUMAS.

Habrá mandado un destacamento en persecucion de Gudin, sobre el Furça.

LECOURBE.

Sí... pero ese destacamento no puede ser de 10.000 hombres... Bastan dos ó tres batallones para la pequeña columna de Gudin... ¡En fin... veremos! (Al capitan.) Bien, capitan, reunid vuestra fuerza y estad preparado para cargar.

(Aléjase el capitan. Redobla el fuego de fusilería; vése á algunos aldeanos salir asustados de sus casas, abrir las cuevas y desaparecer. En medio del humo y de las detonaciones que se prolongan por toda la aldea, aparece al extremo de la calle la cabeza de la columna rusa.)

ESCENA XII.

LOS PRECEDENTES, CABEZA DE LA COLUMNA RUSA, que avanza al otro lado del puente.

EL OFICIAL DE ARTILLERÍA.

¡Artilleros... á las piezas!

(La cabeza de la columna rusa avanza á paso de carga. En medio del tiroteo se oye el toque de sus tambores. Alguuos cosacos caracolean delante, y se acercan con fanfarronería agitando las lanzas y gritando: ¡Hurra! ¡hurra! En el lado de los franceses todo está tranquilo, exceptuando el fuego de las ventanas. Las compañías permanecen descansando sobre los armas; los artilleros sacuden las mechas y esperan la voz de mando.)

LECOURBE, al oficial de artillería.

Este es el momento.

EL OFICIAL.

¡Fuego!

(Disparan las dos piezas del puente, y en seguida las otras dos del recodo del rio. Gran rumor del lado de los rusos. Aumenta el fuego de las ventanas.)

EL OFICIAL.

¡Cargad!

LECOURBE, observando á los rusos.

¡La columna se detiene! (Vivamente á los artilleros.) ¡Fuego! ¡Fuego!...

(Disparan las dos piezas, y despues las otras dos. Lecourbe se lanza al frente del batallon.)

LECOURBE.

¡Adelante los granaderos del 38°! ¡A la bayoneta!

(Una compañía de granaderos se lanza sobre el puente; á derecha é izquierda redobla el fuego. Oyense gritos, voces de mando. Cuando se disipa el humo, se ve la columna rusa retirándose en desórden. Los granaderos republicanos ocupan la cabeza del puente.)

LECOURBE.

¡El ataque está rechazado! ¡Alto el fuego! Que recobren su posicion los granaderos del 38.°

(Los granaderos repasan el puente y vienen á ocupar la posicion que tenian. Oyese la batería del recodo del rio. La columna rusa ha desaparecido. Cesa el uego.)

LECOURBE.

Bien... Estoy contento de vosotros. Sea enhorabuena. (Rie.)

DAUMAS.

El asunto comienza bien, mi general.

LECOURBE.

Sí, esto toma buen aspecto.

DAUMAS.

Con dos ó tres batallones más...

LECOURBE.

¡Bah! lo mismo resistiremos... Dos mil hombres decididos á la cabeza de un puente, valen por 10.000.

(En este momento rompe el fuego de artillería en toda la línea rusa. Llegan á la aldea las primeras balas rasas; caen algunos techos y tambien la muestra del Caballo Blanco. La artillería francesa contesta.)

DAUMAS.

Ya comienza el granizo.

LECOURBE, riendo.

Sí, Souwarow se incomoda. No esperaba encontrarnos en Andersmatt. (Una bala de cañon derriba la chimenea de la posada del Caballo Blanco que cae con estrépito.) El viejo feld-mariscal se impacienta; quiere llegar á la cita; pero confio en hacerle perder aquí algunas horas.

(Una bala rasa penetra en las filas de los granaderos y caen tres hombres.)

EL COMANDANTE, con voz tranquila.

¡Estrechad las filas!...

(Entra al galope un oficial de estado mayor.)

ESCENA XIII.

LOS PRECEDENTES, EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR.

EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR á Lecourbe.

Mi general, el capitan Meunier, que manda la retaguardia, os previene que oye cañonazos á vuestra espalda.

LECOURBE, vivamente.

¿En qué direccion? ¿A qué distancia?...

EL OFICIAL.

Hácia Wasen, á dos ó tres leguas.

LECOURBE, gritando.

Teniente Garnier, tomad un piquete de húsares y corred al camino de Wasen. Se baten en esa direccion... Quiero saber lo ántes posible qué sucede... ¡Pronto!... ¡Pronto! .... (El oficial sale al galope. Lecourbe al de estado mayor.) Decid al capitan Meunier que se prepare á marchar.

EL OFICIAL.

Bien, mi general. (Sale.)

LECOURBE á Daumas.

Y bien, Daumas, ¡otra novedad!

DAUMAS.

Sin duda una demostracion, general. El combate sério es aquí.

(Pasa por las filas una bala de cañon y derriba seis hombres.)

EL COMANDANTE, con voz tranquila.

Estrechad...

(Extiende los brazos, lanza un grito y deja caer el sable. Un oficial se lanza á la cabeza del caballo. Algunos soldados acuden y reciben en sus brazos al comandante. Entretanto continúa el fuego de artillería.)

UN SOLDADO.

Este es un metrallazo.

(Lecourbe y Daumas se acercan vivamente.)

EL OFICIAL, llamando.

¡Mi comandante! ¡Mi comandante!

UN SOLDADO.

¡Está muerto!

LECOURBE.

¡Llevadle á la ambulancia! Capitan Victor, tomad el mando del batallon.

(Dos soldados se llevan al comandante. El capitan sale de las filas.)

EL CAPITAN, al frente del batallon.

¡Estrechen filas!

LECOURBE, mirando á los soldados que se llevan al comandante.

¡Otro veterano del ejército del Rhin!...

DAUMAS.

¡Pobre Humbert!

LECOURBE.

¡Así caeremos todos!

(Gran rumor á la derecha; comienzan otra vez las descargas.)

DAUMAS.

El segundo ataque...

LECOURBE, acercándose al rio para ver las columnas enemigas.

Sí, entra en fuego el cuerpo de ejército. (Corriendo hácia los granaderos y gritando á Daumas.) General, vigilad el servicio de las piezas... ¡Yo mando la carga!...

(Comienza el fuego de las ventanas y se confunde con horrible estrépito con el de los rusos. El cañon truena por ambos lados. Llénase de humo la escena. En medio del estrépito se oye el toque de carga y se ve trabarse el combate en el puente. El combate dura algunos momentos, en seguida cesa el fuego, disipase el humo y se ve á Lecourbe á caballo en medio de su columna en la otra orilla. Los rusos van en retirada; solamente hace fuego su artillería. Algunos granaderos quieren perseguir al enemigo. Lecourbe les detiene.)

LECOURBE.

¡Alto!... ¡Estrechad filas!... ¡Hileras á la derecha!...

(Repasan el puente y recobrán su posicion al lado de las piezas. El puente está cubierto de muertos y heridos. En las filas, algunos soldados con el fusil al pié, se vendan la cabeza ó los brazos, ayudándoles sus compañeros. Otros se retiran apoyándose en el fusil. Entre tanto continúa el fuego de los rusos, y las casas, medio demolidas, se convierten en escombros; los tiradores que las ocupan salen en fila.)

LECOURBE, á los oficiales.

Retirad los tiradores del 76°. Formadles en dos columnas y que estén preparados para rechazar el tercer ataque. Que el 38° pase á segunda fila. (Pasando al galope por el frente de batalla.) ¡Todo va bien... ¡Nuestra posicion es buena... ¡Souwarow no pasará!... ¡Viva la República!...

GRITOS EN LAS FILAS.

¡Viva la República!... ¡Viva Lecourbe!...

(Entra al galope un sargento de húsares.)

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, EL SARGENTO, despues OGISKI rodeado de húsares.

EL SARGENTO.

¡El general! ¿Dónde está el general?

LECOURBE, volviéndose.

¿Qué es?

EL SARGENTO.

Un cosaco... un desertor, mi general, pide hablaros

LECOURBE, llegando.

¡Un desertor!... ¿Dónde está?

EL SARGENTO, volviéndose y haciendo una señal.

¡Aquí!... ¡Venid!...

(Aparece Ogiski en medio de los húsares; su trage de pope está destrozado y su caballo cubierto de lodo.)

OGISKI, quitándose el gorro de piel de carnero.

Soy yo, general.

LECOURBE.

¡Ogiski!... (A los húsares.) ¡Retiraos! (Los húsares se separan. Lecourbe y Ogiski echan pié á tierra.—Lecourbe, en voz baja y con viveza.) ¡Y bien! ¿Qué noticias hay?

OGISKI.

¡Estais rodeado, general!

LECOURBE.

¡Rodeado!.,. ¿Por quién?

OGISKI.

Por Auffemberg... Mientras Souwarow atacaba el San Gotardo, salio él de Hanz. Anoche á las doce acampaba en el Maderaner Thal á vuestra retaguardia... En este

momento debe atacar el puente de Amsteig, su fuerza es de 2.000 hombres.

LECOURBE.

¡Amsteig!... no he dejado allí más que cuatro compañías, ¿cómo sabeis eso, Ogiski?

OGISKI.

Vengo del cuartel general de Souwarow, en Ospizio.

LECOURBE.

¿Habeis penetrado hasta el cuartel general?

OGISKI.

Sí, disfrazado de pope. A las dos de la madrugada llegó el cosaco portador del despacho—estaba yo en un vivac inmediato—él mismo anunció el movimiento de Auffemberg. El feld-mariscal le llamó sin duda para informarse de algo y un movimiento de locura me hizo montar su caballo... Era preciso preveniros á toda costa... ¡Era preciso!

LECOURBE.

Pero han debido perseguiros.

OGISKI.

Durante dos horas. (Abriendo el capote acribillado á balazos.) ¡Ved general?

LECOURBE, estupefacto.

¿Estais herido?

OGISKI.

No... (con exaltacion.) ¡Dios venga á Polonia! ¡Dios quiere que Souwarow perezca en estas montañas!

LECOURBE.

No será culpa mia si no deja aquí los huesos. (Dirigiéndose al sargento de húsares.) Sargento, corred al puente de Amsteig. Decid al comandante Richemont que se mantenga firme... Que corro á socorrerle. (El sargento sale al galope. Lecourbe gritando:) ¡Daumas! ¿Dónde está Daumas?...

(Aparece por la derecha el general Daumas. Ogiski se sienta en el portal de la posada.)

ESCENA XV.

LOS PRECEDENTES menos el sargento de husares, DAUMAS.

DAUMAS, acercándose.

¡Presente, mi general!

LECOURBE, vivamente.

Todas mis dudas se confirman. El general Auffemberg está á mi retaguardia con un cuerpo de 2.000 hombres. En este momento ataca á Amsteig... En el puente de Amsteig solamente tenemos cuatro compañías... Espero que resistirán hasta mi llegada. (Mirando el relój.) Son las seis... A las diez, lo más tarde, estaré allí... Os dejo el 38°, dos piezas y las municiones necesarias... Volareis el puente... Impedireis al enemigo echar otro... Vuestra línea de retirada es la mia, el camino de Wasen. Me encontrareis en Amsteig... Defended y volad tambien el puente del Diablo... Es necesario retrasar todo lo posible la marcha de los rusos... y dejar á Massena tiempo para batir y destruir á Korsakow... Obtenido este resultado, tomaremos á nuestra vez la ofensiva y procuraremos encerrar á Souwarow en las montañas. (Remontando la escena para observar la posicion del enemigo.) Ya se forma la tercera columna de ataque. (Descendiendo. A un oficial de estado mayor.) ¿Está en columna el segundo batallon del 76°?

EL OFICIAL.

Sí, mi general.

LECOURBE.

Le llevó á Amsteig... Decid al comandante Rogead que se ponga en marcha en seguida con las dos piezas del recodo del rio... el capitan Meunier formará la vanguardia.

(El oficial sale al galope. Comienzan las descargas que se prolongan en seguida por toda la linea. Vése venir las piezas que se ponen en seguida en marcha si-

guiendo la fila de las casas; el segundo batallon del 76° las sigue con el fusil al hombro. Lecourbe, en medio del humo que llena otra vez la escena, monta á caballo y da la mano á Daumas.)

LECOURBE, viendo á Ogiski de pié en el portal de la posada.

Ogiski, ¿quereis haceros matar?

OGISKI.

No, mi general, quiero ver...

(Lecourbe parte al galope. Daumas se dirige hácia las piezas del fondo. Los cañones retroceden. Un artillero se desliza debajo del puente. Siguen las detonaciones, se derrumban las casas y comienza á arder la posada del Caballo blanco. En fin, cuando se despeja la escena y queda solo delante del puente el batallon del 58°, se ve aparecer á los rusos, óyese el toque de carga é innumerables gritos de ¡hurra! ¡hurra!)

DAUMAS, con voz tranquila.

¡Atencion!... ¡Dejadlos venir!...

(La cabeza de la columna rusa penetra en el puente.)

LOS RUSOS, empujándose para correr más, los oficiales levantando las espadas.

¡Hurra!... ¡Hurra!... ¡Hurra!...

DAUMAS.

¡Fuego!

(Los dos cañones disparan á metralla. Vuela el puente.)

CUADRO SEXTO.

El correo.

Los rusos acampan en el valle de Altorf, á orillas del lago de los Cuatro Cantones. Á la derecha, montañas; á la izquierda, las rocas por donde corre el Reuss en su desembocadura. El sol desciende sobre el lago; á medida que baja, el agua se hace más luminosa; las nubes se iluminan y forman largas fajas purpúreas. Cuando desaparece todo queda oscuro, enciéndense las hogueras del vivac que se reflejan en las aguas. La perspectiva es tranquila y solemne. Souwarow, los oficiales de estado mayor y algunos cosacos acampan en el camino de Altorf á Fleulen, bajo una masa de rocas en bóveda; los caballos están atados á los árboles. Este grupo ocupa toda la derecha de la escena. A la izquierda, en segundo término, una guardia del regimiento de Rymnik, agrupada en derredor de una hoguera; prepara en silencio el rancho, la olla hierve, algunos soldados fuman la pipa, otros limpian las escudillas. Hattuina é Ivanowa están en el grupo. Hattuina quita la espuma al rancho; su carro está desenganchado y el tonel colocado á la espalda sobre dos haces de paja para poder dar vuelta á la espita. El caballo come el pienso. Más léjos, se descubre en perspectiva el ejército ruso con los fusiles en pabellones. De tiempo en tiempo llegan por la derecha nuevos destacamentos; furgones, cañones y aspeados desfilan por el ángulo de las rocas y se pierden por la izquierda. Souwarow y el coronel de estado mayor Mandrikin, están aislados en el proscenio. Mandrikin está sentado delante de una mesita de tijera. Souwarow permanece de pié; su sable y capote están colgados en un matorral. Sobre una piedra están extendidos algunos mapas. Á veces se oye á lo léjos el ¿quién vive? En seguida reina silencio. Á corta distancia, por la derecha, los oficiales de estado mayor se calientan en derredor de una hoguera, en el recodo del camino de Altorf.

ESCENA PRIMERA.

SOUWAROW, MANDRIKIN, OFICIALES, GRUPOS DE SOLDADOS, etc., etc.

SOUWAROW.

Leed.

MANDRIKIN, leyendo.

« A los señores generales Korsakow, baron de Hotz y

» baron de Linken.—Cuartel general de Lecdorf, delante
» de Altorf, 27 de Setiembre de 1799.—El 22 del pre-
» sente os anunciaba desde Bellinzona, que las tropas im-
» periales rusas existentes en Italia, serian dueñas del
» San Gotardo el 25, que rechazarian á los republicanos
» del valle de Useren el 26, y que se apoderarian de Al-
» torf el 27. A pesar de la vigorosa resistencia del ge-
» neral Lecourbe, que me ha disputado todos los puen-
» tes del Reuss, y no ha dejado sin defender ni una pul-
» gada de terreno, he cumplido mi palabra. Las tropas
» imperiales rusas del ejército de Italia han vencido
» todos los obstáculos; 15.000 de mis mejores soldados
» ocupan el valle entre Altorf y Fleulen hoy 27, y están
» dispuestos á rodear por la izquierda el lago de los
» Cuatro Cantones. Lecourbe resiste aún con tres bata-
» llones en el puente de Seedorf; pero su resistencia so-
» lamente puede detenernos una ó dos horas. Al recibir
» el presente despacho atacareis en seguida en toda la
» línea, mañana estaré á retaguardia de Massena y
» terminaremos la campaña de Helvecia como las otras,
» con una accion brillante.

SOUWAROW.

Está bien. (Siéntase y firma.) Mandadle en seguida.

(En este momento llega á caballo Ivanowitch. Echa pié á tierra y habla con un grupo de oficiales en el ángulo del camino á la derecha. Indícanle el sitio donde acampa Souwarow; ata el caballo y avanza. Entretanto sella el despacho Mandrikin.)

HATTUINA, viendo pasar á Ivanowitch.

Ivanowitch va á buscar al feld-mariscal.

IVANOWA.

Sí, madre Hattuina, y no nos ve. (Vuelven á tomar su actitud.

ESCENA II.

SOUWAROW, MANDRIKIN, IVANOWITCH.

SOUWAROW, volviéndose.

¡Ah! ¡eres tú! ¿Ha terminado el reconocimiento?

IVANOWITCH.

Sí, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¿Habeis llegado?...

IVANOWITCH.

Hasta el fondo de Schaechenthal, á seis ó siete leguas de Glaris.

SOUWAROW.

¿Y habeis encontrado las avanzadas de Linken?

IVANOWITCH.

No, feld-mariscal.

SOUWAROW.

En ese caso ¿habrán sido las de Jellachich?

IVANOWITCH.

No hemos encontrado á nadie.

SOUWAROW, con indignacion contenida.

¡Ved Mandrikin, la pesadez de esos alemanes! (Con explosion.) Estaba sin embargo convenido que Linken y Jellachich avanzarian al canton de Glaris, el 26 se reunirian por la derecha al general Hotz y me darian la mano por la izquierda. ¡Contad con esas gentes! Mientras el ejército ruso de Italia recorre sesenta leguas para reunírseles, por encima del San Gotardo, ellos no pueden recorrer quince ó veinte. ¡Qué abominable raza! (Dominando la cólera.) En fin, ¿habrás tomado informes?

IVANOWITCH.

Sí, feld-mariscal, en todo el camino; ni un austriaco

ha aparecido en la montaña; pero he encontrado al volver, cerca del caserío de Trudelingen, un soldado de Korsakow.

SOUWAROW, bruscamente.

¿Un desertor?

IVANOWITCH.

Dice que se ha escapado de las avanzadas republicanas y le cogieron en Rapperchwyl.

SOUWAROW.

¿Le has traido?

IVANOWITCH.

Aquí cerca está, feld-mariscal.

SOUWAROW.

Bien, que venga. Vamos á ver qué es eso. Tal vez obtengamos indicaciones. (Ivanowitch sale por la derecha.)

ESCENA III.

SOUWAROW, MANDRIKIN.

MANDRIKIN.

Si se prolonga el retraso de Linken, tal vez habrá que dar contraórden...

SOUWAROW, secamente.

No se dará ninguna contraórden... Somos vencedores... todo lo hemos derribado... estamos á retaguardia de Massena... las tropas no desean otra cosa que batirse... Si es preciso nos pasaremos sin los austriacos... Korsakow y yo terminaremos solos la campaña... ¡Mandad el despacho!

(Mandrikin entrega el despacho á un oficial, quien monta en seguida á caballo. En el mismo momento, Ivanowitch trae á Ogiski, disfrazado de soldado ruso, afeitado, exceptuando el bigote, y cortado el cabello. Mandrikin habla con los oficiales de estado mayor.)

ESCENA IV.

SOUWAROW, IVANOWITCH, OGISKI.

SOUWAROW, á Ivanowitch.

¿Es éste?

IVANOWITCH.

Sí, feld-mariscal.

SOUWAROW, bruscamente á Ogiski.

¿De qué regimiento eres?

OGISKI.

Del regimiento de Markow.

SOUWAROW.

¿Cuándo has desertado?

OGISKI.

No he desertado, feld-mariscal; fuimos cogidos varios por los húsares franceses.

SOUWAROW.

¿Cuándo?... ¿dónde?

OGISKI.

Hoy es el cuarto dia. Marchaban los austriacos; les reemplazábamos á lo largo de los dos lagos y los dos rios. No conociamos bien aún las posiciones; nuestro destacamento se perdió por la noche en un recodo.

SOUWAROW.

¿En qué recodo?

OGISKI.

Cerca de una aldea, entre dos lagos.

SOUWAROW, mirando el mapa.

En Rapperschwyl... es posible... ¿despues?

OGISKI.

Despues llegaron los húsares... Nos batimos largo rato... Perdimos la mitad de la fuerza... Vinieron en so-

corro de los húsares tropas de línea, y tuvimos que rendirnos.

SOUWAROW.

¿Y cómo es que te han encontrado en el valle de Schaechenthal, á veinte leguas de allí? Contesta claramente... (Le lanza severa mirada.)

OGISKI.

Éramos quince hombres aún, con el teniente Swerkow; por de pronto nos llevaron los republicanos á la montaña de la derecha.

SOUWAROW.

¿Al monte Albis?

OGISKI.

Creo que sí; cerca de una casa de madera donde habita su feld-mariscal.

SOUWAROW.

¿Cómo se llama?

OGISKI.

No sé. Es alto, delgado, moreno, con el cabello rizado.

SOUWAROW, mirando sonriendo á Ivanowitch.

Massena. (Esclarécese su rostro.) ¡Ah! ¡Ah! ¿y qué queria de vosotros?

OGISKI.

Solamente entró el teniente Swerkow. Nosotros quedamos fuera con centinelas.

SOUWAROW, interrumpiéndole.

Pero si no has entrado, ¿cómo sabes que el feld-mariscal de los republicanos es alto y delgado?

OGISKI, con la mayor tranquilidad.

Nos lo dijo el teniente Swerkow... Tambien nos dijo que el feld-mariscal de los republicanos queria saber á dónde iban los austriacos, cuántos quedábamos y si esperábamos refuerzos; pero que habia contestado que nada sabiamos de esas cosas.

SOUWAROW, riendo.

Bien... ¿Y os maltrataron entónces?

OGISKI.

No, feld-mariscal; nos llevaron más léjos y por la noche nos dieron habas para comer.

SOUWAROW.

¿Y carne?

OGISKI.

¡Oh, no! feld-mariscal, los republicanos están en la mayor miseria; mueren de hambre... no tienen un vaso de aguardiente... carecen de todo.

SOUWAROW.

Estarán tristes.

OGISKI.

No, feld-mariscal... cantan y juegan á las cartas.

SOUWAROW.

Eso es... (Riendo.) ¿Y te has escapado?

OGISKI.

Antes de ayer por la noche; solamente tenian dos centinelas para todos nosotros en un caserío quemado. Con otros tres compañeros, salté por una ventana al campo. Los centinelas nos hicieron fuego; ni siquiera volví la cabeza y continué corriendo cuanto pude, pensando incorporarme al regimiento; desgraciadamente era de noche, y en vez de tomar á la izquierda, tomé á la derecha, y al amanecer estaba en la montaña sin reconocer aquellos parajes. Desde entónces no he hecho más que caminar.

SOUWAROW.

Bien, basta. (Silencio.) ¿En el momento en que os cogieron, el archiduque estaba en marcha y el ejército austro-ruso ocupaba sus posiciones en Zurich, á lo largo del Linth y del Limmat?

OGISKI.

Sí, feld-mariscal, con los suizos rojos.

SOUWAROW.

¿Y no has encontrado en la montaña ningun destacamento austriaco?

OGISKI.

No, si le hubiese encontrado le habria preguntado por mi camino. Estaba perdido cuando me arrestó el ordenanza cerca de un caserío.

SOUWAROW.

Estoy contento de tí... Vé á comer el rancho con los soldados de Rymnik... Seguirás la columna... Mañana ó pasado encontraremos á tu regimiento. (Ogiski da media vuelta, haciendo el saludo militar, y se aleja gravemente. Souwarow le mira con satisfaccion.) Ese soldado me ha enterado de más cosas que mis ordenanzas. Más sabe que un oficial del archiduque... Le cogen por culpa de otros y se salva por sí solo.

(En el momento en que se aleja Ogiski aparece en el camino, á la derecha, una diputacion de Altorf, con el landamann á la cabeza. Mandrikin que permanece en el vivac de los oficiales se adelanta á su encuentro y habla con el landamann.)

OGISKI, aparte, alejándose.

¡Ya estoy dónde deseaba! (Viendo á Hattuina en el grupo de la izquierda.) ¡La *matuchka* de San Gotardo!

(Se detiene y vuelve suavemente la cabeza.)

IVANOWITCH á Souwarow.

¿Tiene que darme otras órdenes el feld-mariscal?

SOUWAROW.

No, lleva á tu gente al escuadron.

(Souwarow desplega un mapa sobre la mesa, y comienza á examinarle. Ivanowitch se dirige al grupo donde está Hattuina.)

IVANOWITCH á Ogiski.

¿Qué haces ahí?

OGISKI.

Mi teniente, el feld-mariscal ha dicho: vé á comer la sopa con los soldados de Rymnik...

IVANOWITCH.

¿Y bien?

OGISKI.

No ha dado órden y no querrán recibirme.

IVANOWITCH.

¡Ven!... (Dirígese al grupo de Hattuina.)

OGISKI, aparte.

¡Diablo!...

IVANOWITCH, volviéndose.

¡Avanza!...

(Ogiski le sigue, poniendo buena cara. Los soldados, Hattuina é Ivanowa se vuelven.)

HATTUINA.

¡Es Ivanowitch!

IVANOWITCH, sonriendo á Ivanowa.

Sí, *matuchka*, yo soy. (A los soldados.) Dareis parte en el rancho á este compañero que es un bravo del regimiento de Markow. Los republicanos le habian cogido y se ha escapado. ¡Dejadle puesto al fuego!

HATTUINA.

Bien, Ivanowitch, que se siente.

IVANOWITCH, bajo á Ivanowa.

Vuelvo en seguida... Todo marcha bien. El feld-mariscal está contento. Voy á llevar la gente al escuadron y en seguida vuelvo. (Le estrecha la mano.)

IVANOWA, mirándole partir.

Vuelve pronto.

OGISKI, con amabilidad.

Perdonad, compañeros.

(Los soldados se estrechan, Siéntase en el círculo.)

ESCENA V.

SOUWAROW, MANDRIKIN, despues LA DIPUTACION DE ALTORF.

MANDRIKIN que se ha acercado al feld-mariscal.

Feld-mariscal, una diputacion de vecinos de Altorf solicita el honor de hablaros.

(Señala á la diputacion parada en medio del camino.)

SOUWAROW.

¿Qué quieren esas gentes?

MANDRIKIN.

Sin duda vendrán con alguna reclamacion por las nuevas requisas.

SOUVAROW.

Bien, dejadles venir.

(Recobra su actitud. Mandrikin hace señal á la diputacion para que se acerque. Los soldados y oficiales alrededor de las hogueras, miran un momento con indiferencia.)

MANDRIKIN, presentando á la diputacion.

Una diputacion de la villa de Altorf, feld-mariscal.

(Souwarow inclina la cabeza sin contestar ni levantarse.)

EL LANDAMANN, adelantando tres pasos.

Ilustre feld-mariscal, la desgraciada villa de Altorf viene á exponeros, por la voz de su magistrado, que hace tres años sufre todas las calamidades de la guerra; que en el espacio de esos tres años, en tanto los austriacos, en tanto los franceses, la han impuesto requisas; que está exhausta de todo; que es tan grande la miseria, que multitud de antiguas familias, con derecho á ciudadanía, han tenido que expatriarse. Y cuando el invencible ejército de Souwarow llega en medio de nosotros, cuando toda Suiza espera al fin su libertad, nos imponen por primera vez 25.000 raciones, que con mil trabajos logramos reunir... en seguida otras 25.000...

que todos nuestros esfuerzos, toda nuestra buena voluntad no conseguirán jamás reunir... No, ilustre feld-mariscal, vos no podeis exigir...

SOUWAROW, interrumpiéndole bruscamente.

Oye, landamann; me llamó Basilowitch Souwarow. Cuando estoy sentado en mi barraca en Esthonia, me gustan mucho los buenos sermones de un pope, con repique de campanas; pero cuando acampo en país enemigo, me fastidian horriblemente los discursos largos. Has de saber que en Prusia, en Polonia, en Turquía y en Italia, en el espacio de cuarenta y cinco años, he hecho quemar más ciudades y pueblos que barracas teneis en este país, y he mandado fusilar más recalcitrantes que cabellos tienes en la cabeza. Te digo esto, para que comprendais todos que si no recibo en el término de tres horas las raciones de pan, carne, vino, aguardiente y forraje que están inscritas en esta nota, incendiaré por los cuatro costados vuestra villa; por supuesto despues de tomar cuanto encuentre. Debes conocer landamann, que no se alimenta con sermones á un ejército, y que los rusos, vencedores, no pueden soportar privaciones donde se han regalado los derrotados republicanos. ¡Esto es contrario al buen sentido! Así, pues, dentro de tres horas recibiré lo que pido, ó mis soldados os visitarán provistos de antorchas.—Marchaos... y reflexionad en las palabras de Basilowitch Souwarow, que nunca habla en vano.

EL LANDAMANN.

Ilustre feld-mariscal... en nombre de la humanidad...

SOUWAROW, golpeando en la mesa con cólera.

¡Basta! toda reflexion es inútil.

(Retírase la diputacion por el camino de la derecha. Souwarow se levanta.)

ESCENA VI.

SOUWAROW, MANDRIKIN.

SOUWAROW, á Mandrikin, designándole varias órdenes sobre la mesa.

Distribuid en seguida esas órdenes; á las cuatro atacaremos á Lecdorf, con barcas ó sin ellas. ¡Que todo esté dispuesto! Yo mismo voy á vigilar el servicio de requisas. Cuando los hombres se baten bien, deben comer y beber bien. Para que marche un caballo se necesita avena. (Sale Mandrikin. Souwarow plegando el mapa.) Sí, nos pasaremos sin Linken ni Jellachich... ¡Tanto peor para ellos! Mañana llegaremos al campo de batalla.

(Arroja el mapa sobre la piedra de la derecha y se prepara para salir. Un cosaco le trae el caballo. Los oficiales de estado mayor se preparan para acompañarle. Entretanto se oye la conversacion del grupo de la izquierda.)

ESCENA VII.

HATTUINA, OGISKI, IVANOWA, SOLDADOS.

HATTUINA, á Ogiski.

¿Te habian hecho prisionero los republicanos?

OGISKI.

Sí, *matuchka*.

HATTUINA.

¿En el ejército de Korsakow?

OGISKI.

Sí, los bribones me cogieron, pero me he escapado.

HATTUINA.

¿Está léjos aún el ejército de Korsakow?

OGISKI.

Doce ó quince leguas, *matuchka*.

HATTUINA.

¿Y os batiais frecuentemente?

OGISKI.

Todos los dias teniamos escaramuzas... se acercaba la gran batalla... Pero vosotros debeis saber mejor que yo lo que pasa allá abajo, puesto que salí hace varios dias.

HATTUINA.

Nada sabemos... no hay noticias.

OGISKI, aparte.

¡No hay noticias! Anteayer debió atacar Massena... Korsakow no dice nada... ¡buena señal!

(En este momento avanza á caballo Souwarow. Todos los soldados se levantan y quedan inmóviles. Souwarow se detiene al ver á Hattuina.)

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, COSACOS, ESTADO MAYOR.

SOUWAROW, de buen humor.

¡Eh! vieja *matuchka* ¿nada dices esta noche?

HATTUINA.

No, Basilowitch, hijo mio, estoy espumando el rancho.

SOUWAROW, riendo.

Te creia habladora.

HATTUINA.

Cuando he comido bien, Basilowitch y he bebido dos ó tres buenos tragos, soy habladora; pero cuando estoy en ayunas medito.

SOUWAROW.

¿En qué, *matuchka*?

HATTUINA.

En muchas cosas, hijo mio, en Rusia, en nuestras antiguas campañas.

SOUWAROW.

¡Ah! sí... hemos visto tierras... hemos visto muchas en cincuenta años... (Silencio.) ¿Y es bueno el rancho?

HATTUINA.

¡Oh! ¡muy bueno! Con carne y pan se hace buen rancho, Basilowitch... ¿Quieres probarlo?

SOUWAROW, riendo.

Sí.

HATTUINA, dándole el cucharon.

Toma... sopla porque está caliente.

(Souwarow prueba el rancho.)

TODOS LOS SOLDADOS.

¡Viva Souwarow!

SOUWAROW, devolviendo el cucharon á Hattuina.

Sí, *matuchka*, es famoso rancho.

HATTUINA.

Mucho nos hubiese alegrado tener una olla de estas en el San Gotardo.

SOUWAROW.

¡Oh, sí! mis hijos sufrieron mucho en el San Gotardo.

HATTUINA.

Mal camino era, Basilowitch; siempre subir y bajar... Y despues ni una racion... Los tunantes de los republicanos, todo lo habian saqueado; querian hacernos reventar en las montañas. ¡Ah, tunantes!...

SOUWAROW, á los soldados.

Sí, la *matuchka* tiene razon; los republicanos querian hacernos morir de hambre, pero ahora les vamos á arreglar... (Señalando á la izquierda.) Allí están; soldados de Rymnik, dentro de pocas horas estareis en la vanguardia; Souwarow quiere haceres honor hasta el fin por vuestra buena conducta en el San Gotardo.

TODOS LOS SOLDADOS.

¡Viva Souwarow el invencible!

SOUWAROW.

Tomareis el puente y despues llegará la gran batalla... la última.... Iremos á Paris, tendremos aguar-

diente, vino, tocino y buen rancho todos los dias.

TODOS LOS SOLDADOS.

¡Viva el padre Souwarow!

SOUWAROW.

Comed y bebed bien. ¿Está lleno el tonel, *matuchka*?

HATTUINA.

Sí, hijo mio, lleno está... De buen aguardiente blanco... de verdadero aguardiente.

SOUWAROW.

Darás dos vasos á cada soldado de Rymnik y uno grande ántes del ataque del puente... ¿Entiendes?

HATTUINA.

Sí, entiendo, entiendo, Basilowitch; no es la primera vez que hago la guerra... En el ataque siempre se necesita aguardiente.

SOUWAROW, riendo.

¡Bien! voy á mandar avanzar otros toneles para tí, *matuchka*; es preciso que mis hijos no carezcan de aguardiente...

LOS SOLDADOS.

¡Viva el buen padre Souwarow! (Levantan los schakós.)

SOUWAROW, fijándose en Ivanowa, en el momento de retirarse.

¿Nada dice la bella niña, *matuchka*?

HATTUINA.

Está pensando en Ivanowitch.

SOUWAROW, deteniéndose.

¿Ivanowitch?

HATTUINA.

Sí... ya sabes... un hijo de Rymnik. El que llevó los despachos á Korsakow, á través de los republicanos.

SOUWAROW.

¡Ah!... ¿Y le ama?... Es un valiente.

HATTUINA.

Cuando sea capitan les casaremos.

SOUWAROW.

Que oiga yo hablar de él... y pronto será capitan.

IVANOWA, con timidez.

¡Oh, gracias, feld-mariscal, gracias!...

SOUWAROW.

Sí, ¡todo marchará bien!... Y ahora, comed, bebed, tomad fuerzas. Esos republicanos se defienden como diablos, pero ya daremos al traste con ellos... Os lo dice Basilowitch Souwarow... ¡Animo!...

(Aléjase y sale por la derecha. Los cosacos y oficiales de estado mayor le siguen. Por todo el valle se extienden gritos de ¡Viva Souwarow! La noche ha cerrado y brillan á lo léjos las hogueras del vivac.)

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, menos SOUWAROW, LOS OFICIALES DE ESTADO MAYOR Y LOS COSACOS.

HATTUINA, sacando el rancho.

Vamos, avanzad las escudillas... ¡Ah, qué bien huele!

UN SOLDADO.

Sí, *matuchka*. Y podremos decir: ¡He cenado con Souwarow!

TODOS, con entusiasmo.

¡Oh! ¡qué buen padre! ¡Cómo quiere á sus hijos de Rymnik!

HATTUINA, llenando las escudillas.

¡Ya lo creo que os quiere! ¡El que no se arrojara al fuego por él seria un tunante! Cuando se tiene un rancho como este y dos vasos de aguardiente, es preciso tomar todos los puentes del mundo. (Dirigiéndose á Ogiski que está algo á la espalda.) ¡Eh! soldado de Markow, avanza, esta es tu vez.

(Ogiski presenta una escudilla. Al llenársela, le mira Hattuina con cierto asombro.)

OGISKI.

Gracias, *matuchka*.

HATTUINA.

¿Dónde te he visto yo? Cuanto más te miro, más me parece reconocerte.

OGISKI, riendo.

¡Oh! yo os reconozco tambien, *matuchka*.

HATTUINA.

¿Dónde te he visto?

OGISKI.

Me vísteis primero en el campamento de Toulczine, en las grandes maniobras de sable y bayoneta en Varsovia. Allí estaban reunidos los regimientos de Markow y de Rymnik, y la buena *matuchka* les daba aguardiente.

HATTUINA, riendo.

¡Ah! sí... sí... ahora recuerdo... ¡Se necesitaba aguardiente! ¡se necesitaba mucho para sostener las cargas de los dragones! ¡Llovian sablazos, verdaderos sablazos! Mandaba la maniobra mi hijo Basilowitch, y gritaba... Dad, dad fuerte... eso les enseñará á parar. ¡Já, já, já! ¿estabas allí? ¿no me asombra de reconocerte?

OGISKI, comiendo.

Sí, *matuchka*, yo os reconocí en seguida.

HATTUINA.

¡Ah! ¡buen tiempo era aquel!... Toma, come bien.

(Le da otro cucharon de rancho. Todos los soldados comen. Hattuina é Ivanowa se sirven las últimas.)

IVANOWA, bajo á Hattuina.

¡Oh! ¡madre Hattuina, qué bien habeis hecho en hablar de Ivanowitch al feld-mariscal!

HATTUINA, en el mismo tono y guiñando los ojos con malicia.

Sí, la vieja *matuchka* no es tonta... Ahora pensará en él Souwarow... Y mañana, si se porta bien en la batalla...

IVANOWA.

¡Cuánto se alegrará de saber!...

HATTUINA.

Bien... bien... no hay que olvidar el rancho.

(Vuelven á comer.)

VARIOS SOLDADOS, levantándose.

Ahora el aguardiente, *matuchka*; ¡el aguardiente!

HATTUINA.

Esperad que concluya.

OTROS, con impaciencia.

¡Aguardiente! ¡Aguardiente!

HATTUINA, dando el vaso á Ivanowa.

¡Ah! ¡los borrachos no pueden esperar! (Levántase Ivanowa, llena el vaso y lo pasa sucesivamente á los soldados, que lo vacian de un trago, castañeteando la lengua, chupándose los bigotes y cediendo el puesto á otros. Por todos lados se oyen carcajadas como en un juego de niños.)

HATTUINA, llegando á su vez.

Vamos, Ivanowa, la vieja *matuchka* tiene sed. No lo des todo á los otros. (Ivanowa le presenta el vaso, lo vacía, rie y hace ademan de bailar.)

UN SOLDADO, riendo.

¡Eh! la *matuchka* quiere bailar.

HATTUINA.

¡Oh! este buen aguardiente penetra hasta en las piernas.

EL PRECEDENTE.

¡Eh! Kolskow, ve á buscar tu tambor.

HATTUINA.

No, no... no bailaré... Soy demasiado vieja.. Que bailen otros.

OTRO SOLDADO.

No sois tan vieja como decís; yo me casaria con mucho gusto con vos.

HATTUINA.

Sí, para beberte el aguardiente.

VARIOS SOLDADOS.

¡*Matuchka*! ¡*matuchka*! es preciso que bailes.

HATTUINA.

Que baile Ivanowa... yo no bailo sin pito.

UN SOLDADO.

El pobre Belinski murió en el puente grande y no soplará más.

OTRO, sacando un pito del morral.

Aquí está su pito... pero él no está.

OGISKI, avanzando con modestia.

Escuchad, compañeros, en el regimiento de Markow algunas veces he tocado el pito... No toco bien... pero algo puedo hacer.

(Recibe el pito y produce rápidamente algunas notas.)

LOS SOLDADOS.

¡Oh! ¡toca mejor que Belinski!

(Todos se balancean, rien y hacen grotescas contorsiones. El tambor toca, Ogiski le acompaña.)

UN SOLDADO.

Puesto que no quiere bailar la *matuchka*, que cante.

HATTUINA.

Soy muy vieja, Ivanowa cantaria mejor que yo.

IVANOWA.

Bien sabeis, madre Hattuina, que no conozco la música.

(Los soldados se hacen señas; el tambor y el pito se animan poco á poco y parecen atraer á la vieja cantinera que avanza con tímido paso.)

HATTUINA.

No os reireis de mí... Mi cancion será vieja... la del *Soldado de Koslusgi*, del tiempo de los turcos.

OGISKI, tocando y bailando.

Vamos, *matuchka*, ¡ánimo!

HATTUINA.

Es preciso que el pito toque bien.

OGISKI.

Descuidad... conozco la cancion del *Soldado de Koslusgi.*

(Forman círculo; Hattuina se balancea en el centro. El tambor y el pito la acompañan suavemente. Al terminar la primera estrofa, todos los soldados entonan el coro. En seguida estallan aplausos.)

LOS SOLDADOS.

¡Oh! muy bien! muy bien! Qué buen pito! ¡Qué bien canta la *matuchka*!

(Continúa el canto. Al terminar la estrofa, se oye de pronto á lo léjos la retreta de los franceses. Todos los soldados se vuelven y prestan oido.)

UN SOLDADO.

¡Son los franceses!

OTRO.

¡Oh! ¡los bribones no tienen pito!

OTRO.

Tienen trompetas.

HATTUINA.

¡Es una mala ralea!

IVANOWA.

¡Escuchad!... (Óyense las trompetas de caballería.)

UN SOLDADO, levantando el puño.

¡Esperad! esperad! no tocareis la música mucho tiempo... ¡Pronto iremos!

(Cesa el ruido de los tambores y cornetas.)

HATTUINA.

Han concluido.

VARIOS SOLDADOS.

Sí, continuemos.

(Comienzan de nuevo el pito y el tambor. Hattuina canta las últimas estrofas. De pronto tocan retreta los tambores.)

HATTUINA, dirigiéndose al tonel.

¡La retreta! ¡venid, bebed un trago!...

TODOS, en voz baja.

Sí, bebamos un trago.

(Siguen á Hattuina. Cada uno recibe un vaso de aguardiente y lo bebe en silencio. Durante esta escena atraviesan el fondo los tambores rusos, de derecha á izquierda, tocando retreta.)

HATTUINA, á Ogiski.

Toma, pito, voy á darte dos... Debes quedarte en el regimiento de Rymnik y serás nuestro pito.

OGISKI.

Bien quisiera.

GRITOS DE CENTINELAS, á la derecha.

¡Centinela... alerta!

(Este grito se repite en toda la línea y se pierde por la izquierda.)

HATTUINA, despues de beber la última.

Chist!... acostaos todos... Pronto habrá que atacar... Procuremos dormir un poco.

(Arregla un haz de paja contra una rueda del carro. Los soldados se acuestan á izquierda y derecha, alrededor de la hoguera, la cabeza sobre el morral. A la derecha alumbra la luna las cimas de los Alpes.)

HATTUINA, acostándose.

¡Ah! bien voy á descansar. (Á Ivanowa.) ¿No tienes sueño, Ivanowa?

IVANOWA.

No, madre Hattuina, aún no.

HATTUINA, con voz soñolienta.

Sí.... sí... lo creo.

(Se duerme... silencio general. A los pocos momentos, Ogiski que está detrás de Ivanowa, se levanta dulcemente sobre un codo y mira en derredor, en seguida se acerca á la roca de la derecha, donde brilla aún la hoguera de Souwarow y se vuelve á acostar.)

ESCENA X.

IVANOWA, sola; despues IVANOWITCH.

IVANOWA, sola.

Ha prometido volver. (Escucha.)

Á LO LÉJOS.

¡Centinela, alerta!... ¡Centinela alerta!...
(Nuevo silencio.)

IVANOWA.

¡Cuánto tarda! (Echa leña en la hoguera que se aviva.)

UN CENTINELA, á la derecha.

¿Quién vive?

LA VOZ DE IVANOWITCH, contestando.

¡Rymnik!

IVANOWA.

¡Él es!... (Se levanta.)

IVANOWITCH, acercándose.

¡Héme aquí!...

IVANOWA.

¡Cuánto has tardado!

IVANOWITCH.

He tenido que presenciar la distribucion de forraje. (Cogiéndola las manos.) Pero pensaba en que me estabas esperando. (Sonríe.)

IVANOWA.

¡Chist!... no hables tan fuerte... la *matuchka* duerme.

IVANOWITCH, mirando.

¡Ah! sí... ¡qué bien duerme la pobre vieja!...

IVANOWA.

Siéntate aquí... tengo que darte una buena noticia.

IVANOWITCH, sentándose junto á Ivanowa.

¿Qué es?

IVANOWA.

El feld-mariscal se ha detenido aquí al pasar... ha probado el rancho.

IVANOWITCH, con extrañeza.

¿Ha probado el rancho?

IVANOWA.

Sí, y la *matuchka* le ha hablado.

IVANOWITCH.

Es muy lista... y Souwarow la quiere mucho.

IVANOWA, en voz baja, inclinándose al oido de Ivanowitch.

¡Le ha dicho que nos casaria cuando fueras capitan!

IVANOWITCH, estupefacto.

¿Le ha dicho eso?

IVANOWA.

¡Sí!... le ha dicho: Ivanowitch, el hijo de Rymnik, el que llevó las órdenes á Korsakow.

IVANOWITCH, con la mano sobre el corazon y mirando á Hattuina.

¡Ah! ¡buena *matuchka*!... (A Ivanowa.) ¿Y qué ha contestado Souwarow, Ivanowa?

IVANOWA.

Ha dicho: Ivanowitch... ¡Ah! le conozco... es un valiente... que oiga yo hablar de él, y pronto será capitan.

IVANOWITCH.

Souwarow ha dicho: que oiga yo hablar de él? ¿Estás segura, Ivanowa?

IVANOWA.

Sí, sí, muy segura.

IVANOWITCH, levantándose.

En ese caso, mañana seré capitan. (Paseando.) ¡Ah! Souwarow quiere oir hablar de mí... ¡Pues bien! ¡no esperará mucho tiempo!

IVANOWA, inquieta.

¿Qué vas á hacer?

IVANOWITCH, deteniéndose y golpeando en el sable.

¡Quiero ganarte con esto! ¡Necesito una bandera, un cañon! (Exaltándose.) ¡Desgraciados de los que se encuentran delante del sable de Ivanowitch!

IVANOWA, vivamente.

Sí... pero ten cuidado... los otros se defienden bien... ¡Dios mio!... ¡si te mataran!

IVANOWITCH, riendo.

¡Nada temas!... Mañana á la tarde seré capitan. Nos casaremos, estaremos siempre juntos... (Con arrebato.) ¡Oh! Ivanowa, te voy á abrazar por la buena noticia. (Acercándose á la jóven con los brazos abiertos.)

IVANOWA, rechazándole con dulzura.

Ahora no, Ivanowitch.

IVANOWITCH, asombrado.

¿Por qué?

IVANOWA, señalando á Hattuina.

Está dormida la *matuchka*...

IVANOWITCH, adelantándose.

¿Y qué importa?

IVANOWA, retrocediendo.

¡No!...cuando duerme la *matuchka*... no está bien, no.

IVANOWITCH, mirando á Hattuina.

¡Ah! ¡si pudiera despertar un momento!...

HATTUINA.

No necesito despertar, puesto que con tus gritos no me dejas dormir.

IVANOWITCH, riendo y extendiendo los brazos hácia Ivanowa.

¡Y bien! ¿Ivanowa? (Ivanowa se arroja en sus brazos.)

IVANOWITCH, enternecido.

Ahora estoy satisfecho... (Volviéndose hácia Hattuina.) Y tambien á vos *matuchka*! (Inclínase y abraza á Hattuina.)

HATTUINA.

Sí, ya sé que eres buen muchacho. Pero ten cuidado

mañana con tus cañones y banderas, no sea que te rompan las costillas.

IVANOWITCH.

Teneis raras ideas, madre Hattuina.

HATTUINA.

No tan raras como crees. No serias el primero. Los republicanos tienen tambien sables y bayonetas... Recuerda el puente grande donde voló medio batallon... Recuerda que esos descamisados se defienden como diablos.

(Óyese á lo léjos ruido de caballos y el ¡quién vive! de varios centinelas.)

IVANOWITCH, volviéndose.

¿Qué es eso?

HATTUINA, levantándose.

Eso quiere decir que no dormiré esta noche.

(Muchos soldados despiertan y miran acercarse un numeroso piquete de cosacos entre los cuales viene un aldeano suizo.)

OGISKI, aparte, mirando.

¡Ya tenemos novedades!

ESCENA XI.

LOS PRECEDENTES, EL HETTMANN, EL ALDEANO, COSACOS, OGISKI, SOLDADOS DE RYMNIK.

EL HETTMANN.

¿El feld-mariscal?

IVANOWITCH.

Este es su cuartel general... pero él ha marchado á Altorf.

EL HETTMANN.

¡Grandes noticias, mi teniente!... ¡noticias graves!...

(Ogiski aplica más el oido.)

IVANOWITCH.

¿Qué es ello?

EL HETTMANN.

Solamente puedo hablar al feld-mariscal.

IVANOWITCH.

Pues bien, id á Altorf...

EL HETTMANN.

Y si el feld-mariscal vuelve por otro camino, yo seré responsable del retraso... ¡No! no quiero que me suceda lo mismo que al correo de Merenkow, en el San Gotardo.

IVANOWITCH.

Manda un hombre al mercado de Altorf, donde el feld-mariscal está inspeccionando las requisas.

EL HETTMANN, llamando.

Gawrilow, vé al galope á Altorf. Dí al feld-mariscal que han llegado importantes noticias al cuartel general... noticias de Korsakow.

OGISKI, aparte.

¡Ah! ¡ah! (Se levanta.)

EL COSACO.

Bien, hettmann. (Sale al galope.)

EL HETTMANN, gritando.

¡Acercaos vosotros!

(Han despertado todos los soldados del vivac. Avivan la hoguera. Los cosacos echan pié á tierra. Forman círculo alrededor del aldeano; este lleva chaqueton, ancho sombrero de fieltro y polainas con botones de hueso; su aspecto es de carnicero del país. Parece tranquilo. Ogiski le observa con atencion y se acerca. El aldeano se sienta sobre una vara del carro de Hattuina, delante de la hoguera, con el palo entre los muslos.)

ESCENA XII.

LOS PRECEDENTES, EL HETTMANN, LOS COSACOS, EL ALDEANO

IVANOWITCH, al hettmann.

¿Es ese quien trae las noticias?

EL HETTMANN.

Sí, mi teniente.

IVANOWITCH.

¿Ha venido solo... por su propia voluntad?

EL HETTMANN.

Solamente puedo contestar al feld-mariscal.

HATTUINA, acercándose y mirando con desprecio.

Ese es un carnicero... El hettmann quiere darse importancia... Quiere atrapar una buena gratificacion para beber aguardiente... ¿Qué puede saber un carnicero?

UNA VOZ, á lo léjos.

¿Quién vive?

(Los gritos de: ¡Quién vive! se acercan rápidamente por la derecha. En la misma direccion se oyen tambien aclamaciones de: ¡Viva Souwarow!)

IVANOWITCH.

Gritan ¡viva Souwarow! El cosaco habrá encontrado al feld-mariscal en el camino.

HATTUINA.

Sí, vuelve porque pronto llegará la hora del ataque...

GRITOS CERCANOS.

¡Viva Souwarow!... ¡viva Souwarow!

(Souwarow aparece por la derecha en el recodo del camino con Mandrikin y los oficiales de estado mayor. Detrás viene el cosaco mandado por el hettmann.)

ESCENA XIII.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, MANDRIKIN, OFICIALES.

SOUWAROW, llegando al galope y acercándose al hettmann.

¿Habeis cogido á ese hombre en Brunnen?

EL HETTMANN.

Sí, feld-mariscal, en una posada, á la derecha del lago... Propagaba malas noticias.

SOUWAROW, echando pié á tierra, y mirando al aldeano, que se ha levantado.

¿De dónde vienes?

EL ALDEANO.

De Lucerna.

SOUWAROW.

¿Qué eres?

EL ALDEANO.

Comerciante en ganado, para serviros.

SOUWAROW.

¿Propagabas noticias en Brunnen? ¿qué noticias?

EL ALDEANO.

Referia lo que me habian dicho.

SOUWAROW.

¿Y qué te habian dicho?

EL ALDEANO.

Anteayer, en el mercado de Horbe, todos los que venian del valle de Albis referian que los republicanos habian bajado por la noche á los dos lagos y los dos rios, y que se daba una batalla terrible desde Mellingen hasta Wesen.

SOUWAROW.

¿Y qué más?

EL ALDEANO.

Y al dia siguiente, es decir, ayer, corrió por la noche el rumor de que los republicanos habian recobrado á Zurich...

SOUWAROW, enfurecido.

¡Mientes!... ¡Eso es falso!...

EL ALDEANO, asustado.

General, todo el mundo lo decia...

SOUWAROW, cogiéndole por el cuello.

¡Mientes!... ¡Mientes!... ¡Que le fusilen!

EL ALDEANO, aterrado.

¡General, general! ¡es la verdad!

SOUWAROW, con rabia.

¡Que le fusilen!... ¡Que fusilen á ese perro contra una roca!...

(Los soldados se precipitan sobre el aldeano y le arrastran á la izquierda.)

OGISKI, aparte, volviendo la cabeza.

¡Bárbaro!...

EL ALDEANO, con desesperacion.

¡General, soy padre de familia!... ¡Lo han dicho, general... es verdad!...

(En este momento suena un cañonazo lejano por la izquierda. Todo el mundo se vuelve. Souwarow, pálido de cólera, mira, escucha... Silencio... Segundo cañonazo.)

SOUWAROW, al hettmann.

¡Vé á ver qué es eso!

(Durante la escena anterior, se ve constantemente á Ogiski en primera fila. Al primer cañonazo se retira durante algunos minutos. Profunda alegría brilla en sus ojos; despues avanza otra vez componiendo sus facciones.)

HATTUINA, á Ivanowa.

Mala señal... Esos cañonazos de los republicanos son mala señal.

IVANOWA.

¡Oh! madre Hattuina, callad... el feld-mariscal está encolerizado...

(Tercer cañonazo. En el mismo momento llega al trote por la derecha un oficial de estado mayor; sostiene á caballo á otro oficial con uniforme austriaco, cuyo costado derecho está manchado de sangre.)

ESCENA XIV.

LOS PRECEDENTES, EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR, EL CORREO.

EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR.

Feld-mariscal, un correo de Linken.

SOUWAROW, volviéndose vivamente.

¿Un correo de Linken? (Mirando.) ¿Está herido ese hombre?

EL OFICIAL.

Sí, feld-mariscal, de un balazo.

SOUWAROW, vivamente.

Que le apeen... que le registren... Debe traér algun despacho.

(Algunos soldados rodean al austriaco y le tienden junto á la roca, un oficial ruso le registra.)

SOUWAROW, con impaciencia.

¿Y bien?

EL OFICIAL.

No trae nada, feld-mariscal.

SOUWAROW.

Entónces que hable... ¡que hable!

HATTUINA, acercándose con el vaso lleno de aguardiente.

Va á hablar, hijo mio Basilowitch. No te incomodes... Hablará...

(Arrodíllase y da de beber al herido, que se reanima y mira con extraviados ojos.)

EL CORREO, con débil voz.

¿El feld-mariscal Souwarow?

SOUWAROW.

Yo soy... ¿Me reconoceis?

EL CORREO.

Sí, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¿Por qué no traeis despacho escrito? ¿Os lo ha quitado el enemigo?

EL CORREO.

No, feld-mariscal, partimos á las ocho de Glaris... podiamos ser cortados... nada traiamos escrito...

SOUWAROW.

¡Cortados de aquí á Glaris!... Se extienden los republicanos por mi derecha.

EL CORREO.

Sí, están en marcha para rodearos.

SOUWAROW, con indignacion.

¡Para rodearme! ¿Y Hotz... Linken... Jellachich?...

(El oficial hace un esfuerzo para contestar y cae desmayado.)

SOUWAROW, bajándose y sacudiéndole.

¡Hotz!... ¡Linken!... ¡Jellachich!... ¡Responded!

(Silencio.—Los soldados se agolpan en derredor. Ogiski está en primera fila. Á pesar suyo, su rostro expresa terrible satisfaccion.)

SOUWAROW irguiéndose y gritando con irritada voz.

¿Qué quereis aquí? ¡Retiraos! ¡Centinelas! separad á esas gentes. Que dé aire á este hombre... que hable. Un cirujano... que busquen un cirujano... (Viendo la apiñada multitud.) ¡Llevadle allí, al lado de la roca!

(Al mismo tiempo se precipita hácia la roca, coge un mapa, le extiende sobre la mesa. Cuatro soldados cogen al herido y le llevan bajo el peñasco semi-abovedado. Los oficiales le siguen. Los centinelas separan á los demás. Hattuina, Ivanowitch é Ivanowa quedan junto al carro. La compacta multitud está separada á la izquierda, formando muralla; los centinelas pasean delante. Ogiski está allí, lo más próximo al peñasco; escucha y trasmite en voz baja á los soldados las palabras que oye.)

ESCENA XV.

LOS PRECEDENTES, EL HETTMANN.

EL HETTMANN, atravesando la multitud.

Feld-mariscal, no es nada... el enemigo hace salvas.

OGISKI, aparte.

¡Por la victoria de Massena!

SOUWAROW, inclinado sobre el mapa.

Se extienden por mi derecha. (Siguiendo con el dedo.) Switz... Glaris... Wesen...

MANDRIKIN.

El correo se reanima.

SOUWAROW, acudiendo.

Veamos, que le levanten el cuerpo... la cabeza... (Inclinándose,) ¿Linken estaba en Glaris cuando partisteis?

EL CORREO, con voz débil.

Comenzaba la retirada.

SOUWAROW.

¿La retirada?

EL CORREO.

Sí... hácia los Grisones...

SOUWAROW.

¿Y Hotz?

EL CORREO.

¡Muerto!

SOUWAROW.

¡Muerto! ¿Han dado la batalla?... ¿Han atacado ántes del dia convenido?... ¿Han querido vencer sin mí?... (Con arrebato.) ¡Oh! miserables! miserables!

(El oficial hace esfuerzos para contestar..—Silencio.)

OGISKI, á los soldados, ahogando la voz.

¡Linken huye... Hotz muerto!

EL CORREO, con voz entrecortada y apoyada una mano sobre la herida.

No, feld-mariscal... Los republicanos se nos han adelantado... comenzaron el ataque por la noche... del 24 al 25... 20.000 hombres bajaron sobre el Linth... por Wesen... Destrozaron al regimiento de Bander... y un batallon de húngaros... El general Hotz acudió con su estado mayor... Fué muerto... y derrotado su cuerpo de ejército. (Deteniéndose extenuado.—Haciendo un esfuerzo supremo.) Todo lo que ha podido hacer el general Linken... ha sido preveniros del desastre....

(Lanza un grito de dolor, y se desmaya.)

SOUWAROW, inclinándose.—Con voz terrible.

¿Y Korsakow?... ¿Korsakow?... (Silencio.—Irguiéndose con rostro contraido.) Habremos de perecer aquí, sin saber nada más... Hotz... Linken... Jellachich... Todo se ha perdido... ¡todo!...

OGISKI, á los soldados, muy bajo.

El feld-mariscal dice que todo se ha perdido...

(Los soldados se miran estupefactos. En este momento se ilumina el horizonte de la izquierda en toda la extension del lago.)

OGISKI, extendiendo el brazo.

¡Mirad!... ¡Los republicanos iluminan!...

(La multitud se vuelve y lanza prolongado murmullo de estupor. Entra el cirujano Sthal.)

ESCENA XVI.

LOS PRECEDENTES, el DOCTOR STHAL.

SOUWAROW, volviendo al mapa.

Ved lo que se puede hacer por ese hombre... ¡Qué hable!... ¡No! ¡bastante sé! (Con rabia.) Me lo prometen todo... avanzo... derribo todos los obstáculos... Un dia más y soy el dueño... Y en vez de 60.000 hombres en batalla... no encuentro un soldado... ¡nada! ¡nada!... (Estruja el mapa. Los oficiales que le rodean no se atreven á hablar. Se sienta, se levanta, da vueltas como una fiera y se vuelve á sentar. El cirujano Sthal se arrodilla junto al herido; le abre el uniforme y dilata la herida; corre la sangre, el herido se reanima.)

CORREO.

¡Oh!... ¡Respiro!...

STHAL, al que tiene al lado.

Le ahogaba la sangre... (Levantándose y hablando á Souwarow.) Va á contestar, feld-mariscal.

SOUWAROW, acudiendo bruscamente.

¿Qué ha sido de Korsakow? ¿Qué ha sido de él? ¿Sin duda ha huido tambien?

EL CORREO.

No, feld-mariscal... El mismo dia pasaron el Limmat los republicanos... Destrozaron los cuerpos de ejército de Markow y de Durazow, arrojando todo el ejército á Zurich... Y al dia siguiente cortaron la línea de retirada del teniente general Korsakow por Schaffouse... Le han cogido la caja... la artillería y bagajes.

(Á medida que habla, Ogiski repite en voz baja.)

«¡Han destrozado á Markow y Durazow! ¡Han co-
»gido la caja, los cañones y bagajes de Korsakow!»
(Los soldados se miran aterrados.)

SOUWAROW, con voz vibrante.

Y ahora están en marcha por Schwitz, Wesen y Glaris para venir á derrotar al viejo Souwarow... ¡Al viejo Souwarow solo!... (Con creciente furor.) Pero Souwarow no es un Linken, un Jellachich, un Korsakow... Souwarow ha ganado sus grados en el campo de batalla... Es un soldado de fortuna... No es baron... No es cortesano... No es archiduque... ¡Es un viejo cosaco!... (Silencio.) Pues bien, que vengan á cortarle la retirada... ¡qué vengan!...
(Pasea, y de pronto se sienta inclinándose sobre el mapa y dominando su furor.)

UNA VOZ, en medio de silenciosos grupos.

¡Estamos rodeados! ¡Es preciso rendirse!

SOUWAROW, levantándose y saltando á través del círculo.

¿Quién ha hablado de rendirse?... ¡que le maten, que le descuarticen! (Profundo silencio. Nadie se mueve. Souwarow hablando consigo mismo.) Calma Souwarow... calma... no se ha perdido todo... (Nuevo silencio. Se sienta, mira el mapa, y despues se vuelve y dice con fuerte voz:) ¡El jefe del reconocimiento de Schaechental!

HATTUINA, á Ivanowitch, empujándole.

Te llama, Ivanowitch.

IVANOWITCH, saltando de su sitio y atravesando los grupos.

¡Presente!

SOUWAROW.

¿Llegaste esta mañana hasta las cercanías de Muotta?

IVANOWITCH.

Sí, feld-mariscal, á siete leguas de Glaris.

SOUWAROW.

¿Es practicable el camino á la artillería?

IVANOWITCH.

No, apenas pueden pasar dos hombres de frente; está rodeado de precipicios.

SOUWAROW.

¡No importa!... es nuestra única línea de retirada... ¡pasaremos!... Vas á partir de explorador con 200 cosacos. Atravesarás lo más rápidamente posible el desfiladero de Schaechental. Una vez al otro lado, harás reconocimientos hácia Schwitz y Glaris... Procura enterarte exactamente de la fuerza y posiciones de los cuerpos enemigos. Es preciso que al llegar podamos atacar sin perder ni un minuto... ¿Comprendes?

IVANOWITCH.

Sí, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¡Bien... vé! (Ivanowitch se aleja dirigiéndose hácia el lado donde está Hattuina.—Llamando.) ¡Bagration!

MANDRIKIN.

No está, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¡Que le busquen!

(Mandrikin se vuelve y habla á un oficial que en seguida se aleja. Souwarow se inclina sobre el mapa.)

IVANOWITCH, á Hattuina é Ivanowa.

El feld-mariscal me envia de explorador hácia Schwitz y Glaris.

IVANOWA, con inquietud.

¿Vamos á ir hácia ese lado?

IVANOWITCH.

Sí, el ejército va á atravesar el Schaechental... mañana nos veremos... ¡Hasta la vista, Ivanowa!... ¡hasta la vista *matuchka*!... ¡Ánimo!

(Les estrecha la mano y se aleja rápidamente. En el mismo momento aparece Bagration por la izquierda.)

OGISKI, aparte, viendo partir á Ivanowitch.

¡Vé... corre!... Antes que tú estaré en Glaris...
(Se pierde entre los grupos.)

BAGRATION, parándose cerca de Souwarow.

¿Me habeis llamado, feld-mariscal?

SOUWAROW.

¡Ah! ¿sois vos, Bagration?... Vamos á atravesar el Schaechental... Tomareis el mando de la vanguardia... Se desmontarán las piezas como en el San Gotardo. Cada mulo recibirá cien cartuchos de cañon. Trátase de ganar al enemigo en velocidad, de pasar por encima de los republicanos que quieran cerrarnos el camino de Glaris y alcanzar los restos de Hotz y Korsakow.

BAGRATION.

¿Mandais algo más, feld-mariscal?

SOUWAROW.

No... nada de retrasos. Una marcha rápida puede salvarlo todo... ¡Cuento con vos, Bagration! (Bagration saluda y sale vivamente.) ¡General Rosemberg!

ROSEMBERG, avanzando.

¿Feld-mariscal?

SOUWAROW.

Os confio el mando de la retaguardia.

ROSEMBERG.

Gracias, feld-mariscal.

SOUWAROW.

Quedarán encendidas las hogueras. Se las alimentará hasta última hora... Si os estrecha Lecourbe, resistid como una roca... Solamente podemos pasar uno á uno el Schaechental... ¡Necesitaremos tiempo!.. En caso necesario incendiareis á Altorf y todos los pueblos á vuestra espalda para retrasar la marcha del enemigo. (Rosemberg saluda y sale. Souwarow llamando.) ¡Mandrikin!

MANDRIKIN.

¿Feld-mariscal?

SOUWAROW.

¡Escribid! (Levántase y dicta.) «A los tenientes generales Korsakow, Linken y Jellachich.—Cuartel general de Seedorf, 28 de Setiembre de 1799.—Acabo de saber vuestra derrota... Corro á reparar vuestras faltas... Manteneos firmes como murallas... Un paso atrás y no habrá perdon.» (Mandrikin le presenta la pluma y firma sin sentarse.) Mandadla en seguida.

(Mandrikin se dirige al grupo de oficiales de estado mayor. Vésele dar órdenes con vivacidad. Varios oficiales montan á caballo; en el fondo reina grande agitacion. Souwarow queda solo junto á la roca.)

SOUWAROW, aparte.

Me quedan 18.000 hombres... Los restos de Hotz y Korsakow me darán 30.000... Nevedorff viene con una reserva de 10.000 bávaros... Podrá acelerar la marcha... Dentro de cuatro ó cinco dias tendré 60.000 hombres y daré la batalla.

MANDRIKIN.

Feld-mariscal... las órdenes están expedidas... ¿Se comienza la retirada?

SOUWAROW, con cólera, y de modo que le oiga todo el mundo.

¡Souwarow no se bate en retirada! Va á reunirse á los restos de Hotz y Korsakow... y á reparar las torpezas de los generales de salon!

(Monta rápidamente á caballo y sale al galope. El tambor resuena por todas partes. Los soldados se cuelgan el morral, cogen los fusiles, etc. Gran movimiento. Apenas han terminado los tambores rusos sus sordos redobles, cuando á lo léjos por la izquierda, se oye en el silencio de la noche, alzarse el himno «La Marsellesa.»

CUADRO SÉTIMO.

El parlamentario.

Una aldea en la garganta de Klænthal. En el fondo la casa del alcalde ocupada por Molitor; delante de la casa un jardin. A la derecha está la cantina bajo un gran cobertizo de tablas. Óyense risas y cantos y el choque de vasos y botellas; contínuamente entran y salen. A la izquierda, hácia arriba, se prolonga la calle hasta la garganta de Glotten, que se ve á lo léjos. Sobre el desfiladero, las cimas de las montañas. Está amaneciendo. En la cantina y en la casa del fondo brillan aún algunas luces. Los soldados de un cuerpo de guardia se disponen á hacerse la coleta; á caballo en un banco se peinan unos á otros. Varios se prueban prendas que sacan de mochilas austriacas recogidas en el combate de la víspera contra Linken. Delante del jardin pasea un centinela con el arma al brazo. La bandera francesa flota sobre la casa del fondo.

ESCENA PRIMERA.

EL SARGENTO GAUCHÉ, EL SOLDADO RABOT, OTROS SOLDADOS.

Los soldados cantan y se trenzan la coleta.

EL SARGENTO, registrando una mochila austriaca.

¡Borlas!... oid... ¡el kaiserlik tenia borlas encarnadas! (Volviéndose y dirigiéndose á un soldado.) Philidor, vas á colocarme este adorno en la coleta... así parecerá que estoy de boda. (Todos rien.)

UN SOLDADO.

Sargento, mejor seria que se las dieseis á la ciudadana María-Ana.

SARGENTO.

Buena idea... veremos. (Continúa registrando.) ¡Y jabon!... ¡jabon!... ¡un peine! ¡Ah! ¡tunantes de austriacos, cómo se cuidan en campaña!...

(Varios se levantan y acuden á mirar; otros les reemplazan sobre el banco.)

EL SOLDADO RABOT, abriendo otra mochila.

A mi vez... Vamos á ver si es posible renovar el equipo.

OTRO.

Con uno ó dos encuentros más con Linken y Jellachich, toda la brigada Molitor se equipa de nuevo.

EL SARGENTO.

¡Y sin comprometer el tesoro de la República! (Sacando un cepillo.) ¡Un cepillo de dientes!... ¡no, es para betun! ¡El petimetre se embetunaba las botas! (Grandes carcajadas. El sargento se levanta y mira en derredor con cómico aspecto.) Camaradas (enseñando el cepillo) esto demuestra que el kaiserlik tenia botas en el fondo de la mochila. ¡Esto es convincente!... ¡Uf! (Inclínase, lo remueve todo, y saca de la mochila un par de botas cogidas de los tirantes.) ¡Ah! ¡caramba! ¡aquí están!... (Mirando á los soldados que le rodean.) Vamos á probarlas... ¿Qué os parece? ¡Atencion á los proyectiles! (Con vigoroso movimiento de pié, lanza á derecha é izquierda sus destrozados zapatos; en seguida se sienta en el extremo del banco y se esfuerza, haciendo gestos, para ponerse las botas.) ¡Ah! ¡bribon de kaiserlik, debia ser hijo de familia; todos los hijos de familia tienen los piés pequeños á causa de los meses de lactancia... ¡Canallas!...

(Entre tanto el soldado Rabot ha sacado con cólera de la mochila un puñado de harapos; su rostro expresa indignacion.)

UN SOLDADO, gritando.

¡Eh! ¡mirad la mochila de Rabot! (Todos se vuelven.)

RABOT.

Esta no es mochila de austriaco... Esta mochila es de un descamisado... de un voluntario de la República... El kaiserlik me ha engañado. (Todos rien.)

EL SARGENTO paseando despues de haberse puesto las botas.

¡Ya están! (Volviendo á los soldados y con acento enfático.) ¡Las encontrareis siempre en el camino del honor!... Memorables palabras de un ex-plumero blanco. Yo las aplico á mis botas, porque son muy dignas de ellas.

RABOT, arrojando furioso la mochila.

¡Nunca he tenido suerte!

OTRO.

Si no hubiese sido el último baile, podrias desquitarte... ¡Pero vé á correr detrás de las mochilas de Linken! ¡Já, já, já!

RABOT, dando un puntapié á la mochila.

¡Canalla de kaiserlik!

EL SARGENTO, despues de dar dos ó tres paseos.

Decididamente las hicieron para mí... (Volviéndose á los soldados.) ¡Ah! veamos el resto... (Mete la mano en la mochila.) ¡Dos camisas nuevas!... ¡nada ménos!... ¡conocia mi pasion por la ropa blanca!... ¡Y médias!... médias tan buenas como las hacia mi abuela... (Levantándose y enjugándose la colilla del ojo.) Este recuerdo me entristece. ¡El buen kaiserlik tenia miedo á los constipados!... ¡Já, já, já!

(Los soldados rien á carcajadas. La cantinera sale del cobertizo y mira.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, la cantinera MARIA-ANA.

LA CANTINERA.

¿Por qué reis así?

EL SARGENTO, con voz fuerte.

¡Hola! paisana, ven á contemplar los trofeos de la victoria.

MARIA-ANA, acudiendo.

¿Qué es ello?

EL SARGENTO.

Mira... mira, ciudadana, ¿qué dices de esto?

MARIA-ANA.

¡Jabon!... ¡borlas!... ¡un peine!... ¡oh! Gauché me vas á hacer un regalo patriótico. Se me ha perdido el peine; no tengo jabon desde Thermidor.

EL SARGENTO.

¡Eh! ¡eh! cómo te entusiasmas ciudadana... Las borlas, sí... porque son adorno del bello sexo... pero el jabon... y el peine... *nones*.

MARIA-ANA.

¡Oh! ¡qué buenas camisas! ¿Cuánto quieres por ellas?

EL SARGENTO.

Están embargadas para el servicio del sargento Gauché, ciudadana.

MARIA-ANA.

Si me las cedes soy capaz de abrazarte, Gauché.

EL SARGENTO.

¡Lo cual me agradaria mucho!... Pero visto el estado del equipo y el retraso de las pagas, me veo obligado á guardarlas para el hijo de mi mamá... ¡Mucho lo siento!...

MARIA-ANA.

Al ménos, déjame el jabon.

EL SARGENTO.

¿Y con qué se hará la barba el sargento Gauché. (Levantándose con ademan solemne.) María-Ana, sois ambiciosa; la ambicion pierde los Estados. A pesar de eso, os doy el jabon si dais una copita de aguardiente á los indivíduos de la guardia despues del relevo. ¿Os conviene?

MARIA-ANA.

¡Convenido! (Le estrecha la mano. La da el jabon y lo guarda en el bolsillo. El sargento cierra la mochila; María-Ana mira á los demás.) Todos os habeis equipado.

UN SOLDADO.

Sí, ciudadana, todos tenemos buenos zapatos austriacos.

OTRO.

¡Si pudiésemos usar los capotes y pantalones de los

kaiserliks. (Enseña un capote austriaco.) Estaríamos hechos unos señoritos.

MARIA-ANA, riendo.

¡Eh! todos tienen camisas y zapatos... ¡Ah! bribones, ya están equipados para mucho tiempo.

EL SARGENTO.

Y sin costar nada á la República una é indivisible; el ciudadano Francisco II se ha encargado del equipo.

MARIA-ANA.

¡Sí, sí, ya era tiempo!

UN OFICIAL, llamando desde el cobertizo.

¿María-Ana?

MARIA-ANA.

Voy, teniente. (Entra en la cantina.)

ESCENA III.

LOS PRECEDENTES, menos LA CANTINERA.

EL SARGENTO, viendo á Rabot cariacontecido.

En cuanto á tí, Rabot, vista la derrota de Korsakow, Jellachich y Linken y de todos nuestros ordinarios proveedores, quedarás en el batallon con tus calzones rotos, tu viejo pedazo de camisa y tus paquetes de bramantes en las piernas, como monumento de la gloriosa campaña de Helvecia del año VII. Descansarás sobre tus laureles; esto debe consolarte.

RABOT.

Preferiria camisas y zapatos.

EL SARGENTO.

¡Sin duda! Pero cuando se descansa sobre los laureles, la recoleccion de camisas ha concluido y los zapatos austriacos y rusos se alejan á marchas forzadas. Es preciso esperar la campaña del año VIII.

(En este momento pasan dos oficiales de estado mayor viniendo al galope de la casa del fondo. Vése agitacion en el cuartel general.)

UN SOLDADO, mirando á los oficiales.

¡De prisa van!

OTRO.

Para distribuir boletas de alojamiento.

EL SARGENTO.

Sí, vamos á tomar cuarteles de invierno; ya era tiempo.

OTRO.

Tengo quebrantados los huesos desde la campaña de los Grisones.

EL SARGENTO.

La verdad es, que se podian dar paseos más agra dables.

(Óyese el tambor á la derecha de la aldea.)

EL SARGENTO.

Eso me parece una novedad.

(Todos escuchan; óyense tambores por todos lados.)

UN SOLDADO.

Tocan generala.

EL SARGENTO.

Sí.

MARIA-ANA, saliendo de la cantina.

¡Eh! ¡Gauché!

EL SARGENTO.

¿Paisana?

MARIA-ANA.

¿Qué sucede?

EL SARGENTO.

Creo que esos bribones de austriacos vuelven á frotarse con nuestras bayonetas. (Dirigiéndose á Rabot.) ¡Debes alegrarte! ¡Ya estás riendo interiormente!

RABOT, riendo.

No debo ocultaros, sargento, que me alegro... ¡Es buena ocasion para desquitarme!

(Pasan otros dos oficiales de estado mayor.)

EL SARGENTO, mirando.

¡Otros! (Volviéndose hácia los soldados.) ¡Compañeros! parece que los kaiserliks no tienen bastante... ¡Tanto mejor!... Estaba reflexionando que necesito cosmético para el bigote.

(Todos rien. Continúan tocando los tambores.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, UN OFICIAL DE RONDA.

GRITO, á la derecha.

¿Quién vive?

EL SARGENTO.

¡La ronda!... ¡A las armas!

(Los soldados cogen los fusiles y se forman en dos filas á la derecha.)

EL CAPITAN DE RONDA, llegando con un farol apagado.

¿Hay novedad?

EL SARGENTO.

Un paisano, sin escolta, ha llegado á las cinco de la mañana... Queria ver al general Molitor; por aviso del centinela ha pasado.

EL CAPITAN.

¿Nada más?

EL SARGENTO.

Nada mas.

EL CAPITAN.

Bien.

(Llega del cuartel general un oficial de estado mayor al galope; lleva en la mano un paquete de papeles.)

EL OFICIAL DE ESTADO MAYOR, al capitan.

¡Proclama del general Molitor!

(Le entrega un papel y sale al galope. Óyesele gritar alejándose: ¡Proclama del general Molitor! Piérdese su voz entre el ruido de los tambores que tocan generala y las cornetas de caballería que resuenan á la izquierda de la aldea.)

EL CAPITAN, despues de recorrer el papel con alegre rostro.

¡Ah! ¡ah! ¡aquí tenemos novedades! (Colócase al frente de los soldados y lee.) «Orden del dia del general Molitor.—Schæberg y Vendimiario, año VIII de la República.—Oficiales, sargentos y soldados de la 84ª. Despues de resistir solos los esfuerzos de Linken y Jellachich, y coronado vuestras banderas de inmortal gloria arrojando dos cuerpos de ejército, uno al otro lado de los montes Keresen y el otro al fondo de las líneas grises, mientras que el general en jefe Massena derrotaba á los austrorusos delante de Zurich, parecia llegado el momento del descanso. Pero Souwarow avanza á su vez. Sube el Schaechental á la cabeza de 20.000 hombres. El vencedor de Cassano, del Trebia y de Novi viene á reunirse á sus tenientes, que ya no existen y á reparar las faltas de un ejército en plena derrota. Vosotros habeis de detenerle, vosotros vengareis á vuestros hermanos muertos en Italia, y dareis tiempo á los generales Massena y Lecourbe para que acudan á encerrarle en las montañas.—Soldados de la 84ª, la República descansa en vosotros. Nuestra posicion es excelente: en un desfiladero, tres batallones resueltos valen por cincuenta... No os digo más: ¡los soldados franceses no cuentan sus enemigos.—¡Viva la República!

EL CAPITAN, levantando el tricornio.

¡Viva la República!

TODOS.

¡Viva la República!

(Molitor y Ogiski aparecen en la escalinata de la casa del fondo. Bajan al jardin.

Algunos oficiales de estado mayor le siguen á cierta distancia; detrás vienen húsares con los caballos del diestro. Ogiski viste de montañés suizo.)

EL CAPITAN, mandando.

¡Presenten, armas!

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, MOLITOR, OGISKI, ESTADO MAYOR, HÚSARES.

MOLITOR, deteniéndose á la entrada del jardin, delante de la guardia.

¿Y habeis tenido tiempo para ver á Lecourbe?

OGISKI.

Le he visto en la misma noche en Seedorf, al dejar el campamento ruso. En mi presencia partieron los correos para Schwitz, con objeto de dar parte al general en jefe del movimiento de Souwarow en el Schaechental. He querido traeros personalmente aviso de este movimiento y preveniros contra toda sorpresa.

MOLITOR.

Os doy gracias en nombre de la República.
(Hace señas con la mano al capitan.)

EL CAPITAN, mandando.

¡Al hombro, armas!... ¡Descansen armas!
(Llega al galope por la derecha un oficial de húsares.)

ESCENA VI.

LOS PRECEDENTES, EL OFICIAL DE HÚSARES.

EL OFICIAL.

Mi general, el comandante Bergeron da parte de que está á la vista de nuestras avanzadas una fuerte columna rusa.

MOLITOR.

¿Desciende del Pragel?

EL OFICIAL.

Sí, mi general, todos los caminos de la montaña se cubren de bayonetas.

MOLITOR.

Bien... estamos preparados para recibirles. Decid al comandante que replegue las avanzadas al desfiladero de Glotten. (El oficial sale al galope. Volviéndose hácia Ogiski.) ¡Nada teneis que pedirme, Ogiski!

OGISKI..

Sí, general, un favor.

MOLITOR.

¿Cuál?

OGISKI.

Mi mision ha terminado... Souwarow está rodeado en las montañas... Antes de ser lo que soy... era soldado...

MOLITOR.

¿Quereis combatir?

OGISKI.

Sí, general... es la única recompensa que ambiciono.

MOLITOR.

¡Bien la habeis ganado! (Volviéndose hácia sus oficiales.) ¡Capitan Barroy!

EL CAPITAN, saliendo vivamente del grupo.

¡General!

MOLITOR.

Vais á presentar al ciudadano Ogiski al coronel Dubourg. Que le entreguen armas y elija entre los caballos de los húsares muertos ayer, el que quiera... Combatirá en nuestras filas... ¡Es un soldado!

OGISKI, con emocion.

Gracias, general...

(Aléjase con el capitan. En el mismo momento entra por la izquierda el oficial de húsares que vino á anunciar la aparicion de la columna rusa.)

ESCENA VII.

MOLITOR, EL OFICIAL DE HÚSARES, SOLDADOS, OFICIALES DE ESTADO MAYOR.

EL OFICIAL, llegando al galope.

Mi general, un parlamentario ruso...

MOLITOR.

¿Le traeis?

EL OFICIAL.

Sí, mi general.

MOLITOR.

Hacedle venir.

(Sale el oficial. Molitor y los oficiales del estado mayor montan á caballo. Casi en el mismo momento entra el oficial de húsares con un dragon ruso; es el comandante Popritchin; trae vendados los ojos y le acompañan dos húsares. Al llegar el parlamentario sale á verle María-Ana; vecinos de la aldea miran desde las ventanas; los oficiales de estado mayor avanzan y forman semicírculo. Los soldados de la guardia permanecen formados con el arma al brazo.)

ESCENA VIII.

LOS PRECEDENTES, EL PARLAMENTARIO, MARIA-ANA, HÚSARES, etc.

MOLITOR, al oficial de húsares.

Quitad la venda al parlamentario. (El oficial obedece.)

POPRITCHIN, con altanero acento.

¿El general Molitor?

MOLITOR.

Yo soy.

POPRITCHIN.

El feld-mariscal Souwarow, ántes de atacar el desfiladero de Gottlen, (Recalcando las palabras.) defendido por vuestros tres batallones, me encarga preveniros que conoce vuestras fuerzas y vuestra posicion entre Linken, Jellachich y él. Me encarga tambien invitaros, á nom-

bre de la humanidad, á que penseis en las consecuencias de una resistencia inútil y de haceros saber que os concede un cuarto de hora para deponer las armas.

MOLITOR.

¿Es eso todo?

POPRITCHIN.

Sí, general.

MOLITOR, con irónico acento, mirando el reloj.

¡Un cuarto de hora de reflexion!... El feld-mariscal Souwarow es generoso; yo le doy veinte minutos para que se rinda con armas y bagajes. Tambien hablo yo en nombre de la humanidad. Conozco perfectamente su posicion: tiene á Lecourbe á retaguardia y dentro de pocas horas tendrá á Soult y á Massena por el flanco, y entre tanto tiene á Molitor al frente. (Con indignacion.) Decid á S. E. que ha pasado el tiempo de la jactancia, que los medios que emplea podrán dar resultados con los turcos; pero que los franceses encuentran ridícula toda intimacion de ese género, cuando no se puede unir el hecho á la amenaza. Decidle que Linken y Jellachich han sido derrotados, que éste ha repasado las montañas de Kersen, y que Linken está en plena retirada hácia los Grisones. Que reflexione en mi invitacion... Cuando una puerta se cierra, suele uno considerarse afortunado con poder escapar por las ventanas.

POPRITCHIN, con tono seco y duro, mirando al reloj.

Aún teneis diez minutos.

MOLITOR, riendo.

En ese caso, S. E. el feld-mariscal tiene un cuarto de hora. (Al oficial de húsares, con acento frio.) Llevad al parlamentario. (Ponen la venda á Popritchin y le llevan. Molitor añade.) Estas gentes hablan aún como al dia siguiente de Novi... No quieren convencerse de que hace dos dias ganó Massena la batalla de Zurich. (Dirigiéndose á los oficiales con alegre voz.) ¡Va-

mos... señores... vamos! Lecourbe viene detrás de las columnas rusas... Soult y Massena vienen por la derecha. ¡Todo irá bien!... Ayer batimos á Linken y anteayer á Jellachich... ¡Hoy debemos batir á Souwarow el invencible!

(Pica al caballo y sale por la izquierda. El estado mayor le sigue.)

EL CAPITAN, mandando.

¡Flanco derecho!... ¡paso acelerado!... ¡marchen!

MARIA-ANA, viendo desfilar el peloton.

Rabot, procura coger una mochila buena.

RABOT, volviéndose.

Descuida, ciudadana; esta noche tendré botas de piel de Rusia.

(María-Ana rie. Otras tropas llegan por la derecha y desfilan al toque de marcha.)

CUADRO OCTAVO.

El campo de batalla.

La calle mayor de la aldea despues del combate. La luna ilumina algunos techos que no se han hundido; las ventanas y paredes reciben rojo reflejo del incendio que consume las casas por el interior. En las esquinas de las calles hay montones de cadáveres. Lejanos rumores por la izquierda anuncian la precipitada retirada de Souwarow. Un grupo baja lentamente por la callejuela del fondo iluminándose con una antorcha: la antorcha se baja, gira en derredor de los montones de muertos y vuelve á ponerse en marcha. Á veces desaparece: son los cirujanos y sus ayudantes que recogen los heridos. Á la izquierda, detrás de una casa casi arrasada por las balas de cañon, están Htatuina é Ivanowa, enganchando apresuradamente el caballo en el kibitk. Por la izquierda llegan cosacos, atraviesan la escena al galope y desaparecen por la derecha.

ESCENA PRIMERA.

HATTUINA, IVANOWA, COSACOS, HERIDOS, RUSOS.

VARIOS COSACOS, atravesando la escena al galope.

¡En retirada!... En retirada!...

HATTUINA, enjaezando el caballo.

Despachemos, Ivanowa; comienza la retirada. Cuando pasen los muchachos de Rymnik, marcharemos con ellos. Dame la collera.

IVANOWA, dándola la collera del caballo.

Dios mio!... Con tal que no esté herido Ivanowitch!... (Ayuda á Hattuina.)

UN HERIDO, incorporándose.

Un poco de aguardiente, *matuchka.*

OTRO.

¡Me estoy desangrando!... ¡No tengo fuerzas!... ¡un bocado de pan por amor de Dios!

OTRO, en el fondo, con desmayada voz.

¡Agua... agua! (Óyense gemidos por todos lados.)

HATTUINA, continuando el arreglo del caballo.

Ya comienzan otra vez... (Gritando.) Os he dado cuanto tenia... No me queda aguardiente... ni pan.... ni lienzo... ni agua... El carro está vacío, ¿qué quereis que haga? Tened paciencia... van á llegar los cirujanos... Ved las antorchas allá arriba... os recogerán...

UN HERIDO.

Los cirujanos no podrán recogernos á todos esta noche... hay muchos.

OTRO.

¡Estamos perdidos! (Déjase caer con desesperacion.)

OTRO, levantando el brazo.

¡Dios mio!... ¡Dios mio!

HATTUINA, á Ivanowa.

¡Pasa la brida por los anillos!.. pronto.

UNA VOZ, á la izquierda.

¡Adelante... Adelante!...

IVANOWA, precipitándose hácia el fondo.

¡Ivanowitch!

(Ivanowitch aparece por la izquierda, á la cabeza de un peloton de dragones. Al ver á Ivanowa, pára bruscamente el caballo lanzado al galope.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, IVANOWITCH, DRAGONES.

IVANOWITCH.

¡Alto! (Saltando del caballo y corriendo á Ivanowa.) ¡Ivanowa!... (La abraza.—Viendo á Hattuina.) ¡La *matuchka*!... ¡Ah, cuánto me alegro de veros!

IVANOWA.

¿No estás herido?

IVANOWITCH.

No, no tengo nada...

IVANOWA.

¡Oh! tenia miedo.

HATTUINA.

¿A dónde vas con esos dragones?

IVANOWITCH.

El feld-mariscal me ha mandado adelantarme y registrar las aldeas para buscar guias.

HATTUINA.

En ese caso, todo ha concluido... ¿partimos?

IVANOWITCH.

Sí, *matuchka*, han rechazado todos nuestros ataques para forzar el paso. Los republicanos vienen por derecha é izquierda; los pueblos incendiados cortan los puentes á nuestra retaguardia; solamente nos queda libre el camino del valle de Engi; mañana seria tarde.

HATTUINA.

¿Ha perdido mucha gente Rymnik?

IVANOWITCH.

Cerca de 400 hombres. El comandante Novozilzow y los capitanes Brizeuski, Lagonon y Buxhowden han sido muertos.

HATTUINA.

¡Cuatrocientos hombres! ¿Y los otros?

IVANOWITCH.

Los otros han perdido mucha gente tambien... Ismail está casi destruido. Los republicanos han resistido como murallas. Hareis bien en partir en seguida, *matuchka*, puesto que está listo el kibitk; no se sabe lo que puede suceder.

HATTUINA.

Marcharé con mi regimiento.

IVANOWITCH.

Pero Rymnik va á sostener la retirada. Estareis constantemente entre el fuego.

HATTUINA, moviendo la cabeza.

¡La vieja *matuchka* no abandona á sus hijos!

UN SARGENTO DE DRAGONES.

Mi teniente, la cabeza de la columna llega al extremo de la calle; vamos á quedar retrasados.

IVANOWA, abrazando á Ivanowitch.

¡Quédate con nosotros, Ivanowitch!

HATTUINA, retirando á Ivanowa.

No... que cumpla su deber... es preciso que marche... (Á Ivanowitch.) Vé, en el camino nos encontraremos.

IVANOWITCH.

Sí... mañana... os esperaré... (Montando á caballo.) ¡Te la confio *matuchka*!...

HATTUINA.

Bien... bien...

IVANOWITCH extendiendo el brazo.

¡Ivanowa... hasta mañana!... (Desaparece; los dragones le siguen. Óyesele gritar fuera con ronca voz.) ¡Atencion... la calle está llena de heridos!... ¡sujetad los caballos! (Piérdese su voz.)

IVANOWA.

¡Ya no le veré mas!...

(Siéntase sobre un monton de escombros, se cubre el rostro con las manos y llora.)

ESCENA III.

HATTUINA, IVANOWA.

HATTUINA, aparte, mirando á Ivanowa.

Sí... eso es... piensa en Ivanowitch... los demás nada son... ¡Oh! ¡la juventud! ¡la juventud!... (Recoge el heno que ha dejado el caballo y lo echa en el carro.) En fin... todo está dis-

puesto... cuando llegue Rymnik, partiremos. (Dando vueltas alrededor del carro y examinándolo con atencion.) Con tal de que el *kibitk* no se desarme en el camino... Estos detestables caminos le han desvencijado... ¡Ah! bien veia yo que esos bribones de republicanos nos atraian al embudo... bien lo veia... pero Souwarow no veia nada y gritaba: ¡Adelante!... ¡Adelante!... como un viejo loco... ¡Y ahora estamos batidos... rodeados... hambrientos... Tenemos que partir de noche como ladrones... tomar el camino de los ventisqueros!... ¡Oh! he visto ese camino... lo he visto desde léjos... sube... sube y los precipicios suben tambien... y arriba, los que no perezcan de cansancio ó no caigan en los abismos... morirán de hambre... ¡Oh Souwarow! ¡qué has hecho de tus hijos! ¡la vieja *matuchka* preferiria haber muerto!

(Durante la escena precedente, la antorcha que se vió en el fondo se acerca lentamente. Al pronunciar sus últimas palabras Hattuina, desemboca en la calle que atraviesa la escena; el doctor Sthal aparece en medio de un grupo de ayudantes y soldados que llevan camillas.)

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, EL DOCTOR, AYUDANTES, SOLDADOS, etc.

EL DOCTOR, desde el fondo, gritando.

¡Alumbrad aquí... eso es! (Hattuina se vuelve y mira. El doctor inclinándose.) Este no está muerto, recogedle.

(Dos soldados colocan al herido en una camilla y parten.)

HATTUINA, aparte, mirando.

Es el corta-piernas.

EL DOCTOR.

Los demás están perdidos... (Se levanta.) Siempre estos terribles bayonetazos. (Acercándose á otro monton.) Vamos... acercaos... (Mira.) ¡Ah! en esta esquina ha dado la metralla. Aquí hay dos cortados por mitad... Estos no ne-

cesitan medicinas... están curados de todo... Acercaos, imbéciles... Vamos, ayudadme. (Ayúdanle á levantar un herido.)

EL HERIDO, reanimándose.

¡Agua!... ¡un vaso de agua!

EL DOCTOR.

¡Ah, bien! habla... ponedle en una camilla.

(Los soldados obedecen. Durante esta escena, Hattuina ha permanecido inmóvil mirando.)

HATTUINA.

¡Hoy no falta trabajo, corta-piernas!

EL DOCTOR, levantándose asombrado.

¡Eh! ¿eres tú, *matuchka*? ¿Qué haces aquí? Hace mucho tiempo que debias haber marchado!

HATTUINA.

Espero el regimiento de Rymnik.

EL DOCTOR.

¡Ah, bien!... (Toma un polvo.) Harias bien en marcharte en seguida... (Inclinándose y mirando.) Otra vez la metralla!...

HATTUINA.

¡Pero tú te quedas!

EL DOCTOR.

Tengo que cumplir mi deber... (Á los ayudantes.) — Recoged estos dos.—(Á Hattuina.) de recoger los heridos... y entregarlos al enemigo.

HATTUINA.

¿Le abandona los heridos?

EL DOCTOR.

¿Qué quieres? faltan carros y caballos. Ha habido que desmontar los cosacos para la artillería... Souwarow quiere llevarse los cañones.

HATTUINA.

Pero te retendrán los republicanos.

EL DOCTOR.

Sí... me retendrán.... ¡En la guerra, como en la guer-

ra! Los republicanos son hombres. Les hablaré de bruto, de Horacio Cocles... acabaremos por entendernos... Me llevarán á Paris... sabes que debiamos ir á Paris, *matuchka*. (Cogiendo la antorcha y levantándola; á un ayudante.) ¡Eh! Litow, haz avanzar todas las camillas.

LITOW.

Bien, mayor. (Sale por la izquierda.)

EL DOCTOR, con la antorcha levantada mirando á la izquierda.

¡Qué desolacion! la calle está llena hasta la esquina... Sí... sí... vamos á tener trabajo; esto es peor que en Praga.

(En este momento llega un cañon tirado por cuatro caballos; detiénese por los escombros y se oyen gritos, latigazos, y juramentos de los conductores. Despues llega al galope un coronel de artillería. El doctor, sus ayudantes y Hattuina se vuelven. Ivanowa levanta la cabeza y mira.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, EL CORONEL, ARTILLEROS Á CABALLO.

EL CORONEL, con rudo acento.

¡Plaza... plaza!... (Los ayudantes se separan.)

EL DOCTOR.

¿Vais á pasar por esta calle con los cañones, coronel?

EL CORONEL, deteniéndose.

Sí... ¿por qué?

EL DOCTOR.

Está llena de heridos. (Levantando la antorcha.) ¡Mirad!... (Oyense gritos á la izquierda.—¡Eh! ¡ahí abajo! avanzad!—y todos los ruidos de un convoy detenido bruscamente.)

EL CORONEL, mirando con vacilacion.

Las órdenes del feld-mariscal son terminantes ¡salvad los cañones á toda costa!

EL DOCTOR bajando la antorcha.

¡Pero coronel, estos heridos son rusos! El feld-mariscal ignoraba...

UN DRAGON, entrando al galope con el sable en la mano.

¡El feld-mariscal, el feld-mariscal! (Pasa.)

SOUWAROW, desde léjos.

¡Adelante! ¡Adelante!

ESCENA VI.

OS PRECEDENTES, SOUWAROW y SU ESTADO MAYOR, despues UN AYUDANTE DE CAMPO.

OUWAROW, entrando al galope á la cabeza de su estado mayor.—Con voz irritada.

¿Por qué no pasan los cañones? He mandado... (Viendo coronel.) ¡Coronel!

EL CORONEL, turbado.

Feld-mariscal, la calle está llena de heridos rusos...

SOUWAROW, al doctor.

¡Por qué no se les ha recogido!

EL DOCTOR.

Hemos hecho lo posible, feld-mariscal... No sabiamos ue la retirada...

SOUWAROW, interrumpiéndole...

¿Hay otro camino?

EL CORONEL.

No, feld-mariscal, las otras calles son demasiado esrechas y además obstruidas por los escombros.

SOUWAROW, con reconcentrado furor.

No quiero dejar los cañones al enemigo... (Al doctor.) Cuánto tiempo necesitais para recoger esos heridos?...

EL DOCTOR.

Más de una hora, feld-mariscal, empleando mucha ente.

SOUWAROW, á un oficial.

Haced avanzar dos compañías... Que les recojan en eguida. (Entra al galope un ayudante de campo.)

EL AYUDANTE DE CAMPO, deteniéndose cerca de Souwarow, con sombrero en la mano.

Feld-mariscal, una columna enemiga está en march para cortarnos la retirada.

SOUWAROW, con tono furioso.

¿Quién os envia?

EL AYUDANTE DE CAMPO.

El general Bagration... Ved el despacho.

(Le entrega un despacho, el doctor levanta la antorcha: Souwarow lee.)

UN HERIDO, incorporándose.

¡Viva Souwarow! (Vuelve á caer.)

SOUWAROW, estrujando el despacho.

¡Oh! ¡ese Molitor!... (Dirige terrible mirada en derredor; hunde la espuelas en el vientre del caballo y parte gritando.) ¡Salvad la artillería!...

(Su estado mayor le sigue. Los conductores de las piezas azotan los caballo las piezas parten al galope y entran en la calle de la derecha, donde se oyen de garradores gritos de los heridos que aplastan. Hattuina é Ivanowa se tapan l oidos para no escucharlos; el doctor alza los brazos al cielo.)

CUADRO NOVENO.

La retirada de Souwarow.

sendero de Panix, entre Wichlerstock y el Vorab; costea los precipicios de Rinkenkorpf, en su mayor altura. Á la izquierda un recodo del sendero, formando cornisa sobre el abismo; está cubierto de hielo. Á la derecha, en el fondo, el vacío, y más léjos, al otro lado del valle del Sernft, otras nevadas cimas que suben hasta perderse de vista. Pasa en silencio una fila de soldados rusos. Parecen fatigados, y se arrastran con trabajo; la mayor parte han abandonado el morral, y algunos las armas.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS, UN SARGENTO VIEJO.

EL SARGENTO, detrás.

¡Avanzad! ¡avanzad!

UN SOLDADO.

Que nos dejen respirar un poco.

EL SARGENTO.

No... no... ¡vienen ya los cañones!

UN SOLDADO, arrojándose al suelo.

Prefiero morir aquí.

EL SARGENTO.

Haz lo que quieras.

OTRO, deslizándose.

¡Dios mio! (Desaparece en el abismo.)

EL SARGENTO, al pasar.

¡Otro ménos!... (Llegan en seguida dos guias y los artilleros.

ESCENA II.

LA COLA DE LA PRIMERA FILA, LOS GUIAS, LOS ARTILLEROS, UN CORONEL, á caballo.

EL GUIA FRISAT, gritando.

¡Atencion aquí!...

EL OTRO GUIA, SEPTIMER, volviéndose.

¡Alto!... ¡no avanceis!

(Vése por la derecha la cabeza de un tiro de caballos.)

EL CORONEL, con furor.

¡Adelante!...

FRISAT.

Coronel, los cañones no pasarán jamás por ahí.

EL CORONEL.

Pasarán... el feld-mariscal quiere que pasen.

SEPTIMER.

Soy guia antiguo, coronel; hace treinta años que re corro la montaña, y sé que no pasarán los cañones.

EL CORONEL.

El camino es bastante ancho para las ruedas. (Volviéndose.) ¡Adelante!

FRISAT, gritando.

¡Tened cuidado!... En tres dias han desfilado 8.00 hombres por este camino. Está quebrantado por el pes de tantos hombres y caballos. La esquina no resistirá ε peso.

EL CORONEL.

¡Adelante!...

SEPTIMER, con solemne acento.

Sólo nos queda que encomendar nuestra alma á Dios La esquina va á caer, y arrastrará más de una fanega c tierra. Todos vamos á rodar con los peñascos al Vir kenthal, ¡á dos leguas de aquí!

(Señala el abismo.—Avanza el cañon.)

EL CORONEL, á los artilleros.

¡Alto!... (A los guias.) Sois unos canallas... nos habeis raido á un camino intransitable... sereis fusilados.

FRISAT.

Coronel, somos padres de familia... deseamos conser-ar la vida... ¡Hemos venido á pesar nuestro!

SEPTIMER.

He dicho á vuestro general, ántes de partir, que los añones lo destruirian todo... No ha querido escu-harme.

FUERTES GRITOS, detrás.

¡Avanzad!... ¡Avanzad!...

(La escena se llena de nuevos soldados. Muchos caen rendidos de fatiga; otros apoyan en el fusil como extenuados; el hambre, la miseria y el frio están re-atados en el rostro de estos infelices. Oficiales y soldados están lo mismo. Un ldado quiere pasar junto al cañon, se le resbala un pié, un compañero le tiende mano; ambos desaparecen en el abismo.)

ESCENA III.

OS PRECEDENTES, LOS RECIEN LLEGADOS, amontonados en la esquina á la derecha.

UN SOLDADO.

¡Es Kowski!

OTRO.

Sí, y su hermano Petrowitch... (Sentándose rendido.) ¡Ya o sufrirán!

OTRO, gritando.

¡En este camino moriremos todos!...

OTROS.

¡Morimos de hambre... nos helamos... caemos al bismo!

EL CORONEL, desde el caballo.

Callad... Esta noche estaremos en el valle, en Hanz...

UN SOLDADO, con audacia.

¡En el valle!... sí... como esos... Mirad... mirad... (Señalando la cola de la columna, que se desarrolla hasta perderse de vista por las crestas.) ¿Veis el carro que rueda... y más allá aquellos que caen? ¿les veis?... ¡se agarran al peñasco!... ¡pero vedles ya en el vacío!... Así llegaremos al valle, compañeros!...

(Hablando así, coge el fusil por el cañon, le rompe sobre la pieza y arroja los pedazos al abismo. El coronel saca una pistola y le apunta.)

GRITOS TERRIBLES DE LOS SOLDADOS.

¡Muera el coronel!

EL CORONEL, guardando la pistola.

¡Sois unos cobardes!

UN SOLDADO.

Nos han hecho traicion... Debiamos llegar al dia siguiente... y hace tres que estamos en marcha... Esto no concluirá nunca.

OTRO.

¡Ni uno de nosotros volverá á ver el país natal!

EL CORONEL, á los guias con furor.

¡Oís, desgraciados!... Vosotros nos habeis hecho traicion... ¿Existen otros caminos?

FRISAT.

Sí, coronel, existe otro por el Platemberg; pero dos veces más largo y no mejor. Vuestro general no ha querido tomarle; nada podiamos decir.

(En este momento se oyen algunas detonaciones profundas, que se extienden por el valle como el rumor del trueno.)

EL CORONEL.

¡Escuchad!...

SEPTIMER.

Es una avalancha, coronel.

FRISAT.

¡No!... es otra cosa... Mirad allá arriba en la mon-

taña de enfrente, aquella nubecilla de humo que sube... ¿Veis los republicanos?... Ellos no necesitan camino para trepar. ¿Les veis?... ¡Mirad!... una bala suya... ¡Ah! ¡ahora será esto más terrible!

(En este momento, un soldado cae y rueda, desapareciendo en el abismo. Alzanse gritos que se prolongan hasta el final del valle.)

EL CORONEL, con animacion.

Quieren rodearnos.

FRISAT.

Sí... tratan de llegar al cuello de Pignu, y si llegan, cuantos queden á la espalda están perdidos.

EL CORONEL, saliendo al galope por la derecha.

¡Plaza!... Es preciso prevenir al feld-mariscal.

ESCENA IV.

LOS PRECEDENTES, menos EL CORONEL.

Continúa á lo léjos el fuego de los republicanos.

GRITOS LEJANOS, á retaguardia.

¡Adelante!... ¡Adelante!...

UN SARGENTO VIEJO.

Puesto que llegan aquí las balas de los republicanos, podemos contestarles. (Carga el fusil.)

UN SOLDADO.

¡Bah!... que tiren... que nos maten... ¡Daria mi vida por un bocado de pan!

UN VETERANO.

Y yo por un vaso de aguardiente... Me dejaria desligar, y de un salto llegaria á mi pueblo, cerca de Kiew.

OTRO.

Sí, eso seria lo mejor, pero sin aguardiente falta resolucion.

UN ARTILLERO.

Los cañones no pueden pasar... desengancho tranquilamente y me alejo.

UN CABO DE CAÑON.

¡Trata de hacerlo, y te atravieso con el sable!

FRISAT, á su compañero.

Los republicanos continúan desfilando.

SEPTIMER.

Sí, y si llegan al cuello, me alegraria mucho de rendirme.

FRISAT.

Si conociese un sendero de travesía, hace tiempo que habria partido.

GRITOS Á LA ESPALDA, por la derecha.

¡Plaza!... ¡Plaza!... ¡El feld-mariscal!...

FRISAT, en voz baja á su compañero.

Aquí está el viejo bribon que nos ha reducido á la miseria.

SEPTIMER, en igual tono.

¡Ten cuidado!... ¡aquí está!...

(Aparece Souwarow á caballo en el recodo del camino.)

ESCENA V.

LOS PRECEDENTES, SOUWAROW, EL CORONEL, DOS GENERALES OFICIALES de estado mayor.

SOUWAROW, con voz breve despues de examinar el paso.

¿Estais seguros de que los cañones derribarán la esquina?

FRISAT.

Sí, feld-mariscal, estamos seguros.

SOUWAROW.

Por ahí pasan mulos diariamente.

FRISAT.

Sí, pero no en esta estacion. Cuando está seco el terreno pasan uno á uno.

SEPTIMER.

Y además, feld-mariscal, un mulo no pesa lo mismo que diez mil.

(Aumenta el fuego de los republicanos. Souwarow mira.)

SOUWAROW.

¡Llegan hasta aquí las balas de esas gentes!

SEPTIMER.

Algunas... tirando mucho más alto que el camino.

SOUWAROW, volviendo á su primera idea.

Y si cayera este camino, ¿no se podria abrir otro en seguida más abajo?

FRISAT.

No, feld-mariscal, á ménos de retroceder dos leguas hasta Jætz, y tomar la otra cresta de la garganta. Solamente se encuentra roca... y además se necesitaria tiempo.

SOUWAROW, con acento conmóvido.

Y si les precipitamos al fondo ¿se les podrá encontrar?

FRISAT.

¡Jamás! En media legua de profundidad solamente hay peñascos; ántes de llegar abajo, se retorcerán las piezas, y despues caerán en el abismo de Winkenthal, donde solamente pueden bajar las águilas.

SOUWAROW, volviéndose y mirando los cañones.

Os habia glorificado en Cassano, en el Trebia, en Novi y en el San Gotardo... ¡En todas partes os habia salvado!... Ahora es preciso que os abandone... Pero ántes de precipitaros á ese abismo, quiero oiros por última vez... (A los artilleros.) ¡Volvedlos, y haced entender á los republicanos que Souwarow está aquí aún!... (Los artilleros obedecen. Souwarow mira á las guerrillas francesas. Á los guias.)

¿Cómo han subido tanto aquellas gentes?... ¿Hay algun sendero en frente de nosotros?

FRISAT.

No necesitan sendero, feld-mariscal; hace dos años que recorren los republicanos los senderos de la montaña, y tienen el pié de los cazadores de gamuzas.

SOUWAROW, volviéndose.

¡No los quiero... pero son valientes! (A los artilleros, con energía.) ¡Fuego!...

(Detonaciones sucesivas sobre el abismo.)

SOUWAROW, descubriéndose y con solemne acento.

Es el último adios de Souwarow á sus valientes soldados, á los antiguos compañeros de gloria, sepultados en estas montañas por la traicion de los austriacos.

EL CORONEL.

¡Cargad!

SOUWAROW.

No... no... ¡ese ruido me rasga el corazon! (A los soldados.) ¡Precipitadles!

(Los soldados cortan los tirantes de los caballos y empujan las ruedas, las piezas giran sobre el talud y desaparecen en el abismo sin producir ruido.)

SOUWAROW, con voz vibrante y terrible.

¡Adios!... ¡Adios!... (A los soldados.) Y ahora ¡pasad!... ¡Que tiren los republicanos, Souwarow no les contestará!...

(Se aleja. Algunos soldados se levantan y ponen en camino; otros, sentados, y con la cabeza entre las rodillas, permanecen inmóviles y silenciosos. Los guias siguen precipitando el paso. Un grupo de húsares, dragones y cosacos desmontados avanzan empujándose y pasan. [Detrás, se oye el ruido de las descargas que se acerca por segundos.)

ESCENA VI.

GRUPO DE COSACOS y OTROS SOLDADOS DE CABALLERÍA DESMONTADOS.

UN CAPITAN.

Paso... paso... soy capitan de húsares de Bauer.

UN SOLDADO, volviéndose.

¿Y qué nos importa?... Mi piel vale tanto como la tuya.

EL CAPITAN.

¡Ten cuidado!

EL SOLDADO.

¡Ténlo tu mismo. (Se empujan.)

VARIOS SOLDADOS.

¡Echad abajo al austriaco!...

EL CAPITAN.

¡Vamos!... ¡vamos, compañeros, no nos incomodemos!...

UN HETTMANN, pasando.

Cada uno para sí... Procura caminar derecho. (Tiene en la mano una pistola.)

EL PRIMER SOLDADO, con rudo acento al capitan.

¡Pasarás cuando haya pasado yo!

(Avanza penosameute, la columna le sigue en silencio. Oyense los disparos que se acercan por ambos lados. Otros infelices desfilan y desaparecen en el recodo del camino. De pronto redobla el fuego de fusilería por delante, á la derecha, cinco ó seis balas llegan rebotando al sendero, caen algunos soldados y se ve enfrente, sobre una roca, al otro lado de la garganta, el fuego graneado de una compañía de republicanos. Gran tumulto.)

GRITOS LEJANOS, adelante.

¡Alto! ¡Alto!

OTROS GRITOS, detrás, á la derecha.

¡Adelante!

UN OFICIAL, llegando al recodo del camino, se detiene y grita:

¡Alto! ¡estamos cortados!... ¡vienen los republicanos!

UN SOLDADO, detrás del oficial.

¿Avanzarás?...

(Trata de empujarle con la bayoneta. El oficial se vuelve y le descarga un sablazo. Los dos se deslizan y se cogen.)

EL OFICIAL, con voz sorda y vacilante.

¡Ah ¡bandido!...

EL SOLDADO.

¡Caerás conmigo!

OTROS, empujando por la espalda.

¡Adelante!... ¡Adelante!...

(Redobla el fuego y se acerca á derecha é izquierda. A pesar de la resistencia de los que retroceden, se pone en marcha la columna que desfila. Llega otro grupo de jinetes desmontados y de soldados de infanteria, todos mezclados; detrás avanzan Hattuina é Ivanowa. Hattuina va montada sobre su viejo caballo, Ivanowa le lleva de la brida. Despues se ve á Ivanowitch á caballo, con la bandera rusa en la mano en medio de una compañía de granaderos de Rymnik que retroceden batiéndose. Un tambor viejo con largos bigotes canosos, al lado de Ivanowictb, toca el paso de ataque impasiblemente.)

ESCENA VII.

LOS PRECEDENTES, HATTUINA, IVANOWA, IVANOWITCH, SOLDADOS, GRANADEROS DE RYMNIK.

IVANOWITCH, volviéndose.

Pasa *matuchka*... Pasa pronto... Ahí están los republicanos...

HATTUINA.

Gracias, hijo mio... ¡Animo Ivanowa!

IVANOWA, tirando de la brida.

¡Hoé! hoé! (Penetra entre la multitud.)

IVANOWITCH, gritando á los soldados que le rodean.

¡Granaderos de Rymnik, manteneos firmes en der-

redor de vuestra bandera!... ¡Demos tiempo para que pasen los demás!

(Descargas cercanas. Cañonazos. Pasan masas de humo. Ivanowitch levanta la bandera. Los granaderos de Rymnik contestan al fuego de los franceses. En el momento en que Ivanowa y Hattuina van á pasar por la cornisa, una bala de cañon da en el ángulo del camino que se inclina lentamente y cae al abismo. Muchos soldados caen tambien lanzando un grito terrible y confuso. Otros retroceden espantados.)

TODOS.

¡Ya no hay camino!... ¡Estamos perdidos!...

(Unos arrojan las armas, otros levantan las manos al cielo.)

IVANOWITCH, con voz terrible.

¡Granaderos de Rymnik, no hay retirada... es preciso morir aquí! ¡Venguémonos!... ¡adelante! ¡á la bayoneta!

LOS GRANADEROS DE RYMNIK.

¡Viva Souwarow!

(Calan bayoneta y cargan con la cabeza baja. Algunos soldados recogen armas y les siguen. Oyese el ruido del combate, el redoble del tambor, exclamaciones, disparos, gritos de heridos.)

ESCENA VIII.

HATTUINA, IVANOWA, SOLDADOS.

HATTUINA, que se ha dejado deslizar del caballo.

Ahora todo se ha concluido; van á venir los republicanos... ¡Nos matarán!...

IVANOWA, arrojándose en brazos de Hattuina.

¡Huyamos, madre Hattuina!... ¡Que vienen!

(Acércase el ruido del combate. Los granaderos de Rymnik retroceden defendiéndose; algunos caen en el camino. Ivanowitch aparece entre los últimos, en medio de un pequeño grupo. Vése desembocar al otro lado de la cornisa una compañía francesa, con bandera desplegada. El tambor está al lado de Ivanowitch. Su brazo izquierdo otro por una bala, pende inerte, pero sigue tocando con la mano derecha.)

ESCENA IX.

LOS PRECEDENTES, IVANOWITCH, GRANADEROS DE RYMNIK, OFICIALES y SOLDADOS FRANCESES, despues OGISKI, á la cabeza de una compañía de republicanos.

IVANOWITCH, á sus soldados.

¡Granaderos de Rymnik, sostened vuestra bandera!

UN OFICIAL FRANCES, al otro lado de la cornisa, por la izquierda.

¡Rendíos!

OGISKI, apareciendo por la derecha, sable en mano, al frente de una compañía.

¡Levantad las culatas!

UN VETERANO.

¡Todo se ha perdido!... ¡Rindámonos!...

(Levanta la culata.)

LOS DEMÁS.

¡Sí... sí... rindámonos! (Levantan las culatas.)

IVANOWITCH, gritando.

¡Cobardes!...

OGISKI, á Ivanowitch.

¡Rinde la bandera!...

IVANOWITCH.

¡Jamás!

OGISKI, sacando una pistola.

¡Rinde la bandera... ó mueres! (Le apunta.)

IVANOWA, con voz suplicante.

¡Ivanowitch!...

IVANOWITCH.

¡Adios!... (Levantando la bandera.) ¡Viva el czar!...

(Lánzase al abismo. Ivanowa exhala un grito desgarrador y cae desmayada, Hattuina la sostiene.)

HATTUINA, con voz desconsoladora, levantando los ojos al cielo.

¡Ah! ¡Souwarow! ¡Souwarow!...

CUADRO DÉCIMO.

El parte de la victoria.

La sala del Consejo de los Ancianos, en el palacio de las Tullerías (antigua sala de la Convencion.) Tribuna á la derecha. Galerías alrededor. Los bancos en semicírculo. El Consejo está en sesion. Las tribunas y galería están atestadas de gente. Léese un informe sobre hacienda. En la sala y tribunas reina grande agitacion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONSEJO, EL PRESIDENTE, UN SECRETARIO, EL PÚBLICO DE LAS GALERÍAS.

GRANDES GRITOS, en las tribunas de la derecha.

¡El parte!... ¡el parte!...

UNA VOZ, en las tribunas, á la izquierda.

¡No hay parte!

OTRA VOZ, á la derecha.

¡Nada nos dicen!... ¡El ejército ha sido derrotado!

GRITOS NUMEROSOS, á la izquierda.

¡Fuera los reaccionarios!... ¡Fuera los alarmistas!...

EL PRESIDENTE.

¡Silencio en las tribunas! (Al secretario.) Continuad, ciudadano secretario.

EL SECRETARIO.

Es imposible hacerse oir.

EL PRESIDENTE, agitando la campanilla.

Ciudadanos representantes, escuchad la lectura del informe; el asunto es grave, y merece toda vuestra atencion.

UNA VOZ, en las galerías de la derecha.

Esta mañana ha llegado del Luxemburgo un despacho del general Massena.

OTRAS VOCES, á la izquierda.

No es cierto. Escuchad...

EL PRESIDENTE.

Voy á mandar evacuar las tribunas.

UN REPRESENTANTE, desde su asiento.

Asegúrase que ha llegado esta mañana un despacho al Directorio ejecutivo; ¿por qué no se nos comunica?

UNA VOZ, en las tribunas de la derecha.

Se ha perdido la batalla... Souwarow marcha sobre Paris. (Grandes rumores; el presidente agita la campanilla.)

GRITOS, en las tribunas de la derecha.

¡El despacho!... ¡El despacho!

UN REPRESENTANTE.

Hace dos dias que corre el rumor de una batalla decisiva; se difunden siniestras noticias... las facciones realistas se agitan... ¡el silencio del Directorio nos agobia!

OTRO.

Se nos oculta la situacion.

OTRO, con energía.

Si la patria está en peligro, que se declare.

EL PRESIDENTE.

Ciudadanos representantes, sean las que quieran las circunstancias, debeis dar ejemplo de calma al país... No he recibido ninguna comunicacion del Directorio ejecutivo.

GRITOS, en las tribunas de la derecha.

¡El despacho!

EL PRESIDENTE, á los ugieres.

¡Haced evacuar las tribunas!

(Los ugieres bajan por la derecha. En el mismo momento se presenta en la

puerta de la izquierda un emisario del Directorio ejecutivo, con un despacho en la mano. Grandes aclamaciones fuera. Silencio en la sala. El emisario entrega el despacho á un secretario, que lo lleva al presidente. Redoblan en el exterior las aclamaciones.)

VOCES NUMEROSAS.

Escuchad... escuchad...

EL PRESIDENTE, abriendo el despacho.

Comunicacion del Directorio ejecutivo al Consejo de los Ancianos. Despacho del general Massena.

(Se levanta. Gran rumor, seguido de profundo silencio.)

EL PRESIDENTE, leyendo.

«*El general en jefe del ejército de Helvecia, al Directorio ejecutivo.*

» Cuartel general de Zurich.

» Ciudadanos directores:

» La suerte de la campaña está decidida. Las potencias coaligadas habian reunido tres ejércitos para invadir la Helvecia y penetrar en Francia. En dos dias hemos confundido sus proyectos. Hemos atravesado el Limmat, aniquilado el ejército de Korsakow, cogido todos sus cañones, bagajes y caja; tomado á viva fuerza á Zurich, donde ha dejado 6.000 prisioneros y tres generales heridos. (Ruidosas aclamaciones.)

VOCES NUMEROSAS, en las tribunas de la derecha.

¡Silencio!... ¡Silencio!... (Nuevas y más vivas aclamaciones.)

UN REPRESENTANTE, levantándose.

¡La República se ha salvado!

OTRO.

¡Viva Massena! (Restablécese el silencio.)

EL PRESIDENTE, continuando la lectura.

« Hemos franqueado el Linth y batido al ejército austriaco. Le hemos hecho 3.500 prisioneros y tomado veinte cañones. Su general en jefe ha quedado en el campo de batalla. El ejército de Souwarow...

VOCES NUMEROSAS, en las tribunas de la derecha.

¡Ah! ¡ah!

GRITOS VIOLENTOS, al otro lado de la sala.

¡Silencio!... ¡Silencio!... ¡Fuera los realistas!...

(Profundo silencio.—Aclamaciones fuera.)

EL PRESIDENTE, continuando con voz más fuerte.

«El ejército de Souwarow, despues de haber forzado »el San Gotardo, habia avanzado hasta Altorf. Le he»mos batido en el valle de Mutten, cogiéndole una ban»dera y dos cañones. Obligado á retirarse precipitada»mente, abandonó á nuestra generosidad sus heridos, »entre ellos un general y muchos oficiales. Arrojado »sobre Glaris, le hemos batido de nuevo, haciéndole »1.500 prisioneros, cogido una bandera y muerto un »general. No esperando salvacion sino en la fuga, Sou»warow se ha arrojado á los Grisones, abandonándonos »otros 1.500 prisioneros. Ha perdido además su arti»llería y sus bagajes.

TODOS LOS REPRESENTANTES, levantándose como un solo hombre.

¡Viva la República!

(Inmensas aclamaciones fuera y en las tribunas de la izquierda.)

EL PRESIDENTE, continuando.

«Sobre el Rhin, los restos de los cuerpos batidos, »reforzados por los bávaros del general Nauendorf y por »el cuerpo de Condé, han intentado en vano otro ata»que. Allí estábamos ya para recibirles. Del lado de »Schaffouse, les hemos hecho 1.500 prisioneros, co»gido banderas, cañones y muerto un general. En »Constanza les hemos hecho prisioneros, cogido la »bandera de los granaderos de Borbon, muchos caño»nes y muerto dos generales del cuerpo de Condé. Tal »es, ciudadanos directores, el resultado general de la »batalla de Zurich. Mañana daré detalles más ámplios.

» Salud y respeto. —MASSENA.» (Levantando el despacho.) ¡ Viva el ejército de Helvecia!

TODOS LOS DIPUTADOS, levantándose.

¡ Viva el ejército de Helvecia!.. ¡ Viva Massena! ¡ Viva la República!

(Óyese un cañonazo. Redoblan las aclamaciones. La multitud del exterior invade las tribunas, cantando «La Marsellesa.»)

CUADRO UNDÉCIMO.

La gratitud del Czar.

Habitacion pavimentada de madera. Alcoba á la izquierda, puerta á la derecha, dos ventanas en el fondo, dando á la calle. Souwarow, gravemente enfermo, está recostado en una butaca grande, cerca de la alcoba. Basilianoff, su criado, está de pié detrás de la butaca. A lo léjos en la calle se oye una marcha militar.

ESCENA PRIMERA.

SOUWAROW, BASILIANOFF, despues HATTUINA.

SOUWAROW, con esfuerzo despues de un momento de silencio.

¡Basilianoff!

BASILIANOFF.

¿Feld-mariscal?

SOUWAROW, con voz doliente.

¡Ya no soy feld-mariscal!... Soy un viejo soldado que se llama Souwarow... ¡El czar no me conoce!.. ¡nada soy!

BASILIANOFF.

Esto es una nubecilla, feld-mariscal, nuestro glorioso czar no puede olvidaros; pronto recordará á su servidor Souwarow, Rymniski, Italikski...

SOUWAROW, con acento sarcástico.

¡Sí, cuando me necesite! (Silencio; acércase la música.) ¿Toca música fuera Basilianoff?

BASILIANOFF.

Sí, feld-mariscal, los regimientos han pasado revista en la plaza Tzaritzine.

SOUWAROW.

¿Qué regimientos?

BASILIANOFF.

Los de Rymnik, Ismail, Markow, los dragones, artillería...

SOUWAROW.

Empuja la butaca... que los vea... (Basilianoff empuja la butaca hasta la ventana y levanta la cortina. Souwarow mira.) ¡Ese es Rymnik! Desfilan... Desfilan... Ni uno vuelve la cabeza... ¡Sin embargo, saben que Souwarow, el padre Souwarow, se muere aquí! (Silencio.) ¡Ah!... ¡la bandera!... (Levántase penosamente, apoyando las manos en los brazos de la butaca. La rasgada bandera del regimiento de Rymnik pasa delante de la ventana. Souwarow hace el saludo militar y vuelve á caer.) Corre la cortina, Basilianoff; ¡no puedo ver eso!... (Con desfallecimiento.) ¡Esa música me mata!...

BASILIANOFF, volviendo la butaca.

No será largo el desfile, feld-mariscal; ha terminado la revista...

SOUWAROW, hablando consigo mismo.

Sí... sí... pronto vendrá la gran revista... Vendrá para todos... para los czares... los príncipes... los feld-mariscales... y para los simples soldados... (Silencio.) ¡Ah! ¡la gloria!...

(Respira con trabajo. Vése asomar á la ventana desde la calle una anciana, y mirar á la habitacion.)

BASILIANOFF, tocando á los vidrios.

¡Dios te socorra!...

SOUWAROW.

¿Qué es eso?

BASILIANOFF.

Una mendiga.

SOUWAROW.

¡Dala algunos copeks!... (El criado sale.)

BASILIANOFF, en la puerta de la derecha.

Toma, y déjanos en paz.

LA MUJER.

Gracias, de nada necesito...

BASILIANOFF.

Entónces ¿qué quieres?

LA MUJER.

¿No vive aquí Souwarow?

SOUWAROW, escuchando.

Yo conozco esa voz.

BASILIANOFF.

El feld-mariscal no recibe á nadie.

SOUWAROW, con voz débil.

Deja entrar á esa mujer.

BASILIANOFF.

El feld-mariscal está enfermo.

LA MUJER.

Quiero verle... Me conoce... Dile que soy la vieja *matuchka* de Rymnik.

SOUWAROW, con esfuerzo.

¡Que éntre!... ¡que éntre!

BASILIANOFF, volviéndose.

Esta mujer dice que os conoce, feld-mariscal.

SOUWAROW.

Sí... sí... desde mucho tiempo.

(Apágase su voz. Hattuina aparece en el dintel, acércase y mira en silencio. Souwarow la tiende las manos; ella se arrodilla y las besa llorando. Basilianoff está de pié á la espalda.)

HATTUINA, sollozando.

¡Oh! ¡hijo mio, Basilowitch, en que estado te encuentro!

SOUWAROW, profundamente conmovido.

¡Levántate, *matuchka*!

HATTUINA, sollozando.

Todo lo habia perdido... Ivanowa... Ivanowitch... ¡Todo!... y pensaba: Aún vive mi hijo Basilowitch... es feliz... ¡y esto me consolaba algo! Me habian dicho, el czar no quiere verle... pero no lo creia... ¿De qué nos acusa el czar? ¿No lo hemos sufrido todo por él?... ¿No lo hemos dado todo?... ¿Es culpa nuestra si los otros se han dejado derrotar?... ¿Si Korsakow ha huido... si los austriacos les han dejado caer sobre nuestra espalda?...

SOUWAROW, á su criado.

Mira Basilianoff, mira esta vieja *matuchka*... Mejor conoce la guerra que esos oficiales de parada, esos duques, príncipes y barones que nos mandan con nombramientos de ingenieros, y cuya estupidez, por desgracia, no se revela sino sobre el campo de batalla. Levántate, *matuchka*, me alegro mucho de verte.

HATTUINA, levantándose.

Muchas miserias hemos sufrido en cincuenta años, pero esta es la mayor.

SOUWAROW, con amargura.

Sí... tienes razon.

BASILIANOFF.

Nuestro glorioso czar verá que se ha engañado, feld-mariscal.

SOUWAROW, con desden.

¡Feld-mariscal!... Deja esos títulos, Basilianoff. Cuando se llega á donde estoy se ve claro... ¿Dónde están mis amigos?... ¿Dónde están los que me deben favores? Temen desagradar al czar... Únicamente la vieja *matuchka*...

BASILIANOF, vivamente.

¡Eh! ¡bien decia yo, feld-mariscal, el czar Pablo piensa en vos!...

(Señala con la mano un coche de la córte que acaba de detenerse delante de las ventanas; bajan algunos dignatarios. Silencio. Óyese abrir la puerta de la sala.)

HATTUINA.

.. Ahora me retiro.

SOUWAROW.

¡Nó, quédate!...

BASILIANOFF, anunciando desde la puerta.

El señor conde Kalb.

SOUWAROW, procurando levantarse.

El señor conde Kalb... no conozco ninguna familia rusa de ese nombre... No importa... ¡Que pase! (A Hattuina.) Ayúdame, *matuchka*.

(Entra el conde seguido de varios dignatarios en trage de córte.)

ESCENA II.

LOS PRECEDENTES, el CONDE KALB, SEÑORES.

SOUWAROW, mirando al conde.

Señor conde... ¿cómo?

EL CONDE.

Kalb, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¡Ah! muy bien... Excusad mi extrañeza, señor conde. Ese nombre ruso es nuevo para mí. ¿A qué debo el honor de vuestra visita?

EL CONDE.

Su majestad el czar Pablo me encarga felicitaros, feld-mariscal.

SOUWAROW.

Agradezco... agradezco profundamente, señor ¿conde?...

EL CONDE.

Kalb.

SOUWAROW.

Nombre ruso, ¿verdad?

EL CONDE.

Nací en Turquía, y debo mi titulo al favor del monarca.

SOUWAROW.

¡Ah! señor conde, ¿sin duda habeis prestado algun servicio eminente? ¿En qué cuerpo habeis servido? ¿Á qué batalla habeis asistido?...

EL CONDE.

No he servido en el ejército.

SOUWAROW.

¡Ah! comprendo... ha sido en la diplomacia.

EL CONDE.

No, feld-mariscal.

SOUWAROW.

¿En algun ministerio?

EL CONDE.

No he servido en los ministerios. Siempre he estado cerca de la augusta persona de Su Majestad.

SOUWAROW, con fingida extrañeza.

¿Y en qué cualidad?

EL CONDE.

He sido primer ayuda de cámara de Su Majestad.

SOUWAROW, despues de corto silencio.

¡Ah! ¡muy bien!... ¡muy bien!... (Volviéndose hácia el criado.) Basilianoff, mira este señor. Ha sido lo mismo que tú... Es verdad que lo era de nuestro gracioso soberano... ¿Ves que buena carrera ha hecho?... Ha llegado á conde... lleva las condecoraciones de San Andrés... San Alejandro Newski, San Valdimiro... ¡todas las de Rusia!... Procura conducirte bien, Basilianoff... ¿Quién sabe lo que llegarás á ser algun dia?... ¡Esto anima!... (Al conde.) Señor conde, manifestad á Su Majestad mi gratitud por el honor que me dispensa. Hubiese querido poder dispensaros de esta molestia; pero los servicios

de nosotros los soldados son más penosos que los vuestros, aunque ménos gloriosos sin duda... Y direis á Su Majestad... (Le da una angustia. Echándose á la espalda, extiende una mano y exclama.) ¡*Matuchka*... adios!

(Deja caer la cabeza y se estremece su cuerpo en la butaca. El conde sale precipitadamente, siguiéndole los otros señores. Hattuina se arrodilla.)

BASILIANOFF, despues de largo silencio.

¡El feld-mariscal ha muerto!...

FIN.

LOS PAPELES DE LA SEÑORA JUANA.

LOS PAPELES DE LA SEÑORA JUANA.

Durante mi infancia, todos los dias, despues de salir de la escuela, iba á ver trabajar al tornero Juan Pedro Castel, que vivia en el extremo del pueblo. Era el tal tornero hombre viejo, medio calvo, que calzaba zapatillas rotas y llevaba coleta que oscilaba sobre su espalda. Gustaba de referir sus campañas en las orillas del Rhin y del Loira, en la Vendée. Cuando hablaba de ellas nos miraba y reia bajito.

Su mujer, la señora Juana, hilaba á su espalda en un rincon. Tenia grandes ojos negros y los cabellos tan blancos que parecian lino. Aún me parece verla; sin dejar de hilar, escuchaba á Juan Pedro cuando hablaba de Nantes; allí se habian casado en el 93.

Recuerdo estas cosas como si fuesen de ayer: las dos ventanitas festoneadas de hiedra, las tres alcarrazas sobre una tabla encima de la vieja puerta, las abejas que zumban en un rayo de sol, sobre el techo de paja; Juan Pedro Castel, encorvado, torneando palos de silla ó husos; las virutas que brotan, formando tirabuzon... ¡todo lo veo aún!

Y tambien veo venir al oscurecer á Santiago Chatillon, comerciante en maderas, con sus grandes patillas rojas y el palo debajo del brazo; al guarda forestal Benassis, el morral al lado y la gorrita de caza sobre la oreja; el señor Nadasi, alguacil, que se pasea levantando la nariz cargada con los anteojos, las manos metidas en los bolsillos de la espalda, como diciendo: «Yo soy Na-

dasi, el que lleva las citaciones á los insolventes.» Y despues á mi tio Eustaquio, á quien llamaban *el cabo*, porque habia servido en los Chamboran, y otros varios, sin hablar de la mujer del sastrecito Rigodin, que venia á buscar á su marido despues de las nueve, para hacerse convidar á una copa, porque, además de su oficio de tornero, Juan Pedro Castel tenia un ventorrillo; en la fachada de su casa estaba colgada la rama de abeto, y en invierno, cuando llovia ó la nieve se aglomeraba delante de los vidrios, era agradable sentarse en la vieja barraca, oyendo zumbar el fuego á compás de la rueca de la señora Juana, y las rachas silbar fuera por las calles del pueblo.

Aunque era pequeñito, no me movia de mi rincon hasta que mi tio Eustaquio, vaciando las cenizas de la pipa, me decia:

— Vamos, Francisco, en marcha... ¡Buenas noches, señores!...

Levantábase y saliamos juntos, pisando unas veces barro, otras nieve, é ibamos á dormir á casa del abuelo, que velaba esperándonos.

¡Cuán vivas me parecen estas cosas lejanas cuando pienso en ellas!

Pero lo que recuerdo sobre todo es la historia de los pantanos de la vieja Juana, de los pantanos que tenia en la Vendée, hácia el mar, y que hubiesen hecho la fortuna de los Castel, á reclamarlos más pronto.

Parece que en el 93 ahogaban mucha gente hácia Nantes, principalmente de la nobleza antigua. Colocábanles, atados unos con otros, en barcos, les llevaban por el Loira y hundian los buques. Ocurria esto en la época del terror; y los campesinos de la Vendée fusilaban por su parte á todos los soldados republicanos que caian en su poder; por ambos lados se tremolaba el estandarte

del exterminio, y de nadie se tenia piedad. Pero cuando un soldado republicano pedia en matrimonio una de aquellas muchachas nobles que iban á ahogar, y la desgraciada consentia en seguirle, en seguida la soltaban. De esta manera habia llegado la señora Juana á ser esposa de Juan Pedro Castel. Encontrábase en uno de aquellos barcos á la edad de 16 años, edad en la que se teme horriblemente á la muerte... Miraba muy pálida si alguien tenia piedad de ella, cuando Juan Pedro Castel, que pasaba con el fusil al hombro, en el momento en que el barco iba á marchar, vió á la jóven y exclamó:

— ¡Alto!... ¡un momento!... Ciudadana, ¿quieres casarte conmigo? Te salvo la vida.

Y Juana cayó en sus brazos como muerta; llevósela, y fueron á la alcaldía.

La vieja Juana jamás hablaba de estas cosas. En su juventud fué muy feliz; habia tenido criados, criadas, caballos y carruajes; y despues habia venido á ser mujer de un soldado, de un pobre diablo de republicano; habia guisado para él y remendado sus harapos; las antiguas ideas de castillos, paseos, del respeto de los campesinos de la Vendée habian sido olvidadas... ¡Así son las cosas de este mundo! Y algunas veces aún, el alguacil Nadasi se burlaba desvergonzadamente de la pobre vieja diciéndola:

—¡Noble señora, una copa!... ¡Un vasito!

Y tambien le pedia noticias de sus posesiones; en estos casos le miraba ella apretando los labios; coloreábanse sus pálidas mejillas, parecia que iba á contestarle, pero en seguida bajaba la cabeza y continuaba hilando en silencio.

Si Nadasi no hubiese hecho gasto en el ventorrillo, pronto le hubiera puesto en la calle Castel; pero cuando uno es pobre, tiene que sufrir muchas humilla-

ciones, y los tunantes lo saben bien... Jamás se burlan de los que podrian tirarles de las orejas, como no hubiera dejado de hacer mi tio Eustaquio ; son demasiado prudentes para esto. ¡Qué desgracia que haya que soportar gentes semejantes!... Pero cada cual conoce hombres como Nadasi ; continúo mi historia.

Una noche que estábamos en el ventorrillo, á fines de otoño de 1830 y llovia á mares, entró el guardia Benassis exclamando :

—¡Qué tiempo!... ¡Si continúa asi se van á desbordar los tres estanques!

Y diciendo esto, sacudia la gorra y se quitaba la blusa para secarla detrás de la estufa. En seguida vino á sentarse en la esquina del banco, diciendo á Nadasi :

—Hazte á un lado, holgazan, para que me siente junto al cabo.

— Nadasi se separó.

A pesar de la lluvia, parecia contento Benassis; dijo, que aquel mismo dia habia llegado por el norte una bandada muy grande de patos, que sus gritos llenaban el aire, y que habia bajado hácia el estanque de los Tres Talleres, que les habia visto desde léjos, y que la caza en los pantanos iba á comenzar.

Benassis reia y se frotaba las manos, mientras vaciaba su copita de aguardiente. Todos le escuchaban, y mi tio Eustaquio dijo que tambien iria él á aquella cacería en una barca, pero que entrar en el cieno calzando botas altas y arriesgar sepultarse hasta por encima de las orejas, no le divertia mucho. Cada cual dijo lo que le pareció, y la vieja Juana comenzó á murmurar:

—¡Tambien tenia yo pantanos!... ¡estanques!...

—¡Eh! —exclamó Nadasi con aire zumbon, — escuchad: ¡la señora Juana tenia pantanos!...

— Sin duda, —contestó; — los tenia. .

—¿Y dónde, noble señora?

—En la Vendée, á orillas del mar.

Y como Nadasi se encogió de hombros como diciendo: «¡La vieja está loca!» La señora Juana subió por la escalerita de madera que habia en el fondo de la barraca, y en seguida bajó con un canastillo lleno de antiguallas, husos, pergaminos amarillos, agujas, trapos, etc., que colocó sobre la mesa.

—¡Ved mis papeles, los estanques, pantanos y castillos están aquí!... Bajo el reinado de Luis XVIII les reclamamos; pero mis parientes no quisieron devolvérnoslos, porque habia deshonrado á la familia casándome con un descamisado. Hubiese sido necesario pleitear, y no teniamos dinero para pagar á los abogados. ¿Verdad Castel que sucedió así?

—Sí, — contestó el tornero sin moverse.

De todos los que estaban allí nadie se ocupaba de aquellas cosas, ni más ni ménos que de los paquetes de asignados del tiempo de la primera República, que rodaban aún en el fondo de los armarios antiguos.

Sin dejar de burlarse, Nadasi desplegó un pergamino, y levantando la cabeza, iba á leerlo para reir á costa de la señora Juana, cuando de pronto se puso muy serio; limpió los anteojos, y volviéndose hácia la pobre vieja, que habia vuelto á hilar.

—¿Son vuestros estos papeles, señora Juana? — le preguntó:

— Sí, señor.

—¿Consentís que les lea despacio?

—Haced lo que querais, no los necesitamos ya; y además, ni Castel ni yo sabemos leer.

Entónces Nadasi, que se habia puesto muy pálido, dobló el pergamino y se lo guardó en el bolsillo con otros varios, diciendo:

— Los veré... ya son las nueve; buenas noches.

Salió y los demás no tardaron en seguirle.

Ocho dias despues, Nadasi estaba en camino para la Vendée; habia hecho que le firmasen Castel y su esposa plenos poderes para recibir y vender todos sus bienes, encargándose de los gastos, á condicion de reembolsarse los adelantos sobre importe de los bienes.

Desde aquel dia se propagó por el pueblo el rumor de que la señora Juana era noble, que tenia un castillo en la Vendée, y que iban á pagar grandes rentas á los Castel; pero Nadasi escribió que habia llegado demasiado tarde, que el hermano de la señora Juana le habia enseñado papeles en los que constaba tan claro como la luz que disfrutaba de los pantanos desde más de treinta años, y que siempre que gozaba uno de los bienes de otro más de treinta años, era como si los hubiese poseido siempre; de modo que Juan Pedro Castel y su esposa, porque sus parientes habian gozado de sus bienes, nada podian pretender.

Aquellas pobres gentes que se habian creido ricas y que todo el pueblo habia ido á felicitar, segun costumbre, al ver que nada tendrian, sintieron mucho más su miseria, y poco tiempo despues murieron uno despues del otro con cristianos sentimientos, pidiendo al Señor el perdon de sus faltas, y confiando en la vida eterna.

Nadasi hizo vender su plaza de alguacil y no volvió al pueblo; sin duda habia encontrado algo que le convenia más que llevar citaciones.

Muchos años pasaron; habíase marchado Luis Felipe y despues la República. Los esposos Castel reposaban sobre la colina, y creo que hasta sus huesos se habrian convertido ya en polvo en el fondo de la sepultura. Yo habia reemplazado á mi abuelo en la casa de postas, y el tio Eustaquio, como él mismo decia, hacia

tiempo que habia tomado el pasaporte; cuando una mañana, durante la estacion de las agua s de Baden y de Homburgo, sucedió una cosa que aún me hace reflexionar. Muchas sillas de postas habian pasado aquella mañana, cuando cerca de las once llegó un correo particular á prevenirme de que se acercaba su señor el baron de Roselière. Estaba á la mesa y me levanté en seguida para vigilar el relevo. En el momento en que se enganchaba, salió por la portezuela de la berlina una cabeza vieja, seca, arrugada, las mejillas deprimidas y anteojos de oro sobre la nariz: era la cara de Nadasi, pero envejecida, cansada; detrás se veia la cabeza de una jóven; aquello me sorprendió.

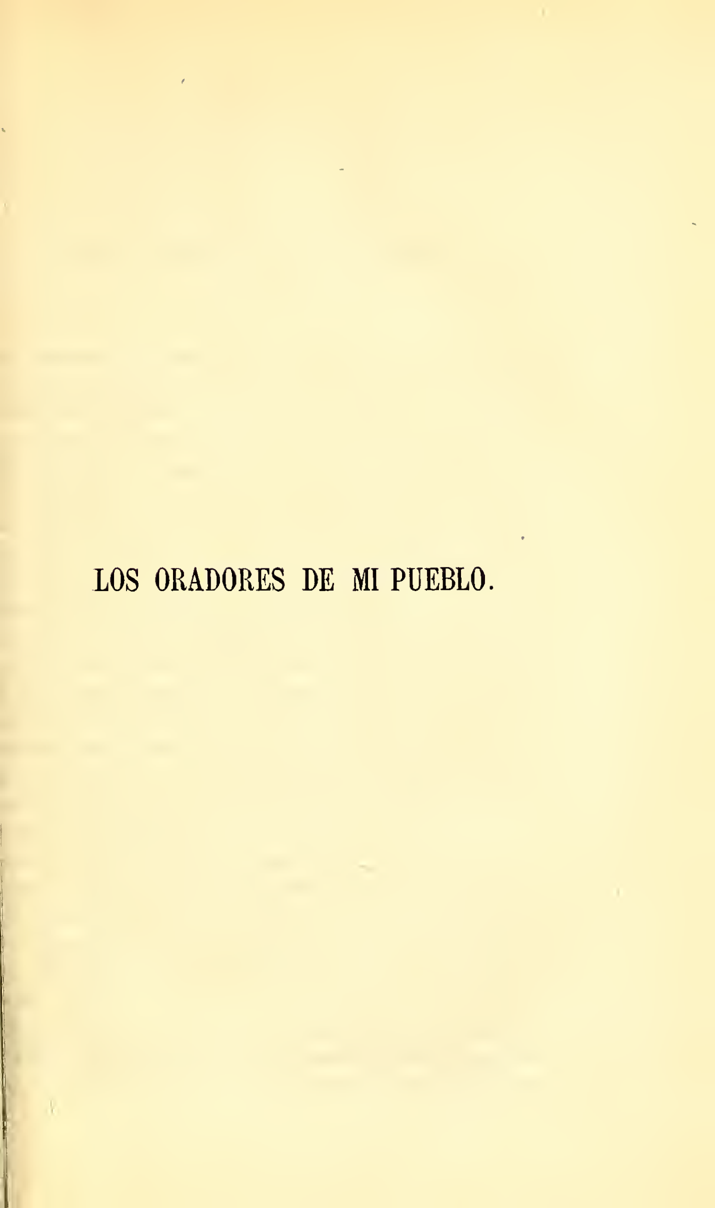
—¿Cómo se llama este pueblo? — me preguntó bostezando el viejo.

— Laneuville, caballero.

No me reconoció y volvió á recostarse. Entónces vi á una vieja en el fondo de la berlina. Enganchados ya los caballos, partieron.

¡Qué sorpresa y cuántas ideas cruzaron por mi mente! ¡Nadasi era el señor baron de Roselière!... Perdóneme Dios si me engaño, pero aún pienso hoy que ha vendido los papeles de la pobre señora Juana, y que en seguida ha cambiado de nombre, como tantos otros bribones, tomando uno noble para desorientar á los curiosos. ¿Quién podia impedírselo? ¿Acaso no tenia todos los títulos, todos los pergaminos, todos los poderes? ¿Y ahora no lleva los treinta años de posesion? ¡Pobre vieja Juana!... ¡Cuántas miserias se encuentran en la vida!...

FIN.



LOS ORADORES DE MI PUEBLO.

LOS ORADORES DE MI PUEBLO.

A mediados del pasado otoño, un domingo del mes de Noviembre, despues de la recoleccion y la vendimia, el consejo municipal de mi pueblo se reunió en la alcaldía para deliberar sobre los asuntos del municipio.

Este consejo lo componen los notables del lugar, á saber: el calderero Damido; el escobero Nicolás Jacquel; os dos hermanos Antonio y Cárlos Benerotte, leñadores; Jorge Machette, tendero; Francisco Mathis, cultivador, y otros varios no ménos versados en el conocimiento de las materias administrativas.

Se habian puesto naturalmente su leviton de los domingos y se habian cubierto con el magnífico tricornio on escarapela tricolor. Unicamente Damido llevaba su haqueta de pana remendada en los codos, su deshilada orbata y su sombrero de todos los dias, porque pretenia que el hábito no hace el monje, y que un hombre omo él podia presentarse por todas partes sin lavarse as manos ni peinarse.

Aún sonaba la campana cuando todos aquellos personajes estaban sentados en derredor de la mesa del consejo, apoyada en ella los codos y en la mano la barba, y tros bostezando y murmurando :

—¡Es mucho cuento que el alcalde ha de llegar siempre el último!

El guarda de campo Cuny se paseaba por el corredor, ara impedir á los muchachos y comadres de la vecindad ue viniesen á escuchar en las puertas, y el viejo maes-

tro de escuela, Antonio Denier, secretario de la alca día, cortaba la pluma con singular atencion.

Con sólo ver aquel rostro grave y melancólico, la mejillas deprimidas, ojos tiernos, la levita raida has la trama, era fácil comprender que la ciencia no tie muchos partidarios en el Valtin, y que el pobre homb vivia allí como San Juan el precursor en el desierto.

De pronto se abrió la puerta y el señor alcalde Sa tiago Romary, su cara respirando orgullo y su abu tado vientre oculto bajo magnífico chaleco escarlat entró con majestuoso paso. Atravesó la sala, en med del silencio, y se sentó en el sillon lanzando un su piro.

Astuto compadre es Santiago Romary y él solo pos más tierras de labor, huertas y pastos, que la mit del consejo municipal. Para acarrear sus frutos y h cer llevar sus maderas á los talleres del Valtin, ha hec votar una carretera por el bosque á costa de los vecin para regar sus prados, se ha hecho adjudicar todas l aguas sucias de las tres fuentes y el lavadero; pa mantener sin gastos su ganado despues de la labor, hecho trasformar en pastos el monte bajo del municip para criar sus cerdos, ha obtenido de la administr cion forestal el restablecimiento del glandeo etc., e En fin; su cargo de alcalde que es gratuito, como to el mundo sabe, le produce más que una buena granja á veces dice acariciándose la barba con satisfaccion :

—Quiero el bien de la municipalidad... Obtendré bien de la comunidad.

—¡Eh!—le contestó un dia el viejo Gregorio, — lo habeis conseguido, puesto que haceis cuanto quer

Muchos piensan lo mismo; pero como Gregorio no sido reelegido en las últimas elecciones, nadie se atr á decirlo.

Despues de reflexionar durante algun tiempo, dijo el señor alcalde:

—Sabeis, señores concejales, que nuestro maestro de escuela recibe anualmente 500 francos del Gobierno y 60 por el municipio como gratificacion de secretario, lo cual suma 560 francos, sin contar lo que produce su plaza de sacristan.—El subprefecto acaba de escribirme que podriamos añadir algo, por ejemplo, dos francos por cada muchacho y cada niña durante la estacion de invierno. Así, pues, si creeis que 560 francos no son bastante...

—¡Bastante!... ¡bastante!—interrumpieron los concejales en tumulto.

Al mismo tiempo se levantó Damido, y paseando en derredor sus brillantes miradas:

—Sí — exclamó,—sé que Antonio Denier recibe 500 francos del Gobierno; el cobrador Georgel que baja á la posada del *Abeto* cuando vuelve de recaudar las contribuciones lo dijo el otro dia, y nadie queria creerle. ¡500 francos por enseñar el A B C á los niños! Cualquiera dirá que es bonito sueldo! Pues bien, ¡aquí teneis al tal Antonio, que deberia considerarse dichoso con recibir 500 francos por pasearse en la sala de la escuela con las disciplinas debajo del brazo, mientras nosotros estamos fuera, los piés en la nieve ó en el barro, unos cavando, labrando, sembrando, segando, trillando; otros cortando troncos, aserrando madera, dura como la piedra... Ahí teneis el tal Antonio—que cuando hace frio está sentado delante de un buen brasero, y cuando hace calor, al fresco, junto á una ventana abierta, sin otro trabajo que decir de tiempo en tiempo b-a-ba, b-e-be—ahí le teneis que se queja al subprefecto, y reclama dos francos por cada niña y cada niño, durante la estacion de invierno!

Gran sensacion produjeron estas palabras en el consejo municipal, y el pobre maestro de escuela se levantó, indicando que queria contestar.

—¡Callad! —le gritó el alcalde con furioso gesto,—nada teneis que decir aquí.

—¡Dos francos!—repitió Damido, lanzando al infeliz terrible mirada.—¿Sabeis, señor Antonio Denier lo que tiene que hacer un notable como yo para ganar dos francos? Tiene que levantarse á las tres de la madrugada, enganchar un borrico al carro, y á veces cargarse él mismo un saco al hombro, cuando el borrico lleva demasiado peso, bajar á Marmoutier, à Saverne, á á Schirmeck, por caminos donde se puede romper cien veces la nuca, sentarse en un guardacanton, con viento, lluvia ó nieve, y allí estañar las cacerolas y componer toda la vajilla rota de la comarca.

—¡Pero eso no tiene relacion con la ciencia!—exclamó Denier, verdaderamente indignado.

—¡Callad! —repitió el alcalde rojo de cólera; —¡callad ó llamo á Cuny para que os haga salir!

—Además, —continuó diciendo Damido,— tiene que volver con el mendrugo de pan en el bolsillo, y despues... despues suelen no ganarse los dos francos, porque ha sido preciso refrescar con una copita aquí, una copita allá, para cobrar fuerzas. ¡Y creiais, maese Antonio que voy á daros los dos francos!

Encogióse de hombros y se sentó sonriendo con lástima.

—¡Oh! no, maese Denier... ¡oh! no, no los teneis aún.

—Y yo —dijo Cárlos Benerotte, el leñador,—¿qué tengo que hacer para ganar dos francos? ¿Cuántos árboles tengo que derribar? ¿cuántos haces tengo que atar?

—¿Y nosotros?—exclamaron los demás.—¿Acaso nos cree locos maese Denier?

—Y además—exclamó Francisco Mathis,—¡si nuestros hijos aprendiesen algo!

—¡Bah! yo no sé leer ni escribir— dijo Nicolás Jacquel,—y eso no me impide hacer las mejores escobas de la comarca.

Gruesas gotas de sudor corrian por la pàlida frente del pobre maestro de escuela; miraba al señor alcalde con rostro suplicante y parecia implorar la compasion de todos; pero léjos de compadecerle los concejales, gozaban de su derrota.

Jorge Machette, el especiero, se levantó entónces, y dijo hablando con la nariz:

—«Señores concejales, teneis mucha razon para negar los dos francos que se os piden, porque la instruccion es la pérdida de los hombres; les estropea... les destruye... les vuelve bestias.

»Todos conoceis á mi hijo Jorge, tiene seis años, era el muchacho más guapo del Valtin alto, robusto, con el cabello enmarañado; mi mujer estaba orgullosa de él.

»Tuve la desgracia de mandarle á la escuela y ya no es ni su sombra.

»Todos los sábados venia á decirme maese Antonio Denier: «Vuestro hijo, señor Machette, os honrará; aprende cuanto quiere. Será cuanto querais que sea: comerciante al por mayor, notario, abogado: será la gloria de vuestra familia.»

»Yo creia estas cosas y le compraba cuantos libros pedia. Jorge se acostaba con sus libros; se levantaba de noche para leerlos. Tenia que pagar yo además aceite y velas; ¡qué no hace uno por sus hijos! El muchacho enflaquecia más y más. Tanto mejor, decia el señor An-

tonio, la ciencia adelgaza á los hombres. No es como el alimento del cuerpo que les engorda... ¡Miradme á mí!

Universal carcajada resonó en toda la sala.

— Es falso — murmuró el maestro de escuela, — jamás he dicho eso.

Jorge Machette fingió no oir el mentís, y continuó tranquilamente:

— El señor Antonio Denier, quiso enseñar á mi Jorge aritmética, agrimensura y ortografía; ocurria esto en la época de la enfermedad de mi mujer; tenia ocupaciones hasta por encima del cabello, y no podia vigilar á mi hijo. Un dia, sin embargo, se me ocurrió ver qué habia aprendido y le llamé: Jorge, toma 100 francos; vé á comprar harina á Saverne.

— Pero, padre, nunca he comprado harina.

— ¿Cómo, no sabes lo que cuesta una libra de harina? Pues bien, á tu edad ya comerciaba yo y me ganaba la vida. En adelante no volverás á poner los piés en la escuela; veo lo que os enseña maese Denier, os enseña á soñar, en vez de enseñaros á ganar la vida honradamente. Solamente los ricos tienen medios para ser sabios; tienen cocineros para saber el precio de la carne, panaderos para saber el precio del pan, y notarios para saber el valor de los escudos.»

Este discurso del tendero Machette produjo prodigioso efecto, y por aclamacion se votó en contra del aumento de los dos francos.

En seguida se levantó sonriendo Santiago Romary, sacó su voluminoso reloj del bolsillo del chaleco y dijo:

— Señores concejales, son las dos; ya es hora de ir á las vísperas.

Y salió gravemente de la sala.

El viejo maestro de escuela quedó el último, segun costumbre, para cerrar la puerta.

— ¿Por qué no me enseñaria mi padre su oficio de le-
ador?—pensaba el pobre hombre.—Ganaria mi vida en
l bosque como tantos otros. En vez de tener treinta y
eis amos solamente tendria uno; no tendria que adu-
ar al señor subprefecto, al señor inspector, al señor
ura, al señor alcalde, á todo el mundo.

¡El desgraciado estaba muy triste!

En cuanto al alcalde Santiago Romary, señor y dueño
lel Valtin, por gracia del prefecto, bajaba majestuosa-
nente por la calle del pueblo, seguido de los señores
oncejales, y se decia á sí mismo:

— ¡El negocio está decidido! Jorge Machette ha ha-
lado como un abogado. El subprefecto tal vez gritará
lgo, pero... ¡qué importa!

FIN.



LOS BUENOS TIEMPOS ANTIGUOS.

LOS BUENOS TIEMPOS ANTIGUOS.

I.

En Dosenheim, en los Vosgos, al extremo del valle donde el Zinzel entra en Alsacia, existia en el año de gracia de 1750, numerosa poblacion de leñadores, carboneros y madereros. Estas gentes, pertenecientes casi todas á la servidumbre, trabajaban para los príncipes de Dos Puentes; cortaban los árboles, los serraban y lanzaban al rio.

Llegando al Rhin, aquellas maderas, reunidas en balsas por medio de mimbres y armaduras, bajaban el rio, se vendian en Holanda y los señores, á quienes se llamaba: *Alemanes del rey de Francia*, podian vivir noblemente en Versalles; no les faltaba dinero, y cuando llegaba á faltarles vendian hombres para las colonias.

En este mismo tiempo prosperaban los conventos de Neuwiller, el Graufthal y Phalsburgo, los capuchinos, franciscanos y hermanos predicadores se extendian por todos los senderos de la montaña; por todas partes se encontraban sus largas barbas amarillas, sus hábitos burdos grasientos y con sandalias.—Así iban de aldea en aldea, de puerta en puerta, rezando el rosario, visitando los armarios, sacando del nido los huevos, cogiendo la manteca y el pan, bendiciendo á las mujeres y niños y cargando de tal modo sus borricos, que á la hora en que el *ángelus* les anunciaba la retirada, apenas

podian aquellos frailes arrastrar á la bestia tirando del ronzal.

Los leñadores de Dosenheim, agobiados por aquella gran miseria, en el agua, en el barro, en la nieve, las tres cuartas partes del año, pálidos, desgarrados, hambrientos, ni siquiera tenian idea de otra existencia. Vestian gruesa chaqueta gris y se cubrian con sombrero de fieltro para trabajar en el bosque y los domingos calzaban zapatos para ir á misa á Neuwiller. El señor cura Barthold les predicaba sumision y sencillez de costumbres; prohibíales la ambicion, la avidez, envidia, glotonería y pereza, y cuando por casualidad una mujer llevaba vestido algo nuevo, ó una cinta en su blanca cofia tronaba contra el lujo del siglo.

Estos sermones les edificaban; hacian acto de contricion y volvian á Dosenheim completamente arrepentidos.

Sus barracas, construidas con maderos, parecian garitas. En el interior, en un lado se amontonaban las personas y en otro el ganado; las gallinas se posaban sobre los maderos; pero el lujo aumentaba de dia en dia y por aquel tiempo muchos, para no ir descalzos, inventaron los zuecos.

En el número de estos desgraciados se encontraba el leñador Simon Bruat; su casa, una de las más grandes de la aldea, existe aún y puede verse á la entrada del valle; es la primera de las que siguen la orilla del rio, tiene un piso alto y está cubierta con techo gris; su fachada da á la plaza de la fuente; sobre la puerta hay una tabla cargada de tiestos y adorna la fachada una parra que trepa hasta el techo.

Simon vivia con sus padres, ancianos que no trabajaban desde algunos años ántes, y además su mujer, tres hijos y dos hijas. Toda esta gente vivia del tra-

bajo de Simon, pero no le faltaba fuerza ni ánimo. Tenia el leñador cuarenta años, y era robusto, la frente ósea, nariz encorvada, los ojos pequeños y vivos, la barba cuadrada y la patilla rubia. Al verle fumar en la pipa, despues del trabajo, apoyado en la puerta, con su chaqueta de lienzo crudo, su ancho sombrero de fieltro caido á la espalda, sus callosas manos y macizas piernas, se pensaba: Ese es el hombre que derriba las encinas, que las lanza al rio y las impulsa con un golpe de bichero hasta el centro de la corriente.

Y no se engañaban; toda la comarca conocia á Simon Bruat por su calma, su fuerza y su resolucion; en el trabajo no escuchaba á nadie y adelantaba siempre más que los otros. En la casa mandaban el padre Juan y la madre Ana; todo el mundo tenia que obedecerles.

Estos dos viejos habian trabajado mucho durante su vida; habian hecho grandes sacrificios por rescatarse de la servidumbre ellos y sus hijos. En un tiempo en que el jóven señor gastaba mucho en la córte y no podia esperar los pagos, Juan se aprovechó de la circunstancia, vendió sus reses, su campo, su prado, todo cuanto tenia; hubiese vendido hasta su última camisa, hubiese mendigado de puerta en puerta, para ser libre y redimir á sus hijos. A Dios gracias, habia bastado el dinero; la familia Bruat no pertenecia ya al señor, y despues habian rescatado su trocito de pradera.

Simon sabia estas cosas; consideraba á los viejos como dioses, y jamás se hubiese permitido pensar de otra manera que ellos. Todos los lunes, en invierno y verano, marchaba á su choza del bosque. En aquella choza, construida con troncos y cubierta con tierra, tenia pan, sal, algunas cebollas y una poca manteca para la semana, su hacha y sus cañas.

Siempre era su hacha la primera que heria el pié del

árbol, y tambien la última que se oia. Recibia el mejor salario de los leñadores de aquel tiempo. ¡Dos reales y medio por dia!

El sábado por la noche volvia con su haz á la espalda. Desde léjos veia en el fondo del valle, al otro lado del puente, la luz que crecia y se apagaba en las tinieblas. Representábase á los dos viejos y á todos los niños alrededor del hogar; su mujer Catalina disponiéndose á tender los manteles; su vieja hermana Teresa, enjugando la grande escudilla de leche cuajada, y las cucharitas de estaño. Oíales decir con mal humor: «¿No vendrá esta noche?»

Y el viejo, con su gruesa cabeza calva, su chaqueta burda, remendada en los codos, se inclinaba para arreglar el fuego; la madre, con su cofia de tela negra, iba á la ventana y miraba; despues, de pronto, el perro viejo Mansfeld, dormitando bajo la mesa, la barbuda cabeza entre las patas, se levantaba, olfateaba y arañaba mientras exclamaban todos:

—¡Ahí está!

Simon veia estas cosas desde léjos y cuando abria la puerta, en medio de la humareda gris que subia de la marmita donde cocian las habas, la escena era como se la habia representado.

—¡Tarde vuelves!—decia el viejo volviéndose.

Simon, rendido de fatiga, no contestaba; echaba á tierra el haz de leña junto al hogar; acercábase á su mujer y la abrazaba; su hijo mayor le cogia un brazo; el menor le abrazaba una pierna, y la abuela decia con alegre sonrisa:

—Vamos, hijos, sentaos y cenemos.

Algunas veces, despues de cenar, llegaba el cuñado Bautista Thibaut y su mujer Anita, para hablar en familia. Thibaut vivia tres ó cuatro casas más arriba;

tenia granja, establo y cobertizo, algunos terrenos en la falda de la montaña, un prado cerca del rio, cuatro bueyes pequeños, y solamente se ocupaba de labranza, sembrado, recoleccion y acarreo.

Era alto y duro como un tronco viejo; tenia nariz recta, en la misma línea de la frente, los ojos pardos y arrugados, y llevaba gorro de algodon caido sobre la oreja, y casi siempre estaba de mal humor.

Estaba redimido como los Bruat; el abuelo Juan, jamás hubiera dado su hija á hombres del señor, para que sus nietos cayesen en la servidumbre... ¡No! Bautista Thibaut era libre y marchaba bien en sus negocios; pero la tasa, el vigésimo, el diezmo, los servicios obligatorios y las cargas de todo género, le enojaban terriblemente.

Cosa de ver era cuando se inclinaba sobre su escabel al lado del hogar, apoyado el codo en la rodilla, y la barba en la mano, mirar alrededor del círculo de viejos, mujeres y niños, y al cabo de pocos momentos decir:

—¡No concluirá nunca la lluvia!... ¡mal año! ¡mal año!...

Ó bien:

— El sol lo seca todo... se han perdido los henos, las avenas están quemadas, los cáñamos detienen el crecimiento... Hace tres meses que no cae una gota de agua... ¡esto concluirá mal! Los impuestos continúan aumentando... el recolector de tasas vino ayer... llenó el saco... Sí, las tasas van bien... ¡Es un placer ver cómo aumentan!

Hablaba con enojo y sin pronunciar una palabra más alta que otra. El viejo se mezclaba tambien en la conversacion. Hablaba gravemente recordando tal año,—treinta ó cuarenta ántes,—en el que no se pagaba al señor más de la mitad de lo que habia que desembolsar

ahora; que despues vinieron, la sal obligatoria, las tasas, el vigésimo de la guerra, y despues del vigésimo otros derechos, y concluia diciendo que acabarian los siervos por ser más felices que los redimidos.

Los niños escuchaban todo esto abriendo mucho los ojos; todos, hasta el último comprendia la desgracia de haber nacido. Sus mujeres hilaban apretando los labios; de tiempo en tiempo se volvia la abuela recogiéndose las canas bajo la cofia. Escuchaba y decia:

— Sí, eso era el año de la inundacion; aquel año bajaron los henos hasta en Alsacia; tuvimos que vender la vaca y vivir con dos cabras.—O bien: Eso ocurrió el año del invierno glacial; nadie podia trabajar en los campos. Aquel año impusieron las tasas. Creíase que serian temporales, pero aún duran.

En seguida volvia á ponerse á hilar la buena vieja y el abuelo Juan continuaba su historia.

Simon nada decia; escuchaba frunciendo las cejas, ahuecando un zueco ó trenzando una cesta; en estas cosas trabajaba de noche y se vendian en el mercado de Saverne.

A las diez, cuando ya se habia hablado mucho de las miserias de los tiempos, cuando cada cual estaba ya cansado de pensar en ellas, de hablar y de oir, Simon se levantaba lentamente, con ambas manos apoyadas en las rodillas y decia:

—¡Vamos, Anita! ¡Buenas noches! ¡Ah, no han terminado nuestras penas! Sin que esto sea reconvencion, parece que el Señor se cuida muy poco de este pobre mundo.

Marchaba hácia la puerta, estiraba sus largos brazos y bostezaba abriendo la boca hasta las orejas. Las mujeres colocaban las ruecas en un rincon, y Anita seguia á su marido diciendo:

—¡Buenas noches!

El abuelo Juan le miraba desde la puerta, y en seguida, levantando los ojos al cielo cubierto de estrellas:

—¡Es igual!—exclamaba,—¡el de allá arriba ve cuanto pasa aquí!

La hermana soltera, la mujer de Simon y la abuela, subian por la escalera casi tan recta como una escala, ayudando á los niños medio dormidos; detrás iba el abuelo, apoyado en el pasamanos.

—¡Animo, hijos mios, ánimo, vamos á dormir bien! Mira, Simon, ya están durmiendo en pié. ¡Buenas noches, muchacho!

—¡Buenas noches, padre!—contestaba el leñador colocando la lezna y los zuecos en la cesta.

En seguida cubria el fuego con una paletada de ceniza, sujetaba la barra á través de la puerta y subia á su vez pensativo y con la cabeza inclinada.

II.

En 1750, la hija mayor, María Ana, tenia 14 años, y el mayor de los muchachos, Santiago, tenia 12; acababa de nacer otra niña que lactaba Catalina.

Habíanse sucedido varios años malos y se habian experimentado privaciones. A pesar de su incesante trabajo, al volver por la noche Bruat, encontraba caras pálidas y macilentas, los ahumados maderos del techo le parecian más negros, más abatidos los abuelos, más triste su mujer y el cuñado de peor humor y más ágrio.

Thibaut llegaba á decir:

—Todos esos capuchinos y franciscanos que van y vienen con sus campanillas y sus borricos, todos esos

colectores y cobradores de las gabelas, todo ese monton de holgazanes son como las cabras que se dejan inadvertidamente en los tallares: todo se lo comen... roen la corteza, ramonean las hojas y los tallos tiernos... todo lo destruyen. Pronto tendremos que vender las tierras para pagar las tasas; ¡esto no puede durar así!

Los demás no le contestaban, pero mientras hablaba, se encontraban los ojos de Simon y del abuelo Juan y se decian:

—No, esto no puede durar... pereceremos... Nada se adelanta... ni con trabajo y economía; las cargas son demasiado pesadas; van aumentando y caeremos en servidumbre. Nada sabrán los niños y queriamos enseñarles al ménos á leer y escribir; ahora será preciso mandarles al bosque; es preciso que estas pobres criaturas aprendan á ganar el pan ántes de tener edad para ello... ¿Qué hacer?

Esto pensaban, cada cual por su parte, el abuelo y Simon.

Cuando se ha vivido doscientos años de padres á hijos en una barraca, cuando solamente se conoce una comarca, cuando nada se sabe de otra parte, no puede ocurrir la idea de abandonarlo todo. Simon continuaba trabajando con una especie de sorda indignacion, y parecia que aquello no habia de concluir jamás, cuando ocurrió otro cambio más pesado que todos los anteriores.

Durante los grandes calores de Julio, un dia que el cielo anunciaba tempestad y toda la familia estaba fuera para recoger la cosecha, Juan Bruat que tendria unos 75 años, guardaba solo la casa. Estaba en el piso bajo y meditaba oyendo marchar el reloj, cantar las cigarras, murmurar el rio y mugir lentamente los bueyes en el valle, mientras cargaban las carretas y gritaban los diezmeros:

—¡Eh! ¡eh! ¡muchachos, atencion al décimo!

Y exclamaba interiormente:

—El bribon necesita que se le oiga para despojar á las jentes.

Entónces apoyaba ambos codos en la ventana y veia al diezmero, seguido de un gran carro acercarse con su garfio, coger el haz más grueso y arrojarlo en el monton de la iglesia.—Al ver esto pensaba en muchas cosas y despues se marchaba á su rincon otra vez.

Así pasaban lentamente las horas, los muchachos que corrian por el pueblo entraban en casa y las carretas chirriaban en la fangosa calle, proyectando su sombra sobre las ventanas. Pero los trabajadores no volvian aún y el abuelo Juan se habia quedado dormido cerca del hogar, cuando le despertaron pesados pasos en la habitacion. Miró y vió á Simon en mangas de camisa, que acababa de arrojar el sombrero y la blusa sobre la mesa, y se paseaba con sombrío aspecto, las manos cruzadas á la espalda.

—¿Eres tú, Simon?—le dijo.

—Sí, padre.

—Vuelves temprano.

—Me han apresurado para venir.

Entónces observó el viejo que su hijo estaba pálido.

—¿Qué sucede?—preguntó.

—Nos disminuyen el jornal,—dijo Simon con ronca voz. El nuevo dueño de aguas y bosques cree que es mucho dos reales y medio y solamente dará dos reales. Los que no se conformen, se marcharán; no faltan siervos para el trabajo.

Pocos momentos despues, añadió.

—Es cosa hecha... no ganaré más que dos reales.

El viejo quedó como aturdido durante algunos momentos.

—¿Y qué dicen los demás?—preguntó en seguida.

—Nada dicen,—contestó su hijo.

—¿Ninguno ha hablado?

—No. El señor es dueño, si quisiera, dar real y medio en vez de dos, lo mismo seria.

En este momento se oyeron voces en la calle, y el abuelo se levantó exclamando:

—No digas nada á tu mujer, á la abuela ni á los niños... seria un golpe terrible... Es preciso tener valor... Sí, veremos... esto es duro... esperemos hasta mañana, Simon.

Simon estaba sentado y las mujeres llegaron á la puerta alborotadas.

—¡Ah!—exclamaba la abuela Ana, con la cófia caida y cruzadas las amarillentas manos,—¡ahora sólo nos queda morir de hambre!

Catalina, María Ana y la pequeña Luisa gritaban tambien. El abuelo Juan vió que todo lo sabian y que la noticia de la desgracia se habia extendido por la aldea.

Entraron al fin dejando detrás de la puerta las hoces y horquetas y quitándose los grandes sombreros de paja con ademan desolado.

—¡Esto es lo último,—exclamaba Ana,—esto es lo último!

Y viendo entónces á Juan y á su hijo inmóviles junto al hogar.

—¡Ahí estais!—añadió—¿y nada decís? ¿Acaso podemos ahora criar á los hijos? ¿Es que el dueño del bosque puede quitar el pan á los pobres? ¿Acaso no es esto contrario á Dios?

Jamás habia visto el abuelo Juan á su mujer en tal estado, pero no sabia qué contestar, y casi al mismo momento llegó el yerno, encorvada la ancha espalda,

brillando de cólera sus ojillos y en cierto modo más indignado que las mujeres.

—¡Eh!—dijo por la ventana,—ya sabeis la noticia, nuestro gracioso señor ha contraido deudas en Versalles. Nosotros las pagamos como de costumbre: se disminuyen los obreros... ¿Hánse visto jamás tunantadas semejantes?

En seguida atravesó el umbral. Su mujer y sus dos hijos, Claudio y Nicolás, le seguian.

La desolacion redoblaba; lloraban las mujeres y los niños escuchaban á la espalda asustados.

En toda la aldea se oian iguales gritos, en tanto á la derecha, en tanto á la izquierda.

Las gentes venian en grupos desde el valle y se detenian gritando.

—¡El jornal en el bosque es de dos reales!

Leñadores y carboneros inclinaban la cabeza. No se pensaba en la recoleccion; el granizo sólo destruye una cosecha, pero cuando bajan los jornales es por mucho tiempo, sobre todo cuando solamente hay un amo que lo decide todo.

Inclinado sobre su escabel el abuelo Juan, cruzadas las manos sobre las rodillas, miraba al suelo sin hablar, y solamente cuando á fuerza de gritar habian concluido por llorar, y las mujeres abrazaban á sus hijos diciendo:

—¿Qué va á ser de nosotros?

Entónces levantó la cabeza y dijo:

—¿De qué sirven esos gritos? Lo que nos cuentas lo sabemos ya, Thibaut. Cuando el señor pierde al juego, nosotros pagamos; cuando arroja el dinero por las ventanas, nosotros pagamos; cuando construye palacios y jardines como el rey de Versalles, nosotros pagamos; cuando corteja mujeres de vida licenciosa, nosotros lo

pagamos tambien... ¡el pobre pueblo paga siempre!... Sí, lo sabemos, ¿pero qué vamos á hacer? ¿Reclamar acerca del señor de aguas y bosques? Todo el mundo sabe que nada somos, que no se nos oye, que no merecemos el trabajo de que se nos mire. Y además, si supiera solamente ese hombre que nos hemos atrevido á reclamar, nos quitaria el trabajo y nos arrojaria de la comarca. ¿No es verdad esto?

Thibaut, que paseaba por la habitacion, no contestó.

—Marcharnos á trabajar á otra parte, bien,—añadió con tristeza el abuelo,—¿pero dónde trabajaremos? ¿encontraremos trabajo á diez ó doce leguas de aquí, en los dominios de otro señor? ¿Acaso no existen en todas partes iguales cargas, iguales impuestos, iguales injusticias? ¿Es que en el condado de Dabo, de Salm y otros se paga mejor? ¿Acaso en diciendo que en Dosenheim se disminuye el jornal, no se hará lo mismo en todos los condados forestales?

Esperaba respuesta, pero nadie sabia qué decir.

—Cuando uno es el más débil, cuando no se puede reclamar ni cambiar nada, es preciso someterse, hijos mios. ¡Economizaremos!

—¡Oh!—exclamó la abuela Ana,—¿se puede economizar aún? ¿En qué quieres que economicemos, Juan?

—No es que quiera,—contestó conmovido el anciano,—no es que quiera, sino que es preciso. No veo otro medio, Ana; si hay otro, decidlo.

Miraba á Thibaut; pero el yerno callaba; concluyendo por sentarse y mirar al suelo.

La hermana Teresa acababa de colocar la escudilla de habas sobre la mesa. En la casa inmediata se oia sollozar tambien.

—Vamos,—dijo tristemente el abuelo,—sentémonos y

cenemos. Es preciso ver, tener paciencia y reflexionar... Tal vez al fin nos ayudará Dios...

Dió ejemplo, y á los pocos momentos toda la mesa estaba rodeada de cabezas rubias y rostros viejos, graves y pensativos.

De tiempo en tiempo alguna mujer se volvia para enjugarse los ojos.

Thibaut estaba á la espalda con su mujer á la sombra de la chimenea, una de sus puntiagudas rodillas entre las manos, levantando la vista, pensativo y con los labios apretados, y en el círculo de la luz, veianse las manecitas de los niños ir y venir á la escudilla.

Así pasaban las cosas en *los buenos tiempos antiguos*; los frailes y los señores lo tenian todo, el pueblo sólo tenia la esperanza en Dios.

La revolucion lo ha cambiado todo: ha destruido los privilegios; fundado la igualdad civil y dado á los campesinos la tierra que cultivaban hacia doce siglos para el noble y el monje. ¿Por qué los campesinos no votan como los obreros de las ciudades, para que se cumplan los derechos individuales y por la República contra los reyes? ¿Acaso echan de menos la servidumbre, la gabela, el diezmo mayor y menor, la tasa, el horno, el molino, la prensa comunal, la subvencion del rey y otras mil gabelas que agobiaban á sus abuelos ántes del 93? No; pero los desgraciados no conocen la historia de nuestra gran revolucion; nada se les enseña y esta es nuestra desgracia: ¡*Instruir al pueblo, enseñarle la historia de sus mayores, es fundar la Democracia sobre la roca de la nacion*!

A la obra, pues, todos los hombres de buena voluntad. Escribamos y hablemos para el pueblo de los campos, en lenguaje sencillo que puedan comprenderle. Desconfiemos de las frases bellas, de las palabras sono-

ras y delicadezas académicas. En verdad os lo digo; de todos los libros que se publican en Francia, no hay uno que pueda comprender el aldeano. Se estudia, se escribe para los instruidos, y el pueblo, al que se deja en la ignorancia, vota por los intrigantes y ambiciosos que le explotan. Este es el secreto de todas nuestras desgracias desde hace setenta años.

FIN.